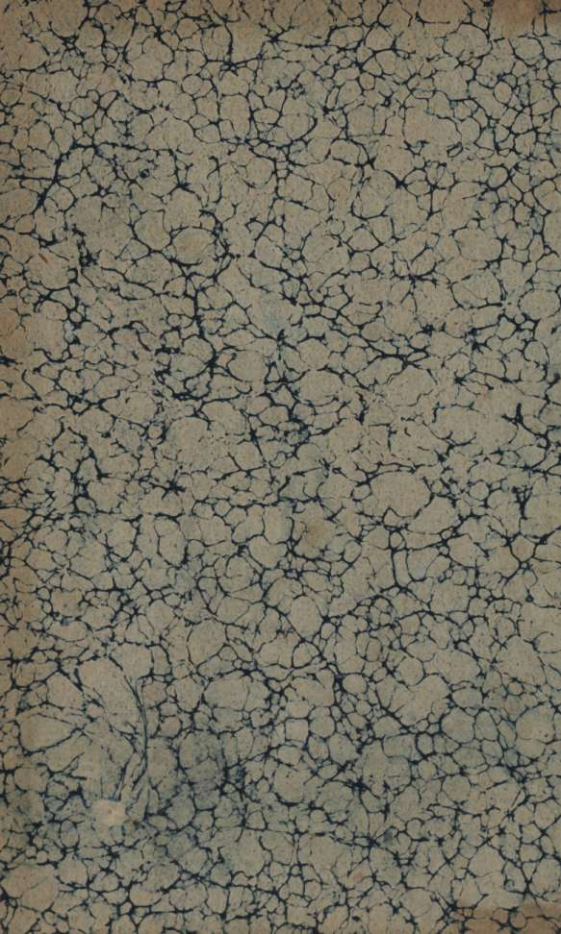
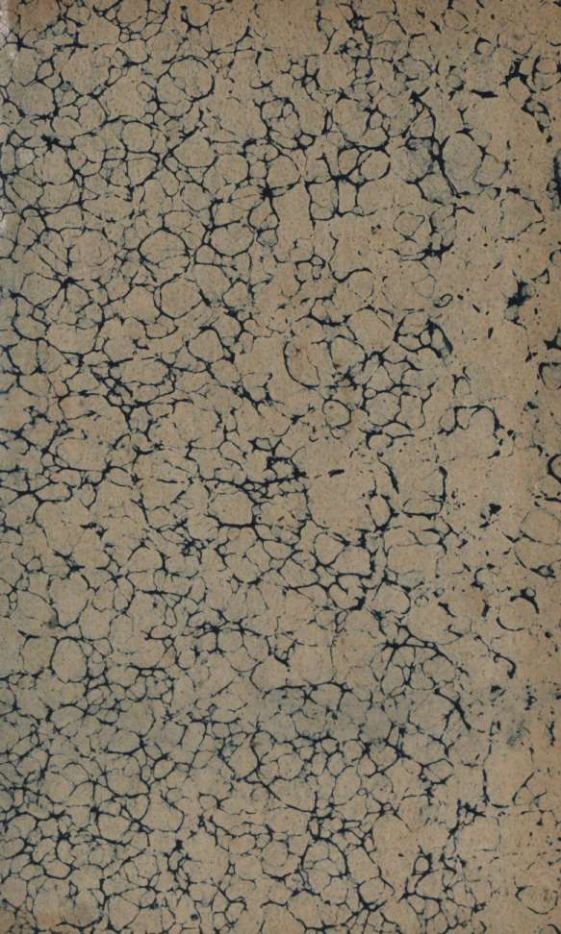






ANT

XIX

248

CUESTIONES

POLÍTICAS Y SOCIALES.

DON EMILIO CASTELLAR

CUESTIONES

POLÍTICAS Y SOCIALES.



MADRID

EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

Deposito legal: 1870-1871. - Imprenta de Juan Pardo, Palencia, 1.

Esta obra es propiedad de los Editores SAN MARTIN Y JUBERA.

Madrid: 1870.—Imp. de Julian Peña, Relatores, 13.

18 cm

R-44.077



CUESTIONES

POLÍTICAS Y SOCIALES,

PROLOGO.

POR

DON EMILIO CASTELAR.

TOMO II.



MADRID.

A. DE SAN MARTIN,

Pta. del Sol, 6.

AGUSTIN JUBERA.

Bola, núm. 3.

1870.

CUESTIONES

POLÍTICAS Y SOCIALES

DON EMILIO CASTELLAR

TOMO II



MADRID

A DE SAN MARTÍN | AGUSTÍN JUBERA
Por el Sr. D. Agustín J. J. J.
1870

PRÓLOGO.

EMILIO CASTELLAR

Este segundo volúmen de las CUESTIONES POLÍTICAS Y SOCIALES, encierra el periodo de los combates que empezamos en la prensa, anteriores á la revolucion. En él se vé el fragor de aquella lucha á cuyo término debia venir la ruina de sus tronos. La guerra con el partido moderado y sus jefes, la oposicion de doctrina á doctrina, los esfuerzos supremos por el retraimiento, la victoria de esta gran conducta que al cabo trajo la revolucion, se desarrollan en este volúmen, escrito entre persecuciones continuas, y sin embargo sereno, como la conciencia, seguro de que podian sucumbir los individuos pero no la causa santa de la democracia, pero no el derecho popular, á cuyo culto habiamos consagrado toda nuestra alma.

Los vaticinios que entonces trazábamos, se han realizado. La Babilonia cuya caída hemos anunciado, ha caído. El cielo quiera que tengamos la fuerza necesaria para plantear sobre sus ruinas la nueva ciudad de la Justicia.

PRÓLOGO

EMILIO CASTELAR.

Este segundo volumen de las Cuestiones políticas y sociales, encierra el período de los combates que emprendimos en la prensa, anteriores á la revolución. En él se vé el flagor de aquella lucha cuyo término debía venir la ruina de sus autores. La guerra con el partido moderado y sus jefes, la oposición de doctrina á doctrina, los esfuerzos supremos por el retraimiento, la victoria de esta gran conducta que al cabo trajo la revolución, se desarrollan en este volumen, escrito entre persecuciones continuas, y sin embargo sereno, como la conciencia, seguro de que podían subsistir los individuos pero no la causa santa de la democracia, pero no el derecho popular á un culto habíamos consagrado toda nuestra alma.

LA REACCION ESPAÑOLA, E ITALIA.

Al frente del ministerio de Estado se encuentra el Sr. Pacheco. ¿Y qué sucede? Lo mismo que si al frente del ministerio de Estado se encontrara el señor Nocedal. Cambian las situaciones, los ministros pasan; y la política exterior, política teocrática, reaccionaria, digna de los tiempos de Calomarde, émula del funesto pacto de familia, propia sólo para aislarnos en el mundo y traernos á reata de la Santa Alianza, esa política es siempre la misma; es una sombra extendida entre nosotros y Europa, la cual, viéndonos más atrasados que Rusia, nos cuenta por uno de los pueblos perdidos para la libertad y la civilización, y nos entrega al ludibrio de todas las razas, á triste desprecio y humillante olvido. ¡Y nosotros creíamos que al fin íbamos á salir de tan triste estado! Creíamos que habiendo subido al ministerio un orador que ha consagrado sonoras palabras á lamentar los males de Italia; un artista que ha recorrido con recogimiento los templos consagrados por

esta nacion á las artes; un repúblico que, á pesar de pertenecer á la escuela doctrinaria, se ha ufanado con el título de liberal, y no ha tenido á ménos ser ministro de gobiernos levantados sobre barricadas; creíamos que, al fin, por virtud de los compromisos de tal hombre, íbamos á salir de este aislamiento y á saludar con alborozo á Italia, nuestra madre, nuestro númen; la nacion que nos acompañó en la conquista de las Baleares, en el sitio de Almería, en el golfo de Lepanto; la nacion que ha esmaltado con sus dulces inspiraciones nuestras artes; la nacion que, esclava de todos los pueblos europeos, los ha vencido y domeñado á todos por su genio; misteriosa Sibila, que lleva en su palabra el secreto de lo porvenir, y á cuya historia no es dado mirar sin que se sienta religioso respeto en el alma.

¡Cuántas razones nos movian á reconocer la independendencia de Italia! Prescindamos de recuerdos históricos, aunque siempre sean sagrados en la memoria de los pueblos. Prescindamos de la unidad de origen de toda esta raza que ha llenado de heroicidades, de leyendas, de poesías, las riveras encantadas del Mediterráneo. Prescindamos de las relaciones mercantiles que hay entre Génova y Barcelona, entre todas nuestras ciudades del Mediodía y las ciudades italianas; relaciones que nos obligan á estrechar los lazos de ambos pueblos. Prescindamos de todo esto por un momento. ¿Qué causa ha triunfado en Italia? La causa de la independendencia. ¿Qué

sistema se ha erigido allí? El sistema constitucional. ¿A qué fin, Italia, en su revolucion, ha aspirado? A la unidad. Y España, nacion latina como Italia, nacion mediterránea como Italia, nacion que se ha distinguido siempre por su indómito amor á la independencía, por su devocion á la causa de las nacionalidades; la que auxilió á América á fundar su gran república; la única que protestó contra la desmembración de Polonia; España, vencedora de Napoleon; España, vencedora de la guerra de los siete años; España, necesitada de recabar á Gibraltar, de unirse con sus hermanos los portugueses; por aprensiones ridículas, por histérico neo-católico, olvida todo esto, y se une á la Santa Alianza, y besa los piés del babilónico imperio de Austria, y se coloca á la retaguardia de la civilizacion, y maldice sus propias leyes, y reniega de sus instituciones, y pisotea los florones de su historia. Hemos dicho España, y hemos dicho mal. España no es de los neo-católicos que la explotan; España no es de los gobiernos que la degradan; España no es fria, ni escéptica, ni indiferente, niegoista como el Sr. Pacheco. España es aun, á pesar de tantos siglos de abatimiento, nacion capaz de arrojar-se á la sima de la guerra por la libertad, por el derecho, por las nacionalidades, por todas esas ideas que los doctrinarios llaman bagatelas, y que han hecho todos los milagros y todas las maravillas de la historia.

Pero, Sr. Pacheco, ¿á qué aguardais para recono-

cer á Italia? ¿Sois tan viejo que creéis este movimiento hácia la independencia, obra de unos cuantos revoltosos, intrigas bonapartistas, ambiciones saboyanas, locuras de carbonarios? Quédese eso para cuatro neo-católicos, que no ven más allá de la punta de la pluma con que adulan al clero, ó para cuatro histéricas penitentes del P. Claret, lectoras de *La Llave de Oro*. Un hombre, y un hombre instruido, piensa de otra manera. Aquel infierno, cuyos resplandores han deslumbrado á todas las generaciones, no es sino el infierno en que yace lacerada Italia, devorando en su hambre horrible, dentro del negro calabozo á que la han reducido tantos enemigos, sus propios hijos. Esa Laura con que tantas veces hemos soñado, cuyos suspiros de amor hemos repetido, es Italia, acostada en extraño lecho, mientras sus hijos en vano la aman y la cantan. El Jeremías que lloran en la capilla Sixtina, y que se retuerce de dolor viendo los hijos de Israel encadenados; y la señora de las gentes prisionera y viuda, es el genio de Italia que llora sobre las ruinas de la patria. El Moisés que entrevee la tierra prometida, es la esperanza de Italia, inmortalizada por el cincel en los mármoles. Las vírgenes que llevan la idea cristiana en la frente, y la hermosura griega en todos sus contornos, eterno reflejo de la inspiración de sus pintores, son las varias formas que reviste la eterna Musa, llamada Italia. Hasta esos ecos tristes plañideros de sus óperas; hasta esas cadencias me-

lancólicas que arrancan lágrimas á nuestros ojos, que llenan de dolor nuestros corazones, hasta esa música es el quejido de Italia, pobre Antígona, que vá llorando de puerta en puerta, de nacion en nacion, á mendigar con sus cánticos una limosna, para el Rey de los Reyes, para el Edipo de los pueblos, desterrado y ciego. Italia lo ha sido todo por su independéncia, por el bien más querido, como todos los bienes lejanos; ha sido racionalista antes de sazón con Arnaldo de Brescia; católica y pontificia con Alejandro III y con Julio II; imperialista y tudésca con Enrique V y con Federico II; francesa con Carlos VIII y Luis XII; española con Pedro III y Alfonso V; penitente, monástica, cenobita, mártir, con Savonarola; bacanté, ébria, envenenadora, con los Estes y los Borgias; idealista, artística, soñadora con Leon X; criminal, sin conciencia, sin justicia, sin idea de derecho, pronta á todas las pequeñeces y á todas las bribonerías imaginables con Maquiavelo; Guelfa ó Gibelina segun sus esperanzas; mercantil, judía, usurera con los Médicis, y batalladora, pendenciera con los Orsinis y los Colonnas; enemigos de la reforma, porque la reforma levantaba la raza germánica y amiga de los jesuitas, porque los jesuitas le prometian la primacía entre las naciones por el Pontificado; clásica y cortesana como el reinado de Luis XIV; enemiga á un tiempo y aduldora de todas las naciones; mintiendo fé y adorando el cruel principio de la razon de Estado; dada á

un tiempo á evocar los recuerdos paganos para restaurar su soberanía y á arrastrarse de rodillas ante sus Madonnas para buscar algun consuelo en su esclavitud; diplomática despues de Westphalia, republicana despues del 93; corriendo tras Napoleon con sus legiones para alcanzar tan sólo ver morir á sus hijos en extranjera tierra y por extranjera causa, sin poder volver su aliento de vida al patrio cielo; pronta á entregarse á los sanfedistas ó á los carbonarios, al Papa ó á los reyes, á sus duques y á sus señores, al primero que rompa sus cadenas y borre de su frente la marca de la esclavitud deshonrosa para todas las naciones; más deshonrosa aun para la nacion que une á su corona de reina, la corona de la inspiracion y del génio. ¿Vais, Sr. Pacheco, á negar con una sonrisa de desprecio, y de desprecio forzado, el resultado de toda la historia: la independencia de Italia?

No creais, no, que la Italia de hoy es nuestra Italia, es la Italia democrática. La democracia no ha puesto en esa obra más que su legitimidad, el sufragio universal, su gloria más pura, la espada de Garibaldi. La Italia que la democracia desea, es la Italia federal, gloriosa, con una república en Roma, con otra en Venecia, con otra en Milan, con otra en Florencia, todas unidas en un derecho comun, formando la más una y las más libre de las naciones; la Italia de los grandes recuerdos, la que creó los municipios, la que mató el feudalismo, la que hizo

surgir esas ciudades semejantes á misteriosas hadas que sembraron de Flores el camino de la humanidad, la que ha descubierto la brújula, y popularizado la imprenta, y leído en los cielos las armonías de los astros, y engendrado á Colón, dejando en la vida una estela tan luminosa como la vía láctea, y tan imperecedera como el génio de sus hijos.

La Italia de hoy, es la Italia á cuya cabeza hay un rey, cuyo sistema de gobierno es constitucional, aliada como vosotros de Bonaparte, como vosotros doctrinaria. Es Italia hecha bajo la norma del ideal ecléctico á que habeis prestado fervoroso culto. Lo que vosotros hacéis ahora es lo mismo que hubiera hecho el absolutismo si imperara. Este hubiera creído que los hijos de Bolonia tenían el deber de dejarse fusilar por los soldados austriacos; que Florencia, el ruiseñor de Italia, vivía asaz feliz en la jaula de oro fabricada por sus señores; que el duque de Módena era dueño hasta la consumación de los siglos de prohibir la imprenta en su ducado y declarar la guerra á todas las libertades; que los régulos dados por la política doméstica de Isabel de Farnesio á Parma, tenían derecho incuestionable sobre aquellos hombres nacidos para ser su ganado; que Nápoles forzosamente se había de consumir en la inmoralidad y en la orgía, bajo el látigo de los reyes absolutos; que Milan sólo merecía un Radeztky; y que Venecia debía purgar su grandeza, sus trabajos, las preseas de Oriente que trajo á Italia, sus serena-

tas de amor y sus leyendas encerrándose en un ataúd de plomo, y permitiendo que los croatas la arrojaran como un cuerpo muerto, entre el limo y las algas del Adriático. El criterio del Sr. Pacheco, de un ministro constitucional, de un país que debe á una guerra de siete años contra el absolutismo sus instituciones, ¡oh! es el criterio del duque de Módena, que aun no ha reconocido el sistema constitucional; el criterio de Metternich, el Hércules de la reaccion; el criterio de *La Esperanza*, que aun llama N. S. á D. Cárlos; el criterio fraileesco de los vencidos en Vergara; criterio tanto más despreciable, cuanto que no es el suyo, sino el que le imponen circunstancias exteriores, preocupaciones ridículas, mogigaterías neo-católicas, obstáculos á la libertad de la patria.

¿Sabeis lo que defendeis, Sr. Pacheco; ¿pensais lo que estais con vuestras complacencias serviles defendiendo á la faz del mundo civilizado? Defendeis la teocracia, destruida por cinco siglos de revoluciones; defendeis el abominable derecho de conquista y el reinado de la fuerza; defendeis las matanzas de Lombardía y del Véneto, que han horrorizado al mundo y herido la conciencia y la dignidad humana; defendeis á los tiranos que han descuartizado á Polonia, á los czares que han soltado sus legiones de tártaros sobre Hungría; defendeis á ese duque de Módena, que creyó posible aislarse del movimiento civilizador del mundo, y que, al caer, no sabia aun

el triunfo del gobierno constitucional en España; defendeis los horrores del absolutismo en Nápoles, sus esbirros, sus infames orgías, el envilecimiento de un pueblo; defendeis todo lo que nuestra patria ha condenado, todo lo que la civilización rechaza, todas aquellas abominaciones que manchan la historia y borran en el hombre la santa imagen de Dios.

— Hacedis todo esto por protestar en favor de la dinastía de Nápoles, maldecida de Italia, condenada irremisiblemente por la Providencia. ¿De cuándo acá las dinastías de derecho divino merecen tanto respeto? ¿Pues qué, no ha visto el Sr. Pacheco esas dinastías pasar como sombras de otros siglos, desvanecerse como las preocupaciones de otras edades? Cayó la dinastía de los Estuardos por haber vulnerado los derechos del Parlamento inglés; la dinastía de los Borbones de Francia, por haber amenazado á la imprenta; la dinastía de Luis Felipe por haber adulterado la revolucion; y si la dinastía de Nápoles que tiñó de sangre las aguas del Mediterráneo, que juró la Constitucion del 12 y perjuró, que abrió su reino á los austriacos para que degollaran á los liberales, que cometió tantas traiciones; si esa dinastía hubiera permanecido en su trono, fuera un mentís arrojado al progreso, excepcion monstruosa á las leyes de la Providencia.

¡Oh! Mientras Inglaterra saluda en Garibaldi al héroe de nuestra raza, al mantenedor de la repúbli-

ca romana, al soldado de la retirada de Venecia, al que venció una monarquía con una campaña, al que, dictador, casi rey, con una corona en sus manos, con un pueblo á sus piés, se retiró á su isla como un héroe de Plutarco; mientras Inglaterra saluda así la libertad, nosotros, la nacion de 1808, de 1812, nos convertimos en aduladores de todas las tiranías, en restauradores de los poderes caidos, nos atraemos las maldiciones de los pueblos, y somos la reaccion que detiene el progreso, la tiranía que contrasta la libertad, la negacion en la vida moderna, la sombra en el animado cuadro de la historia. ¡Italia! ¡Italia! tu historia es nuestra historia; tu genio, nuestro genio; tu cielo, sonrie como nuestro cielo; tu literatura y nuestra literatura, son hermanas; y si hoy nuestro débil, nuestro escéptico, nuestro egoista, nuestro torpe gobierno te desconoce y te niega, tienes, en cambio ¡gloriosa nacion! un recuerdo imperecedero en el corazon de todos los españoles, que te saludan y te desean libre, y feliz, y honrada como todas las naciones que han contribuido al progreso y que han fecundado con su sangre la libertad del mundo. Estos gobiernos mezquinos como el nuestro, cuerpos sin alma, pasan; pero el derecho de los pueblos, es eterno como la justicia de Dios.

1.º de Abril de 1864.

DESCONSOLADORA ESTADÍSTICA.

El voto particular del Sr. Sanchez Silva sobre declaracion de viudedades y horfandades á las familias comprendidas en el convenio de Vergara, ha venido á resucitar tristes memorias de los dias de luto y desolacion de nuestras guerras civiles. No tratamos hoy de escudriñar el problema que ha suscitado, sobre conservacion de los fueros; otro es nuestro intento. Al ver como se levanta la sombra de aquellos recuerdos, queremos detenernos á contemplar lo inmenso del sacrificio, y lo estéril de sus resultados. Es necesario remover la conciencia del país, para que comprenda, con su intuicion poderosa, cómo han evaporado su sangre, cómo han perdido sus esfuerzos, cómo han esterilizado su grandioso holocausto, las personas, los partidos, en cuyas manos ha puesto, si no con su voluntad, con su paciencia, las riendas de la revolucion más costosa que registra la historia. Así aprenderá á confiar ménos en sus enemigos, y más en sus derechos; á

separarse de estos partidos, mercaderes políticos, que han malbaratado su sangre, y unirse al ideal de la libertad, por que peleara y venciera.

Pocas guerras tan sangrientas como la guerra civil; pocas tan heróicas. El ejército iba desnudo, hambriento, descalzo, á morir por la libertad. La Milicia no se quedaba atrás, y cuantas veces la patria le exigia su sangre, la daba con santa efusion. Los pueblos más pequeños, como los pueblos más grandes, renovaban las fábulas de Sagunto y de Numancia. Nosotros hemos visto, despues de veinte años, las ruinas de las poblaciones del bajo Aragon, las piedras diseminadas, enrojecidas por la sangre, y ahumadas por el incendio. Nosotros hemos visto aun, por los desfiladeros, las señales del combate, las armas rotas, los huesos insepultos que habian mondado los cuervos. Nosotros recordamos el pavor con que nuestras madres nos estrechaban llorosas contra su seno, cuando iba la faccion por las llanuras de Valencia; mientras nuestros padres salian desinteresadamente por amor á la patria, que otros han explotado en su propio medro, por amor á la libertad, que otros han convertido en propio escabel, á ofrecer su pecho á las enemigas balas. Bien es verdad que, en aquellos dias, la pasion por la libertad era tan grande, el deseo del sacrificio tan vivo, que cada campo fué un campo de batalla; cada casa, una fortaleza; cada español, un soldado; y toda nuestra tierra, toda, recibió el tributo de las lágrimas.

mas y de la sangre de aquella generacion desgraciadísima y heroica, que si moria ¡ay! moria confortada por la esperanza de legar la libertad á sus hijos. ¡Cuántas hazañas! Bilbao se mantuvo gloriosa contra los esfuerzos del primer capitan carlista. La noche de Luchana recuerda el heroismo antiguo, y mereceria tener un Romancero. Zaragoza, sorprendida en el sueño, rompió sus cadenas el dia Cinco de Marzo; Gandesa, Cenicero, Lucena, hicieron prodigios no bien conocidos. El sitio de Morella fué verdaderamente épico. El cielo era inclemente para nuestros soldados. Caíales la nieve sobre los rotos uniformes de verano. Pisaban con los piés desnudos un campo helado. Las raciones, ni eran muchas, ni buenas. Pero el fuego de su idea vestia sus almas de resplandores celestes y enardecia sus corazones para pelear y morir. Por todas partes dejaron señales de su valor, y el herido al caer, y el moribundo al espirar, escitaban, con su ejemplo y con su alegre resignacion, á sus compañeros á sacrificarse por la libertad y la patria, á vivir la vida de los héroes, á morir la muerte de los mártires.

Si tuviéramos un instrumento para medir la sangre derramada, nos quedaríamos pasmados de que hubiese tanta en las venas de nuestros padres. Si pudiéramos amontonar los huesos de los cadáveres, formaríamos unas pirámides sagradas, tan altas como las pirámides de Oriente, y más dignas de respeto. Nuestros padres, que habian visto á sus pa-

dres sin armas, sin ejércitos, abandonados de sus reyes, vendidos por aquella aristocracia que los entregó en Bayona, arrancar la patria al águila del absolutismo revolucionario, no quisieron ser ménos; y abandonados, y sin recursos, arrancaron la libertad á la rapaz ave nocturna del antiguo absolutismo. Aquellos dias sólo fueron dias de pelear. Nuestra administracion civil era mala, nuestra administracion militar peor. No se formaban estadísticas, ni era posible formarlas con la confusion de las noticias, con la variedad de los partes. Un amigo nos comunica una estadística que él formó. Asusta el número de españoles que se sacrificaron en la guerra civil, y sin embargo, personas competentes nos han dicho que es muy baja la estadística; que fueron más, muchos más los muertos. Léanse, sin embargo, léanse con veneracion estos datos, que prueban cuán pródiga y dispendiosa de su sangre es la noble nacion española:

ESTADO general de muertos y heridos en la campaña que empezó en 1833 y concluyó en 1840.

EJÉRCITO LIBERAL.

Generales, tenientes generales y mariscales de campo. 85

Brigadieres, coroneles, tenientes, comandantes, capitanes, ayudantes, tenientes-capitanes, subtenien-

tes y alféreces.	3.655
Sargentos primeros graduados, sargentos de compañía primeros y segundos, con inclusion de los cabos.	6.073
Soldados muertos en campaña, con inclusion de los nacionales, muertos en los hospitales, ahogados en los rios, despeñados por las sierras, quemados en las torres y casas por no entregarse al enemigo.	75.409
Banderas cogidas al enemigo.	23
Espías fusilados.	1.007
Dinero cogido al enemigo.	215.200,000
Fusiles y armas de fuego cogidas al enemigo, con inclusion de las piezas de artillería.	500.136
Municiones, sables, lanzas y toda clase de armas y efectos de guerra, no se puede enumerar, como igualmente los facciosos que se han pasado y rendido.	
Soldados heridos que han entrado en los hospitales.	33.002
Soldados que han quedado inútiles.	5.051
Total de muertos.	95.626

EJÉRCITO FACCIOSO.

Cabecillas titulados generales, mariscales, brigadieres y coroneles.	1.003
--	-------

Capitanes, tenientes ó alféreces.	1701
Sargentos primeros y segundos con inclusion de los cabos.	8.017
Soldados .	100.041
Espías.	1.041
Total de muertos.	110.803

Los vencedores no se sacrificaron sin dolor; no sacrificaron á sus enemigos, que al fin eran hermanos, sin pena. Peleaban, morían por una santa causa; peleaban, morían por la libertad. Si fueron valientes, si fueron heróicos, pregúntesele al infante D. Sebastian, que hoy habita en su palacio de la calle de Alcalá; á fray Cirilo Alameda, que hoy ciñe la primera mitra de España; á D. Enrique O'Donnell, que hoy ocupa una de las más altas posiciones en la Milicia. Parece imposible que pudieran arrostrar tantas iras, vencer á tantos enemigos. Los frailes los excomulgaban, y despertaban en su contra el fanatismo de las gentes sencillas. Los conventos eran conciliábulos. Muchos obispos se fueron á la corte de D. Carlos. Algunas monjas, muy célebres, fingían haberles revelado el Espíritu Santo que no podía vencer el ejército de Isabel II, á quien llamaban la reina revolucionaria. El Papa cortó con nosotros todo género de relaciones; y de su corte, de la corte de Rusia, de la corte de Nápoles, de la corte de Parma, y de la corte de Módena, vinieron más de seis-

cientos millones para favorecer á D. Cárlos. Así la guerra era á muerte. Se trataba de saber si habia de reinar el absolutismo ó la voluntad de la nación; las tradiciones antiguas, ó el derecho moderno; las reformas económicas, ó la amortizacion; los frailes, ó los ciudadanos; los conventos, ó las asambleas; la España del siglo décimo-sexto, ó la España del siglo décimo-nono; la censura, ó la prensa libre; las últimas sombras de la Inquisicion, ó la tribuna donde se trasfiguran los pueblos. Así, para levantar la España de tres siglos, con sus errores, con sus tiranías, con sus cadenas, y hundirla en los abismos, eran necesarias muchas fuerzas, y la gran palanca de una guerra.

Vencimos. La victoria se declaró por el derecho. Y despues de siete años de batallas, de sitios, de incendios, de sacrificios sublimes, de hechos atrevidos, de inesperados golpes, de luchas de que toda una generacion guarda honrosas cicatrices, sellamos con la victoria las instituciones liberales. Pero ¡ah! que todo lo hemos perdido, todo lo hemos malogrado. El partido que ménos habia hecho por la libertad, el servil imitador de los franceses, el complaciente con los facciosos, el que llamó á la desamortizacion robo, el que mató los municipios, el que adulteró las elecciones, fué, no por liberal, sino por cortesano, el partido predilecto de la reina gobernadora, y el dueño de la revolucion que alimentaron los liberales con su sangre, partido más cercano de

los vencidos que de los vencedores, del absolutismo que de la libertad.

Y despues de todo ha continuado lo mismo. Inmediatamente que se declaró la mayoría de la reina Isabel, se apoderó, por una intriga cortesana que oscurece nuestra historia, y de que se han arrepentido mil veces sus mismos autores, se apoderó el partido reaccionario del poder. El que venció en Luchana fué condenado á muerte. El que hizo la desamortizacion, y encontró recursos para impulsar la guerra, murió en la desgracia. El orador que personificaba la revolucion, y en cuyo acento se oia el eco de la tribuna de Cádiz, fué olvidado y espiró en la oscuridad. Zurbano, tan hazañoso en la guerra civil, fué fusilado. Las cárceles se abrieron; cerráronse los comicios para el partido liberal. Y al poco tiempo los vencidos parecian vencedores, y los vencedores vencidos.

Y hoy, ¿cuál es nuestro estado? La soberanía nacional ha sido negada por los ministros en el Parlamento, como un dogma subersivo y faccioso. Yacen olvidadas las leyes, á cuyo amparo se hicieron los milagros de la guerra civil. El himno popular que entonaban nuestros ejércitos cuando entraban en batalla, y que tantas veces aterró á los facciosos, se ha visto proscripto por espacio de mucho tiempo, como un grito de rebelion. Nuestra política exterior es la misma política de las tradiciones absolutistas. Procedemos como si estuviera subsistente aun el fu-

nesto pacto de familia del tiempo de Cárlos III. En la córte absolutista del ex-rey de Nápoles, córte siempre enemiga nuestra, tenemos un embajador, que se ha propuesto protestar contra el destino. Hemos invocado derechos y tradiciones de Felipe V al trono de Parma, como si no hubieran pasado sobre nosotros las olas impetuosas de tres revoluciones. Hemos favorecido los intereses del duque de Módena, que, al caer, aun no habia reconocido nuestro gobierno constitucional, y continuaba llamando á la cuádruple alianza, á la union de las monarquías constitucionales de Occidente, la cuadrúpeda alianza. No nos atrevemos á levantar la voz en favor de Polonia, por no disgustar á nuestro eterno enemigo el Czar; y acaso, mañana reconozcamos el imperio de Méjico, esa negacion del derecho, esa afrenta de nuestra era. Y donde quiera que volvamos los ojos, encontraremos la España antigua, viva; la España moderna, muerta. La prensa yace esclava. Será más leve, pero es más ignominiosa la esclavitud de hoy que la esclavitud antigua. En la tribuna no se levantan los grandes oradores liberales. La reaccion ha subido tanto, que, por propia honra se han visto obligados á separarse de las Asambleas, y se han condenado al silencio. Los comicios se han corrompido, en términos, que el ministro de la Gobernacion de hoy ha dicho, que el mayor de nuestros males, el más enconado, es la corrupcion electoral. Sí, esta corrupcion es ya gangrenosa. Cada eleccion es

un azote ; cada alcalde, el gran elector del distrito; cada gobernador, el gran elector de la provincia; cada uno de esos ministros, que se llaman políticos por excelencia, el grande elector de la nación. Mirad qué nuevo feudalismo. No hay ninguna libertad. Sobre la enseñanza, pesan las amenazas neo-católicas. Los municipios han muerto. La Milicia, que salvó el régimen constitucional, está desarmada. Los tahures políticos, según les llaman sus mismos cuasi-partidarios, han convertido hasta las sagradas urnas del templo de las leyes en cavernas de ambiciones y de intrigas. ¡Cuántas muertes inútiles! ¡Cuántos sacrificios perdidos! Mártires de la guerra civil, vuestra sangre ha caído sobre vuestros hijos; pero no los ha salvado, no los ha redimido; aun somos esclavos.

12 de Abril de 1864.

EL PARTIDO MODERADO.

¿Nos manda el partido moderado? Cuando nos dirigimos esta pregunta, á duras penas nos atrevemos á contestarla. Manda, sí, manda su historia asquerosa, sus principios olvidados, sus huestes desbandadas, sus hombres odiosos mandan sobre este país, que han oprimido con sus arbitrariedades, que han deshonorado con su política, que han corrompido con su ejemplo, que han desangrado con sus provocaciones, que han postrado con su grosero sensualismo. Manda el partido de los sofistas que han predicado por toda ciencia el escepticismo, y por toda moral el amor propio; de los Judas que han vendido por treinta dineros todas las causas; de los grandes corruptores de la conciencia pública; de los miserables que han convertido los comicios en mercados, y han erigido sobre la ruina de las antiguas instituciones, por templo la bolsa, y por religion el interés y el egoismo. Ellos mandan despues de cincuenta años de revolucion; ellos los epicúreos, me-

tidos á jesuitas; ellos los escépticos, metidos á beatos; ellos, que así se dejan conducir por un demagogo, como por una monja; ellos, cuya pasion es el poder, cuyo Dios es el vientre.

Nos cuesta un doloroso esfuerzo levantar con nuestras manos ese inmenso saco de iniquidades que forma la historia del partido moderado, eterno extranjero en nuestra patria, cuya política ha reducido la mayoría de los españoles á párias. Y decimos extranjero, y no lo decimos al aire; porque si tratamos de investigar su historia, de descubrir su cuna, lo encontraremos ya dibujándose entre aquellos afrancesados que saludaban como rey á José Bonaparte, y se contentaban con una Constitucion estrecha y francesa, mientras el pueblo volvía con inspiracion sublime por su independenciam y los legisladores de Cádiz escribian en el código de 1812 el primer decálogo de democracia española. Y si seguimos sus huellas, la encontraremos todavía entre aquellos que quitaron su energía á la revolucion del veinte, y fueron cómplices de Fernando VII para traer las huestes francesas á destruir nuestras leyes, á deshonnar nuestra patria. Y si aun más buscamos, ellos fueron, ellos, los que formaron los últimos ministerios de Fernando VII; ellos los que dictaron á la reina gobernadora el manifiesto prometiendo la continuacion del régimen antiguo; ellos los que promulgaron el Estatuto, código semi-frances, semi-feudal, sin libertad de imprenta; con próceres vesti-

dos de máscara, y procuradores reducidos á presentar peticiones al rey humildemente, de rodillas: ellos lo que ahogaron la institucion más antigua, más histórica, más popular en nuestra patria, el municipio; ellos los que se industriaron en la política inmoral y corruptora de los guizotistas, en la corte de aquel rey, avaro, volteriano y jesuita, revolucionario y conservador, héroe de barricada y de corte, que hizo, segun la idea de un grande escritor, de Dios, una palabra; del pueblo, un esclavo; de la monarquía una ruina; de la carta una negacion; de las revoluciones, momias; y de Francia un inmenso pudridero donde se corrompian todas las ideas, y se gangrenaban todas las conciencias.

Extranjeros y apóstatas; eso han sido siempre los moderados. Isturiz, su jefe por el carácter apóstata; Galiano, su jefe por la palabra apóstata; González Brabo, su jefe por el maquiavelismo apóstata; Arrazola, su jefe por la astucia apóstata; Nocedad, su jefe por la travesura apóstata; Narvaez, su jefe por el sable apóstata; Donoso Cortés, su jefe por la idea apóstata; Toreno, su jefe por la habilidad apóstata; todos desleales, todos traidores á la causa del pueblo. El partido doctrinario no es en España más que un apostolado de Judas. Por eso, porque la conciencia política de ese partido está completamente viciada, completamente corrompida, cuando manda, no tiene más medio que la fuerza, ni más arte que la corrupcion política, ni más esperanza que el

silencio del pensamiento, ni más consecuencia ni más resultado, que la completa postracion del país en una orgía de revistas inútiles, de fiestas ridículas, de elecciones inmorales, de reparticion del presupuesto, de caprichos como los de Calígula, de proscripciones como las de Sila, de escándalos y de tiranías.

No nos remontemos muy alto, no, para buscar los encándalos del partido moderado; bajemos á los once años. El comenzó por aquella intriga cortesana, en la cual quiso perder á un repúblico, y solo alcanzó á manchar la primera página de su nuevo mando, y á poner su deshonorada bandera en manos de la jóven reina, declarada por la Constitucion inviolable, y entregada por el partido moderado desde entonces á los dardos de todos los partidos.

El inauguró el reinado de la inmoralidad; dió bailes donde se robaron cucharillas; tramó conjuraciones donde nacieron esbirros como Boulow, dignos de Caracalla ó de Conmodo; levantó el Teatro Real, templo consagrado á sus goces, y lo llenó ilegalmente de caloríferos, para abrigar su sensualismo. El entregó á los mares buques podridos; al hambre del pueblo trigo averiado; á la banca proyectos de ferro-carriles que era una gigantesca estafa; á la pública indignacion hechos como el de aquel ministro que perseguia á la que se comió la hacienda de la Hacienda; y á la historia un monumento *ave perennius*, la pirámide que forman so-

bre el país, pirámide gigantesca, amasada con el sudor del contribuyente robado; la inmensa pirámide que forman los ciento treinta mil cargos de piedra.

Extranjero, apóstata, inmoral, ¿qué le falta á esta colectividad para tener todos los vicios de los tiranos? ¿La crueldad por ventura? Ninguno, absolutamente ningún partido, le ha aventajado en crueldad. Su jefe ensangrentó la bandera de la libertad en los campos de la Mancha. Su tribuno fusiló en el malecón de Alicante, no sólo á los rebeldes, sino á los indiferentes, ¿qué decimos á los indiferentes? en su ceguera, á los mismos que eran adictos á su gobierno. Todavía se percibe el hedor de los muertos en los sombríos despeñaderos de Guadalest. Todavía no ha vuelto el Océano los cadáveres que se tragó, cuando llevaba sobre sus espaldas las naves, especie de sepulcros movientes, llenos de un inmenso pueblo de desterrados al trópico. Todavía no ha olvidado Madrid aquellas horribles quintas de soldados, que eran conducidos despues al matadero. Todavía la memoria popular une el nombre de Algarra, el nombre de Solís, el nombre de Zurbano á los nombres de Riego, del Empecinado, de Torrijos. Todavía no ha salido de su asombro Sevilla, que vió en 1856 sorprendido su sueño con el anuncio de bárbaras hecatombes, dignas del interior del Africa. Toda el agua del Océano ¡ay! no bastaría á lavar las manchas de sangre que ensucian al partido

moderado. Todo el olvido de la eternidad no bastaría á devorar sus remordimientos. Su primer agente, su ministro universal, ha sido el verdugo.

Y al fin de sus dias, cuando no tiene fuerzas para gozar, se convierte en beato, en piadoso, en neocatólico; recibe inspiracion de los conventos; publica circulares calomardinas; toma por insuflaciones del Espíritu Santo los eruptos de Gabino Tejado; antepone los dictámenes de las Pancracias y Froilanas, engañadas por los frailes, á los dictámenes del Consejo de instruccion pública donde se asientan varones eminentes; recomienda como virtud política la presidencia de alguna cofradía de San Vicente de Paul á los electores, amordazados y perseguidos; señala como ideal científico de este siglo positivo y libre las histéricas visiones de Ortí y Lara; y trémulo y yerto envuelve su raído traje de juntero, de miliciano, su hábito de mason y de tribuno en sucia sotana manchada de sangre y de aceite.

¡Y no hemos podido aun libertarnos de esa grande infamia! ¡Y somos nosotros los hijos de aquellos ínclitos varones que desafiaron á todos los pueblos, que dominaron toda la tierra! ¿Dónde está, dónde nuestra energía moral? Unámonos como un sólo hombre todos los liberales contra esta gente. Vamos cada uno con sus principios, cada uno con su bandera, pero todos juntos, unidos en un mismo ódio contra esta infame pandilla, que no nos oprime tanto como nos envilece. No nos habéis de nada más

que de protestar contra esta resurreccion del partido moderado. No sabemos pensar, sólo sabemos sentir nuestra vergüenza y nuestra deshonra. Es preferible la suerte de nuestros padres en 1823, en el cadalso, en el destierro, á nuestra suerte; porque ellos eran víctimas de la tiranía antigua, y nosotros, si no tenemos energía y virtud bastante para desenmascarar la tiranía moderna, seremos sus cómplices. Mientras el partido moderado esté en el poder, no hay paz, no hay libertad, no hay honra para la patria. Uno de los suyos lo ha dicho. De los gobiernos moderados se aparta la vista con horror, y el estómago con asco.

23 de Setiembre de 1864.

Para acercarnos á él, para reconocerle como un hombre dispuesto á transigir con las ideas del siglo, y digno de que con las ideas del siglo le combatiéramos, necesitaríamos hollar los cráneos de nuestros mártires sacrificados á sus plantas. No olvidemos hoy la historia. No seamos tan confiados como fueron nuestros padres. El general Narvaez sólo puede representar la reaccion; sus partidarios sólo pueden ser los soldados de la tiranía. Si es cierto que se quiere practicar la libertad, no se olvide que la libertad tiene sus defensores, y no se la entregue á la custodia de los que sólo han sabido herirla en los campos de batalla, ó venderla en los Parlamentos.

¿De cuándo acá, el que proclamó la dictadura del sable, y la ejerció de mil maneras inícuas, se ha convertido en el repúblico liberal, en presidente del Consejo que baja la cabeza ante la opinion y ante la prensa? ¿De cuándo acá, el taimado que presidió el ministerio histórico, cuya política prometia restaurar todos los escándalos de los once años, aquellos escándalos que empiezan con el proceso de Olózaga y concluyen con los ciento treinta mil cargos de piedra; de cuándo acá se ha decidido á volver la espalda procazmente á la historia de su partido? ¿De cuándo acá, el general que sembró de cadáveres las calles de Madrid en 1854 con un lujo inútil de bárbara crueldad, puede ser aliado de las libertades patrias? ¿De cuándo acá, Alcalá Galiano, que abrió el camino de las apostasías, borron de nuestro carác-

ter, y Gonzalez Brabo, que lo ensanchó y lo regó con la preciosa sangre de Alicante, pueden ser repúblicos capaces de inspirar confianza á los amigos de la libertad? Nó, mil veces nó. Si los liberales del año 14 no hubieran creído, «el marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional,» de Fernando VII, no viniera el año 23. Si los liberales de 1834 no hubieran creído los juramentos de O'Donnell, no viniera el año 56. ¡Santo Dios! Solo falta que ahora creamos á Narvaez para mostrar al mundo que la imbecilidad es congénita á nuestra naturaleza.

El partido liberal en todas sus fracciones se cruzó de brazos con motivo del último sabido escándalo, que no fué sino la gota que hizo rebosar nuestro pecho henchido de ignominias. Desde entonces jamás ha hecho el partido liberal en los comicios, lo que ha hecho fuera de los comicios; jamás ha conseguido dentro del Parlamento lo que ha conseguido fuera del Parlamento; jamás ha tenido una palabra que pudiera compararse con la sublime majestad de su silencio. Tres ministerios han caído uno tras otro, dejando en pos de sí la ruina de todo el edificio doctrinario. La guerra entre las fracciones que se han repartido el país, aunque sorda y oculta, ha sido feroz y esterminadora; todas están agonizando. Las Córtes han muerto súbitamente, sin poder llegar al año de su existencia, porque nadie creía en un Parlamento abandonado por cuanto hay de ilustre en

el partido liberal español. Y todo ha sucedido porque los gobiernos se han agitado en lo vacío; porque los partidos gobernantes no tenían frente á sí un enemigo que les sirviera de lazo; porque los pueblos, más idóneos para comprender los hechos que para comprender las ideas, han visto prácticamente que el campo á donde le llamaban sus enemigos no era campo, sino cárcel; porque la Europa ha sabido, en vista de nuestra noble actitud, que la práctica del sistema parlamentario fué últimamente una farsa en que los más populares, los más fuertes, los más queridos del pueblo, debían resignarse á hacer una oposición estéril, cuyo único objeto era dar apariencias de legalidad á la victoria y á la dominación violenta de sus enemigos.

El camino que la causa de la libertad ha andado en este último año, prueba cuán fecunda es una conducta noble, resuelta, intransigente. Nuestros mismos enemigos han reconocido que ya no pueden mandar los gobiernos fuertes, sino los gobiernos justos; que se han embotado las espadas en el pecho de los liberales, y se han gastado las mordazas para la prensa; que la cosa pública pide la luz de la discusión y no las tinieblas de la intriga; que la moral vence á la infame razón de Estado, y la probidad á la corrupción, y el progreso á las reacciones, y la democracia al privilegio; que los partidos populares son los únicos fuertes, porque son los únicos justos, y son los únicos justos, porque ni siquiera consien-

ten los desmanes de la tiranía con su presencia en los conciliábulo de los tiranos hipócritas.

Comprenderíamos que oyésemos á la reaccion, que cediéramos á sus halagos, cuando la reaccion hubiera arrojado algunas de sus armas y se presentara arrepentida y contricta. ¿Pero qué arma ha arrojado de sí? Su gobierno asfixiante, su dictadura sobre la prensa, su centralizacion administrativa, su censo aristocrático, sus distritos serviles, su organizacion electoral, sus listas, su corrupcion, todos sus males, todos sus escándalos, todos, todos subsiten. El sistema es el mismo, el resultado el mismo. Ellos los dominadores, ellos los vencedores, ellos los que se reparten el botin, los que nos proscriben de todas partes, los que nos marcan con un hierro de ignominia, y nosotros sus cómplices. Los moderados, como los antiguos romanos, no pueden comer sin esclavos. Dejan que sus esclavos les insulten con tal que les sirvan en el festin. ¿Quién querrá ser esclavo? Nosotros no : preferimos la cruz de Espartaco á las cenas de Trimalcion.

Y al fin, si fueran otros hombres, se comprenderia que el partido liberal cediera á sus halagos, que el partido liberal escuchara sus consejos, que el partido liberal creyera en sus promesas. Pero sin exageraciones, sin pasion, sin saña, recordad quién es el hombre que preside el Consejo de ministros. Es el que llamó sangre vil y traidora á la sangre de la Milicia; es el que deportó en masa al partido liberal á

Filipinas; es el que arrojó sobre el país la levadura de la corrupcion política; es el que fusiló horriblemente en Arahá, y trató como ladrones á los liberales en Leganés; el hombre de los esbirros, que consintió que en elogio suyo se dijera por uno de sus cortesanos en el Congreso, que su poder habia sido el Calvario de la libertad, y que esa libertad por él crucificada, no resucitaría ni en tres siglos. Esta es la personificacion política más alta del nuevo gobierno liberal. ¿Y qué diremos de su ministro de la Gobernacion? El redactor de *El Guirigay*, el apóstata, el que se prestó al proceso de Olózaga, el que desarmó la Milicia nacional, el que legisló de real orden, el que hizo de su voluntad el código fundamental del Estado, el que enrojeció el malecón de Alicante, donde todavía no se ha secado la sangre liberal; ese hombre que se pierde para siempre, si lo abandonamos, ¿merecerá que el partido liberal le tienda la mano?

No podemos creer en esta gran traicion. Sería infamia en moral; sería estúpida en política. Pues qué, ¿no sabéis lo que hacen al nacer, los gobiernos moderados? Justicia de Enero. ¡Qué diligentes en remediar los males de sus antecesores, y enderezar sus entuertos! ¡Pero qué diligentes tambien ellos mismos en cometerlos mayores, y al poco tiempo, perseguir, aniquilar á los que se atreven á echárselos en cara! Narvaez antes del 43 parecia un tribuno; despues del 43 fué un tirano. San Luis entró

en el poder como un liberal, y salió del poder como un despotilla de decadencia. O'Donnell mismo en 1858 parecia un redentor, y en 1859 era ya un Narvaez. ¿Cuánto le durará la veleidad á este tornadizo é impresionable ministro de la Gobernacion? Si creyéramos en el liberalismo de Narvaez y de Gonzalez Brabo, mereceríamos, en verdad, un gran castigo; el desprecio, la befa de nuestros eternos perseguidores. ¡Oh víctimas de 1848, de 1856! Vosotros fuisteis fusilados; pero la suerte que á vuestros sucesores tiene reservada el partido moderado es más triste; los quiere, los halaga, porque los necesita para ser sus cómplices. A vosotros os fusilaba; pero á nosotros nos deshonra. ¿Seremos tales, que admitamos una deshonra política para hoy, y una eterna maldicion de la historia para mañana?

No abandonemos la libertad en estos supremos y angustiosos instantes, en que la suerte de la libertad está en nuestras mismas manos.

24 de Setiembre de 1864.

en el poder como un liberal y salió del poder como un despoja de deudas. O'Donnell murió en 1858 por un tumor en la cabeza y en 1859 era ya un Narvaiz. Cuando la dura la vejez de este tornadizo e irresponsable ministro de la Gobernación. Si creyéramos en el liberalismo de Narvaiz y de González Brabo, mariscalados en verdad, un gran castigo el de verlos en la sala de sesiones de las Cortes. Oh víctimas de 1848, de 1850, de 1856! Yacidos cubiertos, cubiertos, pero la suerte que a vosotros sucesores tiene reservada el partido moderado es más triste: los duques, los duques, porque los necesitáis para sus campañas. A vosotros os cubren; pero a nosotros nos deshonra. ¿Seremos tales que admitamos una deshonra política para hoy, y una eterna maldición de la historia para mañana?

No abandonemos la libertad en estos supremos y angustiosos instantes, en que la suerte de la libertad está en nuestras mismas manos.

1.º de Septiembre de 1864.

EL DICTADOR MODERADO.

Decían ayer los enemigos del general Narvaez, que al saber la noticia oficial del retraimiento, acordado por el partido progresista, había exclamado: «esos señores quieren darme por el gusto de enviarlos á Filipinas.»

(Diario Español 25 Octubre 1864.)

Un diario conservador lo cuenta. El general Narvaez bendice la nueva ocasion que le depara el destino de ejercer sobre los liberales desarmados toda la ferocidad de su carácter, y todas las implacables represalias á que le arrastran sus sanguinarios instintos. Como el barro mancha, como el veneno mata, el general Narvaez deporta y fusila. Por un momento se han empeñado los hombres que le rodean hoy en lavar toda la sangre liberal que lo cubre desde el pié á la frente, pero puede más la Providencia que la voluntad de los hombres; y Narvaez irá á la política de dictadura, á la política de sañudas venganzas, como la piedra vá á su centro de gravedad. El antiguo héroe de la Mancha, cual todos los hombres que salen á la superficie y flotan

sobre el revuelto oleaje de los hechos, no es sólo una persona, es una personificación; sí, la personificación del partido moderado, que no pudiendo sostenerse por la ley, se sostiene por la violencia; la personificación de la escuela doctrinaria, débil, moribunda, que no pudiendo vivir por la libertad, quiere vivir por la dictadura. Si la imprenta le molesta, deshará la imprenta; si la tribuna le amenaza, quebrantará la tribuna; si los partidos le detienen, desorganizará los partidos; si la cátedra le embaraça, pulverizará la cátedra; y si los liberales todos le hostilizan, los fusilará, y cuando la sangre rebose por todas partes, enviará á los que se hayan salvado de su furia á morir entre el calor y la peste de los Trópicos. Altivo por educacion, violento por carácter, obstinado en sus propósitos, sin ningun escrúpulo, sin ninguna religion política, dado como todos los tiranos á torcer con su voluntad el torrente de las ideas y de los hechos, el general Narvaez no es de la materia de los repúblicos parlamentarios flexibles y dúctiles para ajustarse á las mil trasformaciones á que les sujeta la complicada máquina constitucional, no; es de la materia de que se forman esos dictadores abominables, que quieren sujetar á los caprichos de su voluntad imperiosa, la suerte de los pueblos. Las atroces palabras que le atribuye el diario conservador, vienen á ser la revelacion entera de su carácter, la sangrienta picota donde está clavada su alma.

¡Hombre funesto y hombre desgraciado al mismo tiempo este general Narvaez! En la cumbre del poder y de la fortuna, ninguno, absolutamente ninguno, tan impopular y tan desdichado como él. Diz que fué defensor de la libertad el día 7 de Julio, y el pueblo no lo sabe. Diz que defendió la buena causa en la guerra civil, y el pueblo lo maldice. Todos los guerreros que en algún tiempo ampararon nuestras libertades, han sido populares, aunque después no hayan sido liberales. Córdoba, Leon, llevan la aureola del respeto, si no la aureola de popularidad que llevan, por ejemplo, Mina y Espartero. Este general Narvaez ha sido impopular hasta por la guerra civil. Y es porque el instinto del pueblo, de ese buen pueblo, siempre honrado y puro, no perdona la violacion de las leyes de la justicia ni siquiera á favor de sus derechos, y Narvaez en la Mancha se alzó con su ferocidad á la altura de Cabrera. La sangre vertida con crueldad neroniana, los suplicios innecesarios, los niños, los pobres niños fusilados por sus agentes al ir á coger una naranja... todo esto es execrable, y merece la reprobacion universal.

Narvaez es siempre, es en todo tiempo, el hombre de la dictadura; es peor que Sila. A primera vista parece una exegeracion histórica, y en el fondo es una verdad evidente. Sila destruye á Atenas, aflige á Samnium, borra á Nova; inmola cuarenta senadores, entrega al cuchillo de sus veteranos doce mil

hombres en Prenesta, al cuchillo de sus sicarios diez y seis mil caballeros en Roma; escribe aquellas listas de proscripcion que han indignado á todos los siglos; pero comete estas atrocidades en un mundo que no conocia los derechos del individuo, ni respetaba la santa inviolabilidad de la vida humana; donde el Estado era una especie de dios antropófago, ansioso de sacrificios humanos: que si viviera en nuestro siglo, en el seno de un pueblo cristiano, donde las ideas de caridad y de justicia se levantan sobre la impía razon de Estado, no osara las proscripciones á Filipinas, las matanzas de Madrid, de Sevilla, de Huesca, de Galicia, del Arahal, que ensangrentarán siempre el nombre de Narvaez.

Recorred su historia. El fué el primero en promover los terribles sucesos del 41; el último en venir á participar de la suerte de sus infelices compañeros; él fué el héroe de la rehabilitacion del partido moderado que empezó por la farsa militar de la batalla de Ardoz, y concluyó por la farsa cortesana del proceso de Olózaga; él fué el que capituló con la Milicia nacional de Madrid, para romper luego la capitulacion é insultar á los milicianos, llamando á su sangre que fecundára nuestras libertades, sangre vil y traidora; él fué el de los fusilamientos sin formacion de causa, y el de las conspiraciones del baron de Buloff; él fué el que prendió, deportó, lanzó sus sicarios sobre los hogares de inofensivos ciudadanos, puso su espada más alta que la ley, y se

vanaglorió de haber salvado la sociedad cuando habia herido todos los derechos; él fué el soberbio que aspiró con gusto sobre la ruina de tantas fortunas, sobre la desgracia de tantas familias, sobre los cadáveres de tantos liberales, el nombre de dictador con que le adulaba un seide cobarde; el fué el mantenedor del régimen que ha aniquilado el pensamiento libre, corrompido los comicios, violado las leyes, gangrenado las conciencias, corroido la moralidad política, régimen por lo hipócrita y por lo malvado más triste y asqueroso que la reaccion del veinte y tres, y sólo comparable con los últimos días del imperio de Sardanápalo.

Siempre que el miedo sube mucho, siempre que es necesario como en 1848, como en 1856, prescindir de todas las leyes, azotar todos los rostros, seguir una política de terror, corromper con dádivas, amedrentar con amenazas, destruir algo que hay vivo, restaurar algo que hay muerto; siempre aparece entre las sombras de la tempestad como lívido relámpago el nombre de Narvaez. Es un sistema hecho hombre. Tiene, como el insensato partido moderado, el amor del poder por el poder; sí, el poder que todos los repúblicos buscan como medio y que él sólo busca como fin. Tiene la vanidad ridícula de las aristocracias modernas, y ostenta con satisfaccion pueril su manto de Montesa ó su cruz de Calatrava en este siglo de democracia; como el partido moderado, oculta su origen plebeyo tras su tiráni-

ca oligarquía. Tiene la codicia doctrinaria en la médula de los huesos, pues consintió cuando lo podía todo que le pagara Palacio con ocho millones sus servicios. Ora adopta la política de Nocedal, ora la de Gonzalez Brabo; como su partido, oscila entre la revolucion y la reaccion. De natural violentísimo, sus principales argumentos son sus puños, como sus medios de gobierno son la tiranía y la fuerza. Y al mismo tiempo que representa la violencia, representa el maquiavelismo doctrinario. Tiene de César Borgia, la audacia; de Esforza, la astucia; de Fernando VII, la doblez; de Rosas, la crueldad y la barbarie. Sobre esa frente quieren poner los tribunales de la Academia española y de la Bolsa, la fresca corona de laurel, de la libertad. ¡Oh patria! Esta era la última de las humillaciones con que tus enemigos intentaban aniquilar la libertad.

Esta conjuración no ha sido posible. El retraimiento ha desconcertado todos los planes de la maquiavélica política del general Narvaez. Encuéntrase este ya herido, desanimado, frente á frente de sus enemigos, obligado, constreñido á entrar en su política de siempre, á invocar el neo-catolicismo, á ser el cómplice de todos los mogigatócratas que dominan este país, á convocar en su alrededor las huestes moderadas ansiosas de venganza, á renovar los antiguos tiempos, á tratar como enemigos á los que no han querido ser sus cortesanos. No faltaba más sino que despues de haber servido la reaccion, des-

pues de haber aniquilado al partido liberal, quisiera el general Narvaez, ahora que la revolucion es fuerte y el partido liberal robusto, gobernar con nuestros medios, y obligarnos, siguiéndole, á olvidar los manes de nuestros mártires. Diocleciano, nunca hubiera podido ser Constantino. Cuando aquel emperador se convenció de que no tenia fuerzas para sostener un imperio, un Senado, una Constitucion política, que se derrumbaba á impulsos de su propio peso, arrojó de sus sienes la corona del Universo, y se consagró á cultivar coles. ¿Quién ha sacado al general Narvaez de su huerta de Loja, para traerlo á restaurar la libertad en Madrid? Esto es puramente ridículo. Como los graves obedecen la ley de gravitacion, el general Narvaez obedece á la política de resistencia. Ese y no otro es su destino. Los partidos tan impopulares como el partido moderado, no pueden dar la libertad sin suicidarse. Los hombres tan odiosos como el general Narvaez, no pueden invocar la libertad, sin que la libertad los derribe.

La libertad política es el conjunto de revelaciones de la opinion pública. Entre la opinion pública y el general Narvaez, entre la opinion pública y el partido moderado, sólo puede existir una guerra á muerte. Resista, persiga, oprima: que en la naturaleza cada árbol dá su fruto, cada cosa engendra su semejante. Narvaez es incorregible, su política inenmendable. Nosotros tambien somos incorregibles en nuestro ódio á Narvaez. General, los destinados á

Filipinas, juran odiaros siempre, y lo que para vos es peor, no temeros nunca. Ya saben todo lo que de vos pueden esperar. Lo repetimos; las palabras que el diario conservador atribuye al general Narvaez, son la revelacion de su carácter, la picota donde está clavada su alma.

25 de etiembre de 1864.

LA POLÍTICA

DE DOÑA MARÍA CRISTINA.

La reina Cristina, á quien saludamos con respeto, es uno de esos personajes que, vivos pertenecen ya á la historia, y sobre los cuales cabe anticipar el juicio de la posteridad. Nacida en una corte donde el derecho divino estaba en grande predicamento; esposa de un rey que á una llamarán tirano, y tirano odiosísimo todos los siglos, por la revelacion de sus entrañas de madre fué sin embargo, liberal, buscando en el fuego de la revolucion, no la vida de su pueblo, sino la corona de su hija. Movidá por este santo interés, por este sublime egoismo, la reina Cristina jamás comprendió la libertad tribunicia de los tiempos modernos, la que, arrancando del fondo del alma, se cree superior á todo derecho, y estima que la humillan las concesiones y los favores de los reyes. Esto es tan cierto, que en aquel mismo momento de su mayor gloria, de su mayor popularidad, cuando soterraba á los apostólicos, y abría las

puertas de las Universidades á la ciencia, las puertas de la patria á los liberales, como si pudiera con sus rosados dedos trazar un límite al espíritu, ó con su dulce sonrisa aplacar la revolucion, decretaba que no se cambiaria nunca, y menos por su voluntad, la forma de gobierno en España. Es más, muerto el rey, comenzada su regencia, amenazando desde Portugal D. Carlos, concentrados los ódios de los apostólicos sobre su frente, próxima la regia cuna donde dormia su hija á flotar sobre mares de sangre, abierta casi la guerra civil, cerrada toda esperanza de acomodamiento con los carlistas, aun persistia la reina gobernadora en que la nacion llevase la coyunda de la monarquía absoluta, y vertiese su sangre antes por los derechos de sus príncipes que por sus propios derechos.

Las ideas pueden más que las voluntades de los hombres; el espíritu humano es más fuerte que aquellos que se creen sus dominadores; y á pesar de las negaciones de la reina Cristina, á pesar de sus esfuerzos, la revolucion subió las gradas de su trono, y extendió su tromba de fuego sobre aquella hermosísima cabeza. Cristina vió asaltada su cámara por unos soldados que le arrancaban un juramento; vió los liberales volver en su contra las armas; vió caidos los ministros nombrados por su autoridad soberana; vió disperso el partido moderado que forjara en su palacio; vió la democrática Constitucion del doce arrancarle el veto absoluto, sembrar de

ayuntamientos republicanos la Península, ahuyentar y esparcir los próceres, y poner en el trono la imágen augusta del pueblo, representada por unas Cortes soberanas y Constituyentes. La revolucion, siempre generosa en España, guardó á la reina gobernadora toda suerte de consideraciones. Aunque el artículo ciento noventa y dos de la Constitucion del doce prescribia que la regencia se compusiera de tres personas, las Cortes dejaron la regencia en manos de doña María Cristina. Algunos diputados protestaron contra el quebrantamiento de la ley, como los por tantos títulos ilustres Gorosarri y García Blanco, y el pueblo mismo oyó con desagrado sus protestas. Y sin embargo, para la reina madre la revolucion fué siempre un enemigo. El dia en que iba rodeada de su corte, con su hija de la mano, á presentarse ante la Asamblea, sus cortesanos su mismo secretario, escribian un artículo escandaloso en que llamaban conciliábulo á la representacion nacional, esclava á la reina, turba de sangrientos demagogos á los legisladores, sicarios á los Milicianos que acababan de ahuyentar de las puertas de Madrid á D. Sebastian, y juramento inútil, por fuerza, al que iba á sellar el Código de 1837. En efecto, cuando volvia á su palacio, llevaba ya la reina decidida la suerte del partido liberal, y decretada su proscripcion del poder. Auxiliábanla en ello mucho las reaccionarias disposiciones que en materia electoral tomaron las Cortes del 37, malbaratando el

sufragio popular por el censo. Pronto volvió el partido moderado, fijo el pensamiento en robustecer la autoridad de Cristina, y en matar los libres municipios. No comprendieron ni la reina ni su partido que aquellos municipios habian, durante la guerra civil, salvado la libertad. Con la grande autoridad que ejercian, con la Milicia nacional que mandaban, con el voto popular que les servia de escudo, renovaron las hazañas de Zaragoza y de Gerona en Ceniceros, Gandesa, Bilbao y Lucena. Herirles, era herir la revolucion en la frente. La reina los hirió, y al poco tiempo tocó las consecuencias de tamaño atentado; el pais se sublevó en su contra; cada ayuntamiento fué un foco de revolucion; cada Miliciano nacional un enemigo de la señora que les habia dado el nombre de Cristinos; y un dia, siempre memorable, vió á la reina más popular que ha habido en el presente siglo, huir de su patria, dejar su corona, abandonar sus hijas, y lanzarse entre el tumulto de las olas y de las maldiciones populares á extranjerías playas.

Para que volviera, se sublevó O'Donnell, y se sacrificó Leon; para que volviera se entabló el proceso de Olózaga; para que volviera, cometió Gonzalez Brabo su traicion política, y comenzó Narvaez sus primeras venganzas; y volvió en efecto, saludada, festejada como en los primeros dias de su reinado; entre nubes de incienso, entre palmas y flores, á ser el espíritu y el corazon, el alma y la vida del par-

tido moderado. Pero ¡ah! la habia abandonado la aureola popular que llevara en sus sienes. El pueblo no conocia del partido moderado más que su hermoso símbolo; no miraba la idea, miraba la mujer que parecia representarla como un simulacro, como una estatua. Todos los desórdenes de los once años, los fusilamientos sin formacion de causa, la violacion sistemática de los hogares, las cuerdas á Filipinas, las horribles proscripciones que emulaban las de Sila, el despilfarro de los caudales públicos, la inmoralidad gangrenosa, los escándalos de las concesiones de ferro-carriles, los empréstitos ruinosos, la anarquía electoral, las amenazas de golpe de estado, todo fué á recaer, por culpa del partido moderado que profanó su nombre, sobre la cabeza inviolable de la reina madre. Así el gobierno revolucionario de 1854, le prestó un gran servicio proscribiéndola; y así decia con elocuencia verdaderamente sublime desde Monte-Mor á su hija: «dos veces te he salvado, hija mia; una, por el amor; otra, por el odio de los españoles.»

¿Quién habia de creer que las locuras de la reaccion llegasen á ser tantas y tales en estos últimos años que dieran motivo á muchas gentes para reclamar el regreso de la reina Cristina como contraste á la influencia de los viejos apostólicos, resucitada por los maleficios de una milagrera y embaucadora mujer, de cuyo nombre no queremos acordarnos? Pero apartando esto á un lado, considere-



mos cómo se dejó la reina Cristina España, y cómo la encuentra. En apariencia nada ha cambiado. El mundo oficial es casi el mismo, y las mismas son las instituciones. No parece que estamos en 1864; parece que estamos más lejos aun de 1854, parece que estamos en 1844. El general Narvaez manda; el Sr. Gonzalez Brabo se encuentra dirigiendo el timon de la política; rige una Constitucion moderada; están al frente de las armas los conspiradores de 1841 ó los expulsados de 1854; todo yace en paz. Sin embargo, si apartando los ojos de lo exterior, los ha fijado la reina Cristina en lo interior de los sucesos, ¡cuántos y cuán profundos cambios!

En vano habrá buscado en esas llanuras de Castilla, asiento de la lealtad monárquica, el pueblo entusiasta que iba desalado á recoger una mirada de sus ojos, una palabra de sus labios. Ese pueblo ha vestido ya la toga viril. En vano habrá buscado aquella juventud moderada de 1843, en cuyo pensamiento se encerraba la inteligencia que iba á dar vida á la escuela doctrinaria. Hoy la juventud, alocucionada en más sublimes doctrinas, comprendiendo que no vive si no deja de sí un reflejo en la historia, y que no deja un reflejo en la historia si no abraza una nueva idea, está consagrada completamente á la causa de la libertad. En vano tambien habrá buscado aquella uniformidad con que los antiguos partidos liberales invocaban un solo nombre. Hoy el partido liberal, el que recogió en sus manos la coro-

na de Isabel II, el que llenó de gentes y de entusiasmo las filas de la Milicia nacional; aquel partido que hizo la guerra é hizo la paz, está proscrito, está maldecido; y desde el monte Aventino señala con seguridad la sangrienta nube que á más andar, viene sobre nuestro cielo preñado de tormentas. Y lo más nuevo, y lo más extraño ciertamente que la reina Cristina habrá encontrado en su camino, será este partido democrático, ayer desconocido, hoy fuerte; ayer tenido por un delirio y hoy oxidando con sus ideas hasta la inteligencia de sus enemigos; partido que sin necesidad de tocar las regiones del poder, sin apoyo oficial, perseguido por las calumnias que acompañan á todos los adeptos de las nuevas ideas, detenido en su camino por los inmensos é improbables trabajos que cuesta crear un nuevo dogma, subyuga todas las inteligencias, atrae todos los corazones, y guarda en su seno las esperanzas únicas de renovación y de progreso que acaricia nuestra envejecida sociedad.

La reina Cristina, que ha asistido al nacimiento de una nueva forma social, debe haber visto en todas estas ideas que habrán cruzado por su mente una muy triste enseñanza, la enseñanza de que la forma social por ella iniciada, el sistema doctrinario por ella sostenido, están heridos de muerte. Triste, tristísima idea, que debe haber nublado su alma. Pero ¡ah! señora, que así se realiza el progreso en la historia. Los hombres que ayer eran grandes espe-

ranzas, mañana apenas son recuerdos. El mundo marcha devorando en su febril actividad ídolos, coronas, dinastías. Cuando V. M. ha vuelto á Francia, ¿qué ha encontrado de aquella dinastía de Luis Felipe, que dictaba leyes al Mediodía de Europa? Cuando V. M. ha ido á Italia, ¿qué ha encontrado de su propia dinastía? En cambio, habrá encontrado por todas partes renovacion de ideas, renovacion de instituciones. ¿Qué mucho, pues, que esas leyes misteriosas de la Providencia se cumplan en todas partes? Sentimos nacer, señora, bajo la maldicion de aquellos que, como V. M., enjugaron las lágrimas de nuestras madres, y abrieron el hogar de la patria á nuestros padres. Pero no tiene remedio. Toda nueva revolucion nace maldecida por la revolucion que la ha precedido. Aceptamos la maldicion de V. M.; creemos merecerla, y adoramos la Providencia, que ha querido que la historia del mundo sea la historia de la libertad.

4 de Octubre de 1864.

EL RETRAIMIENTO.

El retraimiento es la última razón de los partidos liberales. Se acerca, sí, se acerca á más andar el día en que se tome esta resolución suprema. Los ánimos se hallan profundamente conmovidos, el ministerio suspenso y sin aliento, el pueblo gozoso, la reacción próxima á conjurar con una dictadura violenta, cruentísima, la ruina que la amenaza. Esta especie de estupor que sobrecoge á nuestros enemigos, prueba la fecundidad que lleva en su seno la política de retraimiento. Renunciemos á ella, vayamos en tropel á los comicios, votemos candidatos destinados á una segura derrota, logremos por la complacencia del gobierno algunos representantes, que en buen hora pronuncien académicos discursos y den efímeros votos; y toda la fuerza que hoy tenemos en la opinion, se habrá perdido, y todo el terror que hoy inspiramos al gobierno, se habrá trocado en risa. Esforcemos, pues, con fé, con perseve-

rancia, con ahinco, las razones que abonan el retraimiento, única esperanza hoy de la libertad; política salvadora de los derechos que todos anhelamos grabar en nuestras Constituciones para levantarnos á la altura de los pueblos más civilizados de la tierra.

El primer sofisma con que se quiere combatir el retraimiento, es la necesidad de que turnen los partidos liberales en el poder. Bien. ¿Y cuándo le toca el turno al partido liberal? Nunca. La ceguera de la reaccion es incurable; lo quiere condenado á una eterna oposicion, como si esto fuera posible en el organismo de los gobiernos representativos. El turno pacífico no viene nunca. Caen los bravos-murillistas, y vienen los polacos. Caen los polacos y vienen los vicalvaristas. Caen los vicalvaristas y vienen los moderados. Caen los moderados y vienen de nuevo los vicalvaristas. Caen otra vez los vicalvaristas, y suben de nuevo los moderados. ¿Cuándo le toca el turno al partido liberal? Nunca. Agota la reaccion todas sus heces; busca sus últimos representantes, resucita nombres abominados, consiente que venga el terrible dictador de 1848; alzaré mañana sobre el pavés á los héroes de los ciento treinta mil cargos de piedra, lo intentará todo, lo hará todo, menos ceder el mando á los que han defendido la libertad y se han sacrificado en sus aras, á los mismos que podian conjurar la crisis económica y política, satisfaciendo las exigencias de la opinion,

cada dia más sedienta de libertad y de justicia. Los turnos, pues, son una de tantas frases como arroja al acaso la reaccion torpe, insensata, que nos degrada, para engañar al partido liberal.

¿Por qué si tan segura de sí misma estaba la reaccion dominante, por qué no ha cambiado de veras, si no el sistema, las prácticas electorales? No ha habido variacion alguna. Son las mismas elecciones de siempre. Los candidatos no nacen de la voluntad de los electores, sino de la voluntad del gobierno. La grande urna está en manos del ministro; los grandes comicios son los salones del ministerio de la Gobernacion. Allí van los gobernadores á tomar la consigna para trasmitirla despues á los alcaldes. Estos se preparan á visitar la casa del elector influyente, á prometer destinos, á llevarse tras sí las voluntades, merced á la influencia moral que el gobierno trasmite á su candidato favorito. En una provincia se mudan todos los empleados. En otra se dan estancos á los electores adictos. Aquí un gobernador pide las listas electorales, sin duda para cerciorarse de los electores á quienes puede dominar. Allá se exonera un alcalde. Acullá se nombra un sub-gobernador. Candidato ministerial hay que presenta por título ser pariente del duque de Valencia; otro, ser protegido del rey. Nombres completamente oscuros aparecen por mágicas artes en los distritos. Tal, es hijuelo de un administrador de Narvaez; tal otro, escribiente del señor ministro de Hacienda; tal, ve-

cino del ministro de la Gobernacion, su contertulio y amigo. Y mientras se ve esto con escándalo universal, encerrados los ministros en su consejo supremo, van examinando candidatos, y admitiéndolos ó desechándolos por razones de amistad y de consanguinidad, antes de que los admitan ó los desechen los comicios. ¿Y creéis posible que cuando apelais á los mismos medios, cuando seguis las mismas prácticas que han traído el retraimiento; cuando teneis vuestros procónsules en las provincias, vuestros delegados en los comicios, vuestra corrupcion en todas partes, salga el partido liberal del retraimiento? Seria su deshonor.

Y á cambio de esta deshonor, ¿qué prometen? ¿Por ventura prometen que el partido liberal consiga una grande mayoría en los comicios? No. Le prometen los moderados la repeticion eterna de la farsa constitucional, la oposicion permanente, la minoría, una tutela ignominiosa, una ridícula impotencia. No concebimos, no podemos concebir cómo se tiene el cinismo de prometer esto, y cómo tienen algunos que se llaman liberales la triste debilidad de aceptarlo.

Ellos los señores, y nosotros los esclavos; ellos los gobernantes, y nosotros la oposicion; ellos disponiendo de las gracias, de los honores, de las riquezas, nosotros de algunos discursos de oposicion; ellos en la orgía, y nosotros los músicos encargados de distraerlos con algunas sonatas oratorias para

que más á su placer puedan hartarse. Conclu-
yamos.

El país no quiere la oposicion para el partido li-
beral, quiere el poder.

Es un insulto que se nos arroja al rostro eso de
creernos tan frívolos, tan poco amantes de nuestras
ideas, tan indiferentes á los dolores del pueblo que
nos contentemos con una abdicacion eterna, con un
eterno destierro. ¡Salir del retraimiento! ¿Para qué?
Para que se perpetúe la farsa, para que derrochen
el presupuesto los moderados, para que se den á sus
malas artes los clericales, para que crezca la restau-
racion apostólica, para que sigamos incomunicados
con Europa, cómplices de todos los tiranos, obs-
táculos á todas las libertades, para que nos desan-
gremos en América, para que nuestra conciencia es-
té muda, nuestro pensamiento esclavo, y sobre las
cabezas de todos las frias cenizas de la inquisicion,
y en los labios de todos las frias mordazas de la cen-
sura.

No, no consintamos esto. El régimen oprobio-
so que lleva veinte años de escándalos, de iniquida-
des, se salva si cedemos á sus halagos, se cae si re-
sistimos á salir del retraimiento. Las horas son ver-
daderamente angustiosas, horas de crisis suprema,
horas de supremas elecciones. ¿Qué se dirá de nos-
otros, si por nuestra propia culpa conservamos esta
iniquidad viva que se llama régimen reaccionario?
¿Qué se dirá de nosotros si damos fuerza y vigor á

los moderados? Mirad cómo os piden de rodillas que salgais del retraimiento. ¿Por qué? Porque el retraimiento es su ruina. Pues si el retraimiento es la ruina de esta infame situación, sospechosos serán los que vacilen, apóstatas los que cedan.

1.º de Noviembre de 1864.

LA REACCION.

El partido moderado y el gobierno que lo representa, se asombran de la política de retraimiento, como si fuera una maravilla, y se escandalizan como si fuera una rebelion. Y sin embargo, la política de retraimiento es el término inevitable, fatal, de toda la política moderada. ¿Qué ha hecho el partido moderado desde el punto en que por sorpresa, como quien asalta una casa y descerraja una puerta, se apoderó en 1843 del poder? Negar condiciones de vida á los demás partidos; cerrarles toda lucha legal, condenarlos á eterna desesperacion. No puso nunca sus miras en constituir el régimen parlamentario; las puso en su propia oligarquía. No se acordó de la renovacion de los partidos en el poder, sino de la perpetuidad de su poder. Y á guisa de déspota castigó con violaciones de domicilio, con extrañamientos, con cadalsos, todo conato de oposicion. El hombre que los moderados creian el primero entre todos ellos, resumió en una frase concisa, pero gráfica, toda la teoría del partido; al enemigo caído, golpe de gracia.

Examínense una por una las leyes moderadas, y se verá que todas son leyes de proscripción contra los demás partidos. Los soberbios han intentado hacer de la corona de España una corona para sus propias sienes; han fundado una Cámara permanente, vitalicia, especie de inmóvil momia, que paraliza el movimiento de todo el mecanismo constitucional; han creado unos distritos reducidos y mezquinos, donde sólo pueden tener voz y voto algunos electores privilegiados, por el más odioso y el más vil de los privilegios, por el privilegio del dinero; han organizado la prensa periódica, el gran instrumento de civilización, con tan duras y onerosas condiciones, le han puesto tales y tan pesadas cadenas de oro, que sólo por mediación de la Providencia, hemos podido esgrimirla nosotros que no pertenecemos á los privilegiados de la fortuna; han hecho de los destinos públicos, de la magistratura, custodia del derecho, de la administración, de toda la vida política y social, una especie de patrimonio para sus cortesanos, y de red inmensa para sus elecciones. ¿Cómo se quiere, pues, que los partidos se arrojen á lo que se llama la oposición legal? ¿Dónde irán á luchar, moderados, dónde? ¿Al Senado? Es todo vuestro. ¿A los comicios? Son vuestros. No queda, pues, más recurso que resignarse y no luchar; resignarse al silencio, resignarse á la desesperación, y poner toda confianza en una gran explosión de la justicia divina.

— Ya sabemos que esto es terrible para vosotros. Hé ahí la consecuencia de vuestros errores. El despotismo no es sólo un mal para el que lo sufre, estambien un mal para el que lo ejerce. Cuenta Montequieu que Enrique VIII dió una ley declarando reos de alta traicion á todos aquellos que predijesen la muerte de un rey. Llegó á su última enfermedad, y los médicos no se atrevieron á decirle que se acercaba su hora. Cumplieron la infame ley de Enrique VIII. Así nosotros ahora, ¡oh moderados! nosotros cumplimos tambien vuestras leyes, y os ayudamos á que se realice por completo, en su extension, toda vuestra política. Puesto que somos párias, puesto que todas las leyes se han escrito para proscribirnos y para esterminarnos, puesto que no hay espacio en el campo político que habeis sembrado para que reposemos los liberales, aceptamos nuestra condicion, nos abrazamos á nuestras cadenas, y desde ahora mismo reconocemos que ni derecho nos asiste para turbar las orgías en que apurais la sangre y el sudor del pueblo español, con nuestra profana sombra.

Sabemos que direis que con el retraimiento del partido liberal no es posible el sistema representativo. En verdad no es posible. Sí, este sistema es la organizacion de una lucha. Desde el momento en que uno de los principios opuestos y en batalla sucumbe hasta quedar suprimido, cesa esta lucha que sube desde la prensa á los comicios, desde los comi-

cios á los parlamentos, desde los parlamentos al gobierno. Esos dos principios de autoridad y de libertad que forman el contrapeso del régimen constitucional, y su perfecto equilibrio, tienen dos partidos que vienen á ser como su organismo exterior, como su manifestacion social. Estos dos partidos son dos fuerzas que forman la verdadera dinámica constitucional, como el flujo y el reflujo en el Océano, como la atraccion y la repulsion en las esferas, como todas esas luchas que son leyes constantes de la naturaleza. Suprimido uno de los dos elementos, el sistema constitucional perece. Pero ¿quién ha tratado aquí de suplir al más vivo, al más enérgico, al que representaba la libertad? Los moderados. Y así han herido de muerte el sistema constitucional. Tan muda es su conciencia, que hasta ahora no les ha avisado del parricidio.

La verdad es, que el partido liberal no ha podido ser ni más heróico, ni más paciente. En el día de la lucha, en ese día tremendo en que sólo se recojen dolores, ha sido el primer llamado; y en el día de la victoria, el único excluido. Tres grandes períodos tiene el sistema constitucional que se pueden calificar de esta suerte: reinado de Fernando VII, regencia de María Cristina, reinado de Isabel II. En los días de las grandes aflicciones, ¿cuándo ha desoído el partido liberal la voz de su deber? Los principales héroes de la guerra de la Independencia fueron suyos, y suyos los principales héroes de la guer-

ra civil. Las heróicas milicias que formaba, vencieron á los franceses, y vencieron á los carlistas. Los huesos de sus mártires llenan el suelo de España. ¿Cómo se han pagado estos sacrificios? Díganlo los nombres de Porlier, Laci, Manzanares, el Empeciñado, Riego, Zurbano. Sus ideas han sido calumniadas, sus propósitos desautorizados, sus nombres entregados al ludibrio, se les ha arrancado la vida, y si hubiera sido posible disponer de la historia, se les arrancára hasta la honra. De resultas de esto, árida soledad se extiende sobre las cumbres del poder.

Estais, pues, sólo, enteramente sólo, moderados. Se han realizado vuestros propósitos, se ha cumplido vuestra política en toda su extension, con toda su grandeza. El partido liberal no os importuna con su voto, no os importuna con sus discursos. Para vencerlo, habeis corrompido el sistema constitucional. Ya está aniquilado. Reid, gozad; repartíos un poder que nunca os ha costado nada, nunca dádiva caprichosa; nombrad vuestros jóvenes adeptos para los destinos públicos, y vuestros ancianos para el Senado; henchid el Congreso de vuestras gentes; que mientras vosotros así os burlais de un pueblo generoso, el mal que sigue al error como la sombra al cuerpo, os castigará duramente, pues no ha muerto la justicia social en la tierra, ni la justicia divina en el cielo.

30 de Octubre de 1864.

LA SUPREMA ELECCION

ENTRE LA POLÍTICA LEGAL Y LA REVOLUCIONARIA.

No tenemos identidad de principios con el partido progresista; pero tenemos identidad de situacion. Una misma proscripcion pesa sobre ambos partidos; una misma esperanza los anima. Ambos llevan un sello de maldicion en la frente; para ambos no hay más que un camino por donde poder llegar al logro de sus deseos. Somos partidos distintos por las ideas, partidos distintos por las creencias; somos casi un sólo partido por lo triste de nuestra suerte. Esto proviene de la política perturbadora, reaccionaria, que ha quebrantado todas las instituciones, y perturbado todas las ideas desde las cumbres del poder. En el estado de los ánimos, en el crecimiento de las ideas, en las exigencias de la civilizacion, el partido progresista debia ser hoy el partido conservador, el partido de gobierno; y la democracia la oposicion legal, generosa, pacífica que desde la prensa, desde la tribuna, propusiera las reformas, señalára el progreso, describiera á los ojos de los gobernantes el ideal del

siglo, y llevara á todas las leyes su espíritu de libertad y de igualdad, procurando de esta suerte sin disturbios, sin conmociones, la anhelada emancipacion del pueblo.

Pero todo está trastornado y herido por la constante política de reaccion, de neo-catolicismo, más ó menos disfrazado, que reina en nuestras patria. Esta política ha creído al partido progresista una amenaza para la sociedad, á su gobierno anarquía, á su imprenta blasfemia, á su milicia sicarios, á sus ayuntamientos juntas revolucionarias, á sus asambleas conciliábulos, á sus hombres conjurados, y constantemente lo ha tenido proscrito, concediéndole, cuando más, el derecho de oposicion académica y pacífica, para dorar á los ojos de Europa con barniz de constitucional su hipócrita y artero absolutismo. No olvidemos tan fácilmente los hechos. Los mismos hombres que decían representar la tendencia más progresiva, dentro del partido moderado; los que tomaban el cognómen de liberales, y abrian sus filas á los paralíticos santones del progreso, en prueba de su ardiente liberalismo, mientras respiraban con gozo las ideas neo-católicas, quemaban libros, desenterraban cadáveres, iban á recibir consignas á un convento, y ponian por puntales de su poder los cirios, como sucediera en la corte de Carlos II; mientras se daban á todas estas mogigaterías indignas, enfurecíanse como energúmenos, cuando escuchaban una idea progresista, y llama-

ban á sus representantes en pleno Congreso miserables héroes de barricada, y tachaban de subversivo el derecho público moderno, y condenaban con multas crecidísimas y ruinosas á los periódicos progresistas, por sostener un dogma axiomático desde el pasado siglo, el dogma de la soberanía nacional. No hablemos de nosotros los demócratas; nosotros somos el escándalo de estas gentes, los revolucionarios sangrientos, los demagogos furiosos, aborto del infierno, indignos de pertenecer á la sociedad española, destinados á sufrir en un plazo más ó ménos largo, suerte igual á la que sufrieron los moriscos en el siglo décimo-sétimo: la expulsion de la tierra pátria. Esta identidad de situacion, nos ha unido á todos en una misma esperanza, en unos mismos ódios, como se unian los esclavos venidos del Norte y del Mediodía en el fondo de las gémmonías romanas.

Ahora bien; ¿dónde están los eternos enemigos del partido progresista? Arriba. ¿Dónde están sus eternos aliados? Abajo. ¿Qué va á hacer en estos momentos? A optar entre los de arriba y los de abajo; á optar entre sus enemigos de siempre ó sus aliados de siempre; á optar entre el partido moderado ó el pueblo; á optar entre sus verdugos y sus mártires. ¿Qué le pide el pueblo perseguido, maltratado, proscrito? Le pide la continuacion en el retraimiento, la gran política que coronó de palmas la tumba sacratísima de Calvo Asensio; la gran política que mató tres ministerios; la gran política que desautorizó un Con-

greso y lo disolvió; la gran política que arrojará en tierra la Babel moderada; la única política que conviene á los que, cargados de cadenas, sólo pueden optar ya entre la libertad ó la muerte; la única política que asusta al hombre sin miedo del partido moderado, al general Narvaez. ¿Qué le pide el partido moderado al partido progresista? Que llene algunos distritos, que pronuncie algunos discursos, que haga una oposicion académica, y que dé á su poder perpetuidad, á sus maniobras forma parlamentaria, á sus empréstitos fuerza, á sus arcas oro. Opte el partido progresista: la hora es solemne, la eleccion suprema.

Se dice que nosotros tenemos un interés de puro egoismo en que el partido progresista opte por el retraimiento. ¡Cuán mal nos conocen los que así nos juzgan! ¡Cuán mal conocen las relaciones entre el partido progresista y la democracia! El interés egoista de la democracia, está en que el partido progresista se equivoque, en que cada día pierda una parte mayor de su popularidad. Cada acto anti-revolucionario del partido progresista, cada vacilacion, cada duda, arroja sobre la democracia una oleada de leales y dignísimos sectarios, que aleccionados por el desengaño, vienen al partido joven, donde no hay vacilaciones ni dudas. Conocemos al partido progresista, muy especialmente en las provincias, aunque le hemos combatido, y estamos dispuestos á combatirle cuando nos lo dicte nuestra

conciencia y nuestro amor á la libertad, y sabemos cuánto gana el partido democrático, cuánto prospera con los errores del partido progresista. ¿Se nos quiere más francos? Pero sobre nuestro interés egoísta como partido, está el interés generoso por la libertad; está la noble impaciencia de ver más pronto estirpado el régimen doctrinario, sus leyes serviles, sus elecciones corruptoras, sus distritos asfixiantes, sus electores oligarcas, sus despilfarros, su presupuesto escandaloso, el cáncer corrosivo que ha extendido sobre la conciencia de España.

¿Pues qué, el partido progresista puede tener algún interés en conservar á los apostólicos y á los moderados, que sólo han servido para refrendar su expulsión? ¿Quién lo arrojó del poder en 1814? ¿Quién trajo la intervención extranjera en 1823? ¿Quién lo persiguió, lo encarceló, lo diezmó, lo aniquiló en diez años de persecuciones? ¿Quién lo volvió á expulsar del poder en 1838 después de haber dado una Constitución conciliadora y monárquica? ¿Quién le despidió queriendo hasta deshonorarle en 1843? ¿Quién lo ametralló en 1856? Los mismos, ora tomen un nombre, ora otro, que le halagan para que salga del retraimiento. Si el partido progresista no puede escucharlos sin deshonorarse, ellos tienen la culpa, ellos que han restaurado los tiempos apostólicos, que han diluido en los aires la letal influencia neo-católica, que han llenado el ejército, las ante-cámaras de palacio, las sillas episcopales, con los

vencidos de Vergara, que han hecho del título de liberal un título de proscripción y de ignominia.

El partido progresista todo lo debe, absolutamente todo, á la revolucion. Por la revolucion, dió el código de 1812; por la revolucion, subió al poder en 1820; por la revolucion, venció en 1836 y promulgó la Constitucion del 37; por la revolucion, dominó de 1840 á 1843; por la revolucion, volvió á subir en 1854. Que se nos cite una sola vez, una sola, en que el partido progresista haya sido llamado legalmente al poder, y nosotros le quitaremos el dictado de revolucionario. ¿Es culpa esto, por ventura del partido progresista, que debia ser hoy un partido conservador, un partido de gobierno, puesto que el partido moderado es un partido de reaccion, un partido de retroceso, y la democracia el partido de accion, el partido de progreso? No, es culpa de los que en 1853 aconsejaron que subieran al poder antes que los hombres más moderados del partido progresista, los más desautorizados é impopulares del partido moderado, los hombres de los empréstitos forzosos, los hombres de los cargos de piedra, los hombres de las concesiones de ferro-carriles, los hombres abominables y abominados que debian atraer la revolucion como ciertos metales atraen el rayo. Y ahora ¿qué ha sucedido? ¿Quiénes se han encargado de sacar al partido progresista del retraimiento? El absolutista Arrazola, que produjo la revolucion de 1840; el general Córdova, que ame-

tralló al puebló en 1854; el célebre Barzanallana, que contrató el empréstito Mirés; el orador Alcalá Galiano, que abandonó al partido progresista en 1836, el primero de los apóstatas; el tribuno González Brabo, el héroe de las intrigas del 43, el héroe de Alicante, el conculcador de todas nuestras leyes; el semi-polaco Llorente; presididos todos, basta con nombrarlo, por D. Ramon María Narvaez.

El partido progresista es dueño de seguir sus propias inspiraciones, y de condenar el retraimiento, porque esa política le une con la democracia. Nosotros podíamos citarle con grande empeño los servicios que la democracia le ha prestado; podríamos mostrarle á Orense, llevando cinco años, con sin igual constancia, con sin igual gloria, sólo, su voz y su voto en las Córtes; podríamos mostrarle á Rivero protestando con su grande autoridad, ante la soberbia y engreida situación vicalvarista á favor de la legalidad de las Córtes Constituyentes; podríamos mostrarle á García Ruiz presentando un dia y otro en el Congreso votos de censura contra el general O'Donnell, y presintiendo su traicion infcua; podríamos mostrarle á Aguilar, á Becerra, á Cámara, en 1854, combatiendo para que subiese al poder el partido progresista, y en 1856, combatiendo para que no cayera del poder el partido progresista; y con todos estos títulos podríamos recordarle dónde están sus verdaderos aliados. Pero no, no consulte nuestro interés el partido progresista, no haga nada

por nosotros, hágalo todo por sí. Vea si le conviene aceptar la legalidad existente, sancionar la Constitución del 45, admitir un Senado hecho para imposibilitar su mando, combatir en unos distritos corrompidos por el virus moderado y disueltos por la centralización administrativa, escuchar los consejos de sus eternos enemigos, servir á las cábalas de Gonzalez Brabo y á las ambiciones de Narvaez, abrazar la política de *El Clamor*, que ha rechazado últimamente; ser un partido condenado á perpetuar la hipocresía imperante, á sostener el nido del neo-catolicismo, y opte en estos instantes, opte: que ha concluido el tiempo de los términos medios y sonado la hora de la *Eleccion Suprema*.

igual comando, con sin igual gloria, su voz y su voto en las Cortes. 3 de Noviembre de 1864.

verdadero protestando con su grande autoridad, ante la soberbia y angustia situación vicariaria á favor de la legalidad de las Cortes Constituyentes; podría mos mostrarle á Garcia Ruiz presentando un día y otro en el Congreso votos de censura contra el general O'Donnell, y presentando su ración inmensa, pudiéramos mostrarle á Aguilas, á Becerra, á Calmagre, en 1854, combatiendo para que subiese al poder el partido progresista, y en 1855, combatiendo para que no cayese del poder el partido progresista; y con todos estos títulos, pudiéramos recordarle donde están sus verdaderos aliados. Pero no, no consulte nuestro interés el partido progresista, no haga nada

COMBATE POR EL RETRAIMIENTO.

¡La cuestion de retraimiento! Este es el blanco donde se dirigen todos los tiros de la prensa ministerial. Como si presintiera con su instinto de conservacion que todos sus alardes de restaurar un falso liberalismo van á ser vanos, inútiles, porque los liberales no se dejan ya engañar, truenan contra la actitud del partido liberal, y vomitan sobre su frente todo género de improperios. ¡Creían que íbamos á ser víctimas de su maquiavelismo! ¡Creían que íbamos á enredarnos en sus groseras redes! No, esta situacion que nos ha perseguido, que nos ha aniquilado, no puede contar con nuestra benevolencia. Entre ella y nosotros media un rio de sangre, y los rios de sangre no se vadean. Despues de haber agotado todas sus crueldades; despues de haber sido impotente para restaurar el neo-catolicismo; despues de haber llenado de enemigos nuestros todas las regiones oficiales, y de espíritu apostólico y realista todas las instituciones, ahora arrepentida, con-

trita, viendo que en esas ideas no hay un soplo de aire para los hombres nacidos en este siglo, la situacion se arrastra á nuestros piés como una serpiente, sólo para deshonrarnos y comerciar con nuestra debilidad. No, no la creemos; ha llegado la plenitud de los tiempos; queremos la libertad defendida por nuestros brazos, realizada por nuestras manos, vivificada por el amor de los que le han consagrado su vida entera. Como la fé religiosa no desciende al que la busca por interés mundano, sino al que de todo corazon la pide, la libertad no anima el espíritu de los que la han vendido, de los que la han abandonado, de los Judas, de los Pilatos, de los Fariseos que la han levantado en el Calvario. Un apóstata dijo, segun la tradicion, la frase amarga: venciste, Galileo. Pero aquel la dijo cuando la muerte le heria, cuando la desesperacion penetraba en su alma, con esa lucidez que dá la agonía al espíritu en el momento de entrar en la eternidad. Esa frase es sagrada, porque es la frase de un moribundo. Pero vosotros, moderados, vosotros que os ceñís el gorro frigio, y decís: «venciste, libertad» por unos dias más de poder y de fortuna, vosotros nos dais risa. Vuestro odio heriría á la libertad; pero la deshonraria vuestro amor. La alarma de la reaccion es grande.

La táctica de los periódicos conservadores de todos matices consiste en asustar al partido progresista con decirle que va á dar en la democracia. El

Diario Español, periódico por excelencia vicalvarista, dice: «Ve, entrégate á la democracia; lucha á su lado, vive con ella.» *El Contemporáneo*, tenido por oficial órgano del ministerio de la Gobernación, exclama: «El partido progresista gravita sensiblemente hácia la democracia.» *El Clamor*, que tanto ha auxiliado á los periódicos moderados para el reconocimiento de la Constitución del 45, exclama: «Las filas de la democracia se engruesan con semejante conducta, con nuevos partidarios.» Esta es una nueva emboscada que el partido progresista debe reconocer. No se trata en estos momentos por los dos partidos, sino de lo mismo que trataban en la emigración del 23 al 33; de lo mismo que trataban en la guerra civil del 33 al 40; de rehacer el régimen constitucional herido, de dar condiciones de derecho, de vencer á los hipócritas enemigos de la libertad que han tomado por fuerte el santuario, por cuartel los conventos, y que se han apoderado infamemente del árbol regado con nuestra propia sangre; se trata de estirpar el espíritu neo-católico que ha ido á guarecerse á nuestro mismo Capitolio.

La Epoca comprende perfectamente, comprende en toda su extensión lo que el retraimiento de los partidos liberales significa; lo que se contiene, lo que se encierra dentro de este grandioso y concertado movimiento de la opinión pública. Cuando conjura á los partidos conservadores á que se unan, cuando llama á todos los reaccionarios, á todos los

ametralladores á que formen una legion sagrada, á todos los periódicos á que compongan un coro inmenso de alabanzas en loor de los que nos han perseguido y nos han esterminado; cuando esto hace, cuando esto intenta, describe bien los ejércitos que vé enfrente, sí, los ejércitos de los perseguidos, de los calumniados, de los proscritos, que vienen todos unidos en una misma idea á derribar la nueva Babilonia reaccionaria, la ciudad que se bambolea porque no quieren ya sostenerla en sus espaldas los esclavos.

Si esta formidable falange os asusta, vosotros la habeis formado, vosotros la habeis disciplinado, vosotros la habeis unido, vosotros, que unas veces nos habeis mirado con desden, otras con ódio, siempre como séres inferiores á vosotros, como séres nacidos sólo para obedecer, cual si en el fecundo suelo de Europa, calcinado por la ardiente lava revolucionaria, pudiesen existir ni un sólo minuto las castas. Tenemos la conciencia de nuestro derecho, y no hemos de dejar que la arranquen vuestros halagos, ya que no ha podido extinguirla nunca la lluvia de sangre que habeis derramado sobre nuestra cabeza.

En medio de todo, nuestros enemigos ya pagan bien caramente las injurias inferidas á la libertad, y la justa desconfianza que á los liberales inspiran. El ministro de la Gobernacion se siente herido. De resultas de su infortunada campaña, los elementos neo-católicos predominan en el gobierno. En vano

el Sr. D. Alejandro Llorente ha reclamado con grande insistencia el reconocimiento del reino de Italia. La mano férrea del destino ha caído sobre él, mostrándole que pedia un imposible. En vano el Sr. D. Luis Gonzalez Brabo ha querido dar un soplo de aire, un rayo de luz. Los elementos neocatólicos que entraña la situacion lo han vencido, lo han entregado sin vida y á una próxima oscura crisis ministerial, donde sucumbirá. En estos tiempos de decadencia estábamos destinados á ver cosas bien tristes; á Narvaéz, el Calígula doctrinario, echándola de liberal; á Gonzalez Brabo, el Juliano de la religion de la libertad, cayendo por liberal de su alto asiento. Castigo en verdad merecido, expiacion justísima, con la cual paga el hombre funesto de 1848 su negra apostasía. La marea reaccionaria sube. El ministerio del general Narvaez ha abierto las compuertas, y la inundacion le cubre la cabeza. El Sr. Arrazola, especie de Mefistófeles del partido moderado, se rie del triste ensayo de liberalismo, y reclama que se vuelva á la política tradicional histórica, á la política cuya más augusta personificacion es el Sr. Nocedal. *El Contemporáneo* debe verse muy apurado, cuando en un raptó de tristeza, grita:

- No somos de los que á toda costa desean ver á sus
- amigos en el poder: esto nos complace como es
- natural, mientras creemos que su permanencia en
- él puede ser provechosa para la patria; pero con

«más gusto les veríamos caídos, que empeñados en
«una política estrecha y esclusivista como á la que
«se intenta arrastrarlos, aunque inútilmente.»

¿Conque se quiere arrastrar á los amigos del periódico liberal, á una política mezquina y estrecha? Pues no tiene más remedio que aceptar esa política ó caer. El ministerio es puramente moderado, y en el partido moderado hace mucho tiempo que sólo anima el espíritu neo-católico. El Sr. Gonzalez Brabo, que se habia propuesto sacar á los liberales del retraimiento, caerá maldecido de todos sin dejar más que una sombra más en la frente de su partido, una huella más de impotencia en las cumbres del poder. ¡Justo castigo de su soberbia!

8 de Noviembre de 1864.

LOS PROGRESISTAS Y EL RETRAIMIENTO.

El asunto del día es la reunion del partido progresista; reunion por todos conceptos trascendental y grave, reunion que debe señalar época en la historia de nuestra patria. ¡Qué espectáculo tan grande, tan maravilloso el de las reuniones políticas, el de las controversias al aire libre, á la luz del sol! Nuestros enemigos, los enemigos de la libertad, creen que con esas reuniones pelagra la sociedad, se pierden los gobiernos. Y sin embargo, donde la imprenta es libre y no há menester depósito, donde las reuniones son libres y no han menester ni siquiera pedir permiso á la autoridad, donde los derechos de los ciudadanos están plenamente asegurados, es completa la paz, es el órden invariable, el progreso pacífico. Al revés, allí donde todos estos derechos penden completamente de la voluntad tornadiza de un ministro, allí no hay paz cierta, no hay institucion segura. De esto es bien triste ejemplo nuestra patria, bien triste muestra el gobierno

español. Un dia tenemos aquí el derecho de reunion á merced de una circular como la circular del señor Vaamonde; otro dia la imprenta á merced de una ley como la ley de Cánovas. Basta un comisario de policía para disolver una reunion importante; y á veces no bastando las leyes comunes del enjuiciamiento, ni los tribunales ordinarios de la nacion, cae la imprenta bajo la ordenanza militar, bajo la jurisdiccion de los consejos de guerra. Con esto la libertad es siempre insegura, y el orden está siempre amenazado. Hé aquí por qué la democracia, única doctrina política que asegura la libertad, es tambien la única que asegura la paz de las naciones.

Pero ciñámonos á historiar la reunion. La parte que se refiere puramente á la organizacion del partido progresista, la verán nuestros lectores en otro lugar. Hablemos de las declaraciones políticas de verdadera, de trascendental importancia. Dos puede decirse que resultaron de los discursos. Primera: la declaracion de no transigir en nada ni por nada con lo existente, de contestar á sus halagos con menosprecio, de persistir en la política salvadora iniciada con tanta gloria, sostenida con tanto empeño. Segunda: la declaracion de que el progreso camina hácia la democracia, y de que batalla por la libertad, sostenido siempre, apoyado siempre con esta su generosa vanguardia. No hay para qué decir si aceptaremos con verdadero júbilo estas dos grandes y solemnes declaraciones. Con la primera,

el partido progresista ha mostrado no abatirse, no desanimarse, y sostener así la única actitud que le conviene en presencia de enemigos conjurados para perderlo. Con la segunda, el partido progresista ha mostrado que conoce lo grave de los sucesos, lo difícil de las circunstancias, y que en estos momentos solemnes, cuando es necesario hacer un supremo esfuerzo, no queda otro remedio sino partir el campo y poner á un lado los amigos y á otro lado los enemigos de la libertad. Sí, no cabe dudar cuando es hora de grandes afirmaciones; no cabe vacilar cuando es hora de gran resolución; volver las armas en este supremo instante contra cualquiera de los aliados de la libertad, sería una traición que no cometerá nunca la DEMOCRACIA como partido, *La Democracia* como periódico. Caminemos todos unidos, cada cual con su bandera, cada cual en su legion, sin confundirnos; pero caminemos unidos contra los enemigos de la libertad. Esta es la voz de orden que se oye, salida de todos los pechos, dictada por todos los corazones en las gloriosas filas del ejército de la libertad. Nosotros, los demócratas, sólo pedimos ir al puesto de mayor peligro, ser el blanco de los mayores ódios, para decir á la situacion: no cederemos ni transigiremos nunca contigo.

Relatemos ahora lo sucedido en la reunion, lo que allí hubo de verdaderamente político. El señor Madoz, el más resuelto en contra del retraimiento,

mostró sin embargo su resolucion de someterse á lo que la mayoría de su partido decidiere. El señor general Prim, todavía convaleciente, decaído de fuerza todavía, manifestó que no podia, que no debia hablar, mucho más, cuando estaba obligado á decir de varias personas hechos muy graves. En las palabras del general Prim habia una tan amarga reticencia contra ciertas personas tan largas en prometer, como avaras en cumplir, que la reunion se sintió muy conmovida. ¡Si pudiéramos grabar aquí todo lo que significaba esta amarga reticencia; si pudiéramos decir todo lo que late bajo la pluma! Baste decir que el tono del general Prim valia por un discurso, y el aplauso de la Asamblea era la señal de que todos habian adivinado lo que en aquella entonacion se encerraba. ¡Ah! Es bien fácil comprender todo lo que pasa en este país, donde los ministerios pasan, varian, y la política siempre es la misma, siempre igualmente reaccionaria.

El Sr. Montemar hizo despues, en un discurso contundente, largo y concienzudo, exámen de la circular del Sr. Gonzalez Brabo, anatematizándola y diciendo que á sus amenazas, á sus calificativos, debia contestar y contestaba el partido liberal con la dignidad propia de aquel que se reconoce fuerte en su derecho. El Sr. Sagasta pronunció un discurso muy notable por su fondo y su forma, hablando de los Judas que venden al partido progresista con un ósculo, y de los obstáculos tradicionales que en-

cuentra este partido, por ser liberal, en su camino, cuando parece que el estado de la opinion y el estado de Europa reclaman hoy más imperiosamente que nunca la libertad. El discurso del digno director de *La Iberia* fué muy aplaudido, por su brillante elocucion y por la amarga ironía con que asestaba sus dardos á los enemigos permanentes de la libertad. El Sr. D. Pedro Mata, cuya elocuencia es de todos conocida, dirigió una vehemente invectiva al partido moderado, probando que en él están condensadas la soberbia, la gula, la envidia, la avaricia; en una palabra, todos los pecados capitales, todos los vicios que la moral universal condena, y que la historia castiga con su eterna reprobacion.

La idea que en verdad flotaba sobre aquella reunion, fué condensada por el Sr. D. Francisco Salmeron y Alonso en uno de los discursos más admirables que hemos oido en reuniones políticas, discurso de formas correctas, de formas brillantes y de fondo claro y profundo. Cuando el Sr. Salmeron mostró que todas las corrientes de la civilizacion iban hácia la democracia; que el partido progresista no podia prescindir de considerarla como el ideal de la civilizacion; que su brillante juventud llevaba en sus inmaculadas manos la bandera de la libertad, y que era necesario, imprescindible, aunar los esfuerzos de todos, las voluntades de todos, de los proscritos, de los mártires, para lograr el triunfo de la libertad. Cuando el Sr. Salmeron pronunció la pa-

labra «democracia,» como si esta palabra mágica tocara todos los corazones, encendiera en santo amor á la libertad todos los ánimos, sonó un aplauso ruidosísimo, atronador, inmenso, el eco de una grande tempestad de entusiasmo. El Sr. Ruiz Zorrilla abundó en estas mismas ideas. Orador enérgico, valiente, de formas severas, de vehementísimos sentimientos, su discurso fué una verdadera arenga. Para este jóven orador, progresar es andar hácia delante, y delante está la democracia. ¿Qué le podia importar al partido progresista del crecimiento de un partido como el democrático, el cual formula todas las libertades, y llama al pueblo á la participacion del derecho? y que él no estaba por combatir á los amigos del pueblo. Veía, pues, con placer el jóven orador, que la democracia acompañaba al partido progresista; veía con placer que la democracia entraba con él por la misma brecha en el campo enemigo. Los vehementes saludos del Sr. Ruiz Zorrilla, dichos con una elocuencia viril y enérgica, arrancaban clamores de universal entusiasmo. Estas generosas palabras fueron reforzadas por el ilustre poeta D. Miguel de los Santos Alvarez, una de las glorias de nuestro Parnaso, uno de los más incansables defensores de la libertad, fiel á esta idea que ha iluminado con su talento, fiel desde los primeros años. Para el Sr. Santos Alvarez, la honradez, la abnegacion, la moralidad del partido democrático, su arrojo en la lucha, su tenacidad, son la honra del país,

la gloria de las presentes generaciones. Lo mismo dijo el popular poeta D. Eusebio Asquerino. En su sentir, la tradición democrática no se ha roto. Demócratas eran los que escribieron la Constitución de 1812; demócratas los que iniciaron la revolución liberal. ¿Cómo podrá pues, ser el partido progresista enemigo de la democracia? Recojemos estas nobilísimas declaraciones. Ellas quieren decir que el partido progresista siente, conoce, que no pueden arredrarle en su camino los sofismas de aquellos que le amenazan con que se perderá en el seno de la democracia. No hay, no puede haber confusión. Cada partido tiene sus doctrinas, cada partido su bandera, cada partido sus hombres, cada partido su lema, ni uno ni otro abdicar un principio; pero los dos pueden ir reunidos hoy en común desgracia, los dos pueden ir, los dos deben ir reunidos á humillar y vencer á los enemigos de la libertad, á extirpar con mano vigorosa este espíritu neo-católico que envenena al país, y lo tiene como Job, paralítico, postrado en el estercolero de todos los antiguos errores. Sí, hora es ya de que nuestros enemigos no vivan de nuestra debilidad, y no crezcan con nuestras rencillas. Citémonos todos los que la reacción ha maldecido en el monte Aventino. Allí está nuestra propia honra y la libertad de la patria.

El Sr. Olózaga resumió magistralmente el debate. Para los que conocen sus cualidades de orador, nada nuevo podemos decir nosotros de la facilidad

de su palabra, de la cáustica ironía de su estilo, de la táctica con que sabe acometer á sus enemigos; siempre elocuente, siempre á grande elevacion, sencillo sin bajeza, verdadero tipo del orador parlamentario en nuestro tiempo. Su discurso, fué una admirable descripcion de los obstáculos que encuentra aquí por todas partes la libertad, y una prueba incontestable de que el partido moderado está aquí fuera de todas las condiciones constitucionales. Felicitemos al partido progresista; felicitémonos tambien todos de su noble, de su severa actitud. La causa de la libertad se pierde, si el partido liberal cede á los halagos de sus enemigos. La causa de la libertad se salva con el retraimiento. No vacilemos. Los momentos son supremos. Al retraernos, alcanzamos la victoria de la libertad.

9 de Noviembre de 1864.

EL DIA DEL RETRAIMIENTO.

Hoy es un dia verdaderamente solemne, un dia decisivo para la causa de la libertad, el dia del retraimiento del partido progresista. No, no somos progresistas; separados de este partido por cuestiones de principios, por cuestiones de escuela, porque nosotros tenemos un ideal más amplio y más humanitario que el suyo, estamos confundidos en la misma desgracia, en la misma proscripción. Los dos partidos tenemos vivísimo interés en que la libertad de pensamiento prevalezca, en que el derecho de reunion se asegure, y en que se restauren aquellas condiciones de vida, aquellos primordiales principios del sistema constitucional, sin los que no puede haber pueblos dignos ni independientes. El lazo de un interés comun y el más apretado y más estrecho todavía de una comun desgracia, nos une en estos momentos supremos, sobre un mismo campo de batalla, contra el enemigo que á los dos nos ha perseguido, que á los dos nos ha puesto fuera de los

derechos políticos. No ha respetado la inviolabilidad de nuestra conciencia, ni la inviolabilidad de nuestro hogar; ha empapado en sangre nuestra toda la tierra española. Y despues, para que no llegáramos á la representacion nacional, á conseguir bajo el amparo de las leyes el triunfo, ha adulterado las listas, ha corrompido los comicios, ha alzado el censo, ha hecho de las elecciones, de este grande acto de los pueblos libres, una reunion de escándalos y de tiranías.

El partido progresista, víctima de esta conducta incalificable, vá á decidirse por el retraimiento. Despues que tanta sangre ha vertido por el sistema constitucional, se encuentra en su misma casa como extranjero. El hogar que tiene por suelo ¡ay! los huesos de nuestros padres, lleno está, henchido de enemigos. Los verdugos se levantan sobre el ara de su martirio. Ha sido preciso huir, sí, huir de este sistema constitucional hipócrita, especie de inmenso mercado en el cual todas las grandes ideas, todos los grandes sentimientos, todos los grandes caracteres del pueblo español, han sido como sacados á pública almoneda; ó especie de inmenso calabozo en el cual hemos perdido hasta la libertad de la conciencia, hasta la vida del alma.

Por eso en estos momentos brota el retraimiento; por eso vuela con grande expontaneidad la idea de no tocar las urnas, en cuyo fondo sólo se encuentra la sentencia de nuestra proscripcion política. El par-

tido progresista debe hoy, en este día solemne, formular el retraimiento. Con esta fórmula suprema vá á cerrar la campaña gloriosa de un año de victorias, y á ahondar más y más el abismo donde han de caer uno tras otro, todos los enemigos de la libertad.

¿Qué alcanzaria el partido progresista con salir del retraimiento? Ser cómplice de las maquinaciones contra la libertad, apoyar en sus hombros á sus enemigos, pronunciar algunos discursos para dorar la máscara con que se encubren los eternos falsificadores de nuestras instituciones. Desde el instante en que abandonen el retraimiento, tendrán los progresistas algunos electores en los comicios, algunos diputados en el Congreso; pero no tendrán el corazón del pueblo que aprecia toda transacción como una complacencia servil, cuando no como una traición infame. Desde el momento en que abandonen el retraimiento, irán á ser, no los severos liberales, descendientes de los defensores de la patria independencia, y de los héroes de Cádiz, sino los maniqués de Gonzalez Brabo, los cortesanos de Narvaez.

No, no abandonará el partido progresista el retraimiento. Tiene á su favor la idea sagrada de no abandonar el Aventino todas las probabilidades de la victoria. El general Espartero le apoya con su autoridad; Olózaga y Prim la defienden; jóvenes como Asquerino, Ruiz Zorrilla, Alvarez, la exaltan; periódicos de la autoridad de *La Iberia* y *Las Nove-*

dades, la defienden; y el pueblo todo la aclama. El partido progresista de Madrid que observa desde cerca las influencias bastardas, las maquinaciones oscuras, las influencias de mil camarillas; el partido progresista de Madrid que mira cómo se gana el poder, cómo se improvisan estos ministerios sin autoridad, sin ideas; especie de sombras que pasan por un desierto, se ha cruzado de brazos y mira indiferente quebrantarse y arruinarse el edificio doctrinario, y le quita su apoyo, y le aparta sus brazos, porque en sus brazos ¡horror! pretendía levantarse.

El partido progresista de provincias aun está más empeñado en el retraimiento. Vé con horror cómo se ha viciado todo el sistema electoral. Allí en provincias la tiranía es más horrible que en Madrid. Allí los procónsules ejercen toda su soberbia autoridad. Allí son de ver los guardas rurales, los guardas municipales, todos los empleados cayendo como nube de langosta sobre el campo electoral. Allí ha purgado mil veces el elector un voto con un destierro. Allí, en fin, los escándalos, las infamias, se han llevado á su último extremo, y la corrupcion ha podrido todo el cuerpo electoral. Por eso los progresistas que vienen de provincias, vienen tambien animados con la idea del retraimiento; idea salvadora, idea sagrada, en la cual vincula todas sus esperanzas la causa de la libertad.

Los mismos escándalos continúan sin ninguna interrupcion, porque sin ninguna tregua mandan

los mismos hombres que siempre han corrompido las elecciones. En el ministerio de la Gobernacion se fabrican á todas horas candidaturas. Los gobernadores anuncian á los pueblos estos elegidos del gobierno. Se nombran alcaldes corregidores contra el texto expreso de las leyes. Se dispone que vayan comisionados de apremios, cuando las leyes lo prohíben. Van y vienen; y tornan y vuelven los estanqueros, los administradores de rentas, los consejeros provinciales. Todos los que cuentan con la influencia moral, cohechan votos, prometiendo credenciales, cruces, honras, distinciones. Así la farsa se repite. Cuando el mal es tan profundo, como el que hoy aqueja á los distritos electorales, no hay remedio, la curacion ha de ser radical y pronta. Y la curacion pende del retraimiento. Mirad, mirad el gobierno. Ha querido engañarnos con promesas de liberalismo. Y ahora, ahora se encuentra detenido en presencia de una circular neo-católica, que ha escrito el señor director de Instruccion pública, circular que D. Ramon María Narvaez ha prometido, no sabemos dónde, no sabemos á quién, sostener con todas sus fuerzas. De suerte, que el ministerio no es sólo moderado, es tambien neo-católico. Y delante de un ministerio neo-católico ¿cederia el partido liberal? Nunca. El retraimiento es la grande y salvadora conducta; es la quema de nuestras naves. Ya no podemos retroceder ni un paso. Delante el enemigo, detrás la muerte. Caminemos,

pues, hácia adelante; abracemos nuestra bandera, tengamos fé, reconozcamos todas las consecuencias que en el retraimiento se encierran, aceptémosla sin vacilar, y habremos salvado los derechos de los pueblos, y la santa causa de la libertad.

15 de Noviembre de 1864.

MAS Á FAVOR DEL RETRAIMIENTO

¡El retraimiento! Hé aquí la palabra sacramental que sale de todos los labios, la idea que agita todas las conciencias, el problema de la política. De él depende ciertamente la dirección que tomen los sucesos en nuestra patria. Si el partido liberal se retrae, como es de esperar, las instituciones moderadas, heridas de muerte, se vienen á tierra con estrépito. Si no se retrae el partido liberal, continuarán los distritos oligárquicos, la centralización administrativa, los escándalos electorales, y la perdurable vida de todo cuanto nos ha oprimido y degradado en veinte años de escándalos en el poder, y de amarguras para las oposiciones. Por eso vemos que el partido moderado ha trocado su intransigencia en humildad, su soberbia en resignación, su culto á la autoridad, en culto á la libertad, su celo por la fuerza del gobierno, en celo por la fuerza de las oposiciones, ansiando con esta nueva evolución engañarnos hoy para oprimirnos mañana.

Pero no podemos, no debemos salir del retraimiento. Esta política significa que los partidos liberales quieren condiciones de igualdad para combatir, y posibilidad de vencer. Porque hace mucho, muchísimo tiempo, que el partido liberal, con una paciencia que raya en estupidez, ha ido á la lucha, sabiendo de antemano que iba al vencimiento. Las instituciones todas de tal suerte están reguladas que no cabe la renovacion pacífica y legal de los partidos en el poder. Las puertas del Senado cerradas están á una mayoría liberal; cerradas las puertas del Congreso; cerradas las puertas de los comicios. Con tal legalidad, ¿á qué hemos de luchar? Es ridículo, es pueril, luchar cuando se sabe el resultado; cuando de la lucha ha de provenir matemáticamente el vencimiento. ¿Qué diríais de un hombre que se propusiera tomar, por ejemplo, el cuadrilátero austriaco, sin más armas que sus brazos? Al verlo combatir inerme con los altos muros, con los aguerridos ejércitos, con los cañones rayados, le tendríais por loco. Pues locos, en el último extremo del delirio, seríamos nosotros, si lucháramos con un partido que despues de dar estrechas leyes, bajo las cuales toda libertad se asfixia, las ha quebrantado, y las ha reducido á triste escarnio. No, no somos locos. En el campo á que nos citais, no podemos combatir, y no combatiremos. Restaurad las condiciones de derecho de los pueblos libres, y entónces, y sólo entónces, podremos salir del retrai-

miento; que somos sordos al reclamo de las pasiones, pero no lo somos al reclamo de las ideas.

El Contemporáneo dice en su número de ayer, tratando del retraimiento, que hablamos del colega con desden. No es cierto. Jamás nos ha inspirado tal sentimiento, colega por tantos conceptos estimable. Lo que sí hemos dicho, lo que sí sostenemos, es que los hombres hoy en el poder, son los ménos autorizados, los ménos aptos para sacar al partido liberal del retraimiento. No se cometen impunemente los brutales actos de despotismo, las crueldades inauditas, los disparates ridículos y extravagantes que ha cometido el general Narváez, como si fuera un déspota del Asia. No se vende un partido, se le abandona á triste suerte, se le persigue, se le encarcela, se le diezma por el verdugo, como ha hecho con el partido liberal el Sr. Gonzalez Brabo, para luego pedirle confianza.

El Contemporáneo, para obligar, para constreñir á los partidos liberales á salir del retraimiento, cita unas palabras del más ilustre entre todos los oradores demócratas, unas palabras de nuestro querido amigo el Sr. D. Nicolás María Rivero, en las cuales dice que toris y wighs contribuyen á las reformas políticas en Inglaterra. Estas palabras, en último resultado, son la apoteosis más elocuente, más digna del retraimiento. Dadnos una revolucion como la del siglo décimo-sétimo en Inglaterra, que enseñó á los poderes despóticos cuán caro les

cuesta abusar del poder; dadnos aquel inmenso respeto á la libertad de la palabra hablada y de la palabra escrita; dadnos aquella imprenta incondicionalmente libre, aquella maravillosa facultad de asociacion que así quita de manos de la aristocracia los privilegios económicos con la predicacion de Cobden, como los privilegios religiosos con la predicacion de O'Connell; y entonces saldremos del retraimiento. La fórmula del partido liberal es como la fórmula de Ajax en la Iliada. Dános luz y peharemos contra tí.

El Contemporáneo nos amenaza con que triunfará el partido absolutista. ¿Y qué? ¿Estaremos peor que hoy? Vale más un absolutismo descarado y franco, que este absolutismo hipócrita y malvado. Vale más que de una vez se nieguen las garantías constitucionales, que no que todos los días se profanen. Harta sangre hemos derramado inútilmente por vuestro falaz sistema doctrinario, por los menguados derechos que nos habeis concedido, por las instituciones que han venido á ser en último resultado nuestra cárcel, nuestro patíbulo. Lo confesamos: la política de retraimiento es una política de desesperacion; pero á esa desesperacion nos ha arrojado la soberbia de la reaccion, su odio sistemático á todas las libertades, su escandalosa tiranía, el mentís que ha dado al progreso, y la infame burla que ha hecho de nuestros costosos sacrificios.

Cuanto más miramos la política de retraimiento,

más nos convencemos de que es la única fuerte, la única salvadora, la única posible. ¿Qué somos en el régimen constitucional vigente? Nada. ¿Y qué debemos ser? Todo. Sí, todo, porque el partido liberal lo ha fundado; todo, porque el partido liberal ha escrito la Constitución de 1812; todo, porque el partido liberal ha salvado la patria en 1808; todo, porque el partido liberal ha abolido los señores, los diezmos, las manos muertas, las vinculaciones, y después de llenar de dignidad el alma de la nación, ha henchido de oro sus arcas; todo, porque además de la guerra hizo la paz que decretó para siempre la victoria de la libertad. Y ¿qué ha sido para nosotros el régimen constitucional? Una cárcel llena hasta el lecho de huesos de nuestros mártires. ¿Y los moderados qué han sido? Los afrancesados de la guerra de la Independencia; los que por débiles enervaron la revolución del 20; los autores del Estatuto que renovaba instituciones de la Edad media; los que deseaban la intervención extranjera en la guerra civil, que nos hubiera deshonrado; los que jamás tuvieron fé en la victoria; los verdugos de los municipios y de la Milicia nacional que sostenían la guerra; los sublevados en la ciudadela de Pamplona y en el palacio de Madrid; los intrigantes que amañaron el proceso de Olózaga; los corruptores de las elecciones, los forjadores de los golpes de Estado como el de Bravo Murillo; los que amamantaron el monstruo del neo-catolicismo, y dieron de

sí esta tiranía hipócrita tan opresora como la tiranía de Fernando VII, y más indigna. Y estos hombres lo han sido todo, todo en nuestro régimen constitucional. ¿Y quereis que nosotros le demos apariencia de justicia? No. Que la lógica de los hechos se cumpla. Que los condenados á sucumbir, sucumban. Que los corruptores del régimen constitucional mueran asfixiados por la corrupcion que ellos mismos han engendrado. Que la justicia de Dios venga y limpie de una vez nuestra atmósfera.

El Clamor, que siempre fué partidario del retraimiento, trae ayer un artículo que es un término medio en verdad ridículo y de imposible realizacion. Dice que cese el retraimiento; pero que si salen pocos diputados liberales, entonces se apele al retraimiento. Pues qué, ¿no os parece que esto es verdaderamente ridículo? ¿No os parece que es un juego de niños tal expediente. Desde el instante en que se entra en la eleccion, se aceptan sus consecuencias. Sería ridículo que sólo aceptáramos la validez de la eleccion despues de conocer sus resultados.

Las palabras de *El Clamor* prueban que ya no queda remedio, que no hay ningun acomodamiento posible; que debemos por todos los medios imaginables hacer prevalecer el retraimiento. De lo contrario, estas instituciones cobran un vigor que hoy no tienen, estas leyes se robustecen, estos partidos

doctrinarios resucitan , esta farsa electoral se eterniza, y nosotros legamos á nuestros hijos, que tienen derecho á exigirnos la libertad, los pesados eslabones de una inmensa cadena, y páginas de luto y de vergüenza en la historia.

DESPECHO POR EL RETRAIMIENTO.

16 de Noviembre de 1864.

Acordado el retraimiento, como naturalmente la rabia de los ministeriales venidos de la reacción desahogada á encontrar en esta salvadora política los males que á ellos se oponen á su voluntad, como que pueden sobrevivir á nosotros. Nunca los hemos visto, en verdad, tan coléricos de nuestro bien, ni tan ofendidos por nuestra salud. Ellos que en todo tiempo nos han tratado como á un animalito al que se le trata de mal, ellos que nos han perseguido, quitándonos hasta nuestro propio hogar, ahora se indignan porque los dejen en los comicios, entregados á la simpatía de su victoria. Después de haber agotado todos los expedientes, todas las tiranías contra nosotros, después de habernos marcado con el hierro de la degradación, se embriagan cuando bajamos la cabeza y aplauden la sumisión. No queremos lechuzas, solo los gringos, los poderosos los invencibles, el país se quiere, se adhiere. Y nosotros rezamos ante esta verdadera bestia.

DESPECHO POR EL RETRAIMIENTO.

Acordado el retraimiento, entra naturalmente la rabia de los ministeriales vencidos, de la reaccion desarmada, á encontrar en esta salvadora política los males, no que á ellos pueden sobrevenirles, sino que pueden sobrevenirnos á nosotros. Nunca los hemos visto, en verdad, tan solícitos de nuestro bien, ni tan afanosos por nuestra salud. Ellos que en todo tiempo nos han tratado como trata el amo insolente al negro su esclavo; ellos que nos han perseguido, quitándonos hasta nuestro propio hogar, ahora se indignan porque los dejamos solos en los comicios, entregados á la embriaguez de su victoria. Despues de haber agotado todos los escándalos, todas las tiranías contra nosotros; despues de habernos marcado con el hierro de la ilegalidad, se sublevan cuando bajamos la cabeza, y aceptamos la sentencia. No queremos luchar. Sois los grandes, los poderosos, los invencibles, el país os quiere, os idolatra. Y nosotros rendidos ante estas verdades subli-

mes, apelamos al remedio heróico de Caton; nos arrancamos las entrañas, nos suicidamos con la vista fija en los errantes celajes de lo porvenir.

¡Ah! La verdad es que herimos, sí, matamos; pero á vosotros, á vosotros, que contábais con nuestra paciencia. Ahora sabe Europa que aquí es imposible el turno pacífico y regular de los partidos en el poder. Ahora sabe Europa que aquí todo cambia, menos la reaccion. Ahora sabe Europa que los dos partidos de más vigor, de más vida, de más entusiasmo, no tienen sitio alguno designado, ni en vuestros comicios, ni en vuestros parlamentos. Ahora sabe Europa que vuestro sistema constitucional es una farsa, vuestro poder una iniquidad, y que se ha agotado para siempre nuestra paciencia.

Reid, gozad, repartíos el poder, colgad bandas en vuestro pecho, ceñíos de miles y miles de condecoraciones, deslumbrad al mundo con el relumbrar de vuestras veneras y de vuestros oropeles; que nosotros, mudos contemplamos la orgía de vuestro ruidoso triunfo, aguardando una satisfaccion de la justicia del cielo. Nuestra única esperanza es que la providencia intervenga con uno de esos cambios en que se vé la misteriosa mano de Dios volcando las dominaciones iníquas. Todos los medios conciliatorios están agotados. Os hemos aturdido los oídos con nuestras demostraciones de la fecundidad de la libertad, esa madre cariñosa; os hemos hablado desde lo alto de la tribuna por la voz de nuestros orado-

res; hemos ido á todas partes, do quier se podia dejar oir una voz, do quier se podia escribir una palabra á pediros luz para combatir; nos habeis sumido en las tinieblas, y puesto que para nada los necesitamos, cerramos los ojos, dejándoos en paz con vuestros cortesanos y vuestros seides. Somos, pues, liberales, los esclavos de esta sociedad; no hay en la patria que defendieron nuestros padres ni las instituciones que nuestros padres levantaron, tierra para sus hijos.

Las reflexiones se aumentan en tropel á nuestra mente. ¿Por qué os retraeis? Nos preguntan nuestros enemigos. ¿Para qué lucharíamos? Preguntamos nosotros. ¿Habeis visto alguien que luche sin esperanza de victoria? ¿Lo habeis visto alguna vez? En vuestros comicios nos cansamos en vano, y en vano tambien nos cansamos en vuestras Asambleas. Somos como los gladiadores romanos. Venimos á la arena para caer vencidos, y sólo servimos para que os regocijeis con nuestras derrotas. Ya no vamos al Circo. Preferimos morir en la ergástula. Haced lo que querais. Pero no conteis más con nuestra mansedumbre.

Sí, de retraimiento en retraimiento, iremos á todo, lo recorreremos todo; y si nos obligais, dejaremos con dolor hasta la patria, buscando otra nueva, que nunca falta tierra á los libres. Hemos resuelto ¡tanto hemos visto! resuelto, sí, con resolucion inapelable, no volver á ser vuestros cómplices. Esta-

mos seguros de que el pais entero se encuentra con nosotros, y de que no sufrirá por mucho tiempo la dominacion de esta insolente oligarquía.

Porque discutiendo con calma lo que hacen los gobiernos moderados, bien puede decirse que no tiene nombre. El sistema constitucional es imposible sin la renovacion de los partidos. Los partidos no pueden renovarse en el poder, sino por la iniciativa de la corona, ó por la iniciativa de los comicios. La iniciativa de la corona no ha llamado nunca al partido progresista en cincuenta años que llevamos de revolucion. La iniciativa de los comicios no puede llamarlo, porque los comicios están en manos del ministro de la Gobernacion. Aun no ha habido un ministerio conservador, ni uno solo, ni lo habrá, que aconseje á la corona que llame al partido progresista. ¿Cómo pues, se van á renovar los partidos en el poder? No hay medio. Así el partido conservador toma mil nombres, se mueve de mil maneras, y es como un moribundo, cuya alma cambia de delirio, cuyo cuerpo cambia de postura; pero que no deja de estar siempre á las puertas de la muerte. Y sin embargo, el partido que ha de renovar la idea en la conciencia y la sangre en las venas, ese partido no llega nunca, nunca; no viene sino en 1820, en 1836, en 1854, cuando se han levantado por sí solas casi las piedras contra el partido moderado. Comprended esta situacion, y decid despues si es duradera. El partido liberal se cruza de brazos, y os mira in-

diferente. Si os falta aire, vuestra es la culpa, que sea vuestro el castigo.

En medio de todo no tiene el gobierno consuelo, no tiene la situacion remedio. El partido moderado pide limosna. El ministro de Haciendã ya no se contenta con tender la mano al transeunte en demanda de pan; convoca á su ministerio á los grandes contribuyentes para mostrarles todas sus lacerias. No hay dinero. Los préstamos del Banco se han acabado; el crédito está en el suelo; los contribuyentes, requeridos por los gobernadores, no dan un cuarto; todo se ha destruido, todo se ha agotado; los inmensos recursos que la revolucion allegó, se han disipado; las fuentes de la riqueza que la revolucion abrió, están secas; el despilfarro ha tenido su castigo; y la tiranía se muere de hambre. Dejemos pasar la justicia de Dios.

17 de Noviembre de 1864.

LA RESTAURACION APOSTÓLICA.

Hubo á principios del siglo un partido feroz, que con el crucifijo en una mano y el puñal en la otra, se esparció por España, llevando á todas partes la desolacion y la muerte. Este partido infame es el que aconsejó á Fernando VII la iniquidad de 1814; el que proscribió á los héroes de la Independencia y á los legisladores de Cádiz; el que dió las terribles leyes de expulsion de los liberales, y sembró de cadalsos el suelo de la Península; el que conspiró en los conventos desde 1820 á 1823; el que trajo la infame intervencion extranjera; el que ahorcó á Riego y mató como una fiera al Empecinado, y alzó el patíbulo de Mariana de Pineda; el que se sublevó contra el rey allá, en los últimos dias de su reinado, porque aun estimaba sobrado liberal su acerbo despotismo; el que intrigó con Calomarde; el que ensangrentó Cataluña; el partido feroz, cuya personificacion religiosa es el maquiavélico canónigo Escolquiz; cuya personificacion militar es el brutal conde

de España; cuyos ejércitos son las hordas de realistas, ébrios de sangre y de vino; cuyo timbre científico la clausura de las Universidades; cuyo timbre artístico la Pitita; cuyas huellas por la patria, las ruinas ennegrecidas por el incendio, despues de una orgía de cincuenta años de brutalidades inauditas, que manchan nuestro nombre y deshonoran nuestro siglo.

Parecia que este partido, en las presentes circunstancias, despues de haber trascurrido veinte y cuatro años del triunfo definitivo de Vergara, debia haber sucumbido para siempre. Él se opuso en la agonía del rey á que heredara el trono Doña Isabel II. Él sopló el fuego de la guerra civil. Él armó frailes fanáticos que con sus hábitos manchados de sangre, su crucifijo y su trabuco, proclamaban á D. Carlos. Él inspiró las infames supercherías de una monja célebre, que ponía sus fingidas llagas á servicio del absolutismo. Él amenazó ahorcar los representantes del país, cuando se acercaba á las puertas de Madrid, capitaneados por un ex-infante faccioso. De él triunfaron los liberales en Luchana y en Vergara.

Así es, que todas las principales y más famosas leyes dadas en nombre de Doña Isabel II, se han dado contra ese partido. En nombre de Doña Isabel II se abolieron los mayorazgos que eran la base de la familia apostólica. En nombre de Doña Isabel II se abolieron las órdenes monásticas y se cerraron los conventos que eran los conciliábulos del partido

apostólico. En nombre de Doña Isabel II se decretó la desamortización, que era la tierra apostólica. En nombre de Doña Isabel II se suprimieron los diezmos, que eran el presupuesto permanente de los apostólicos. Si con cuatro palabras quisiéramos dar nombre á la minoridad de Doña Isabel II, podríamos llamarla de esta suerte: la ruina de los apostólicos.

Y sin embargo, desde 1843 no sabemos por qué letal influjo, los mismos hombres que se consagraron á destrozar el bando apostólico, se han consagrado á restaurarlo; de aquí ha nacido ese neo-catolicismo que todo lo puede, que pide que se desentierren los cadáveres, y se desentierran; que pide que se quemen los libros, y se queman; que pide que se desconfie de los maestros de la ciencia, y se desconfía; que pide que se levanten para unos desgraciados presidios en la zona tórrida, y se levantan; que pide que no se reconozca el reino de Italia, y no se reconoce; que pide que se sigan causas por motivos de conciencia, y se siguen con escándalo de Europa; que pide que un distinguido literato no sea nombrado director de estudios, y no es nombrado; que lo puede todo cuando ha sido vencido en todas partes; que nos arrastra á todos, cuando todo el país lo abomina y lo maldice.

Si uno de los mártires que cayeron en los campos de batalla durante la guerra civil se levantára, no podría creer lo que pasa. Argüelles, muerto en el olvido; Mendizabal, en la desgracia; Espartero,

mandado fusilar donde quiera que fuese hallado, y despues desterrado; Zurbano, fusilado; los legisladores del 36 que salieron á defenderse fusil en mano, contra las huestes de D. Cárlos, retraidos del Congreso y del Senado; el partido liberal, retraido de las urnas; la Milicia, disuelta en todas partes; los vencedores, vencidos. ¿Y los vencidos? ¿Quién es arzobispo de Toledo? El general de la órden de San Francisco, que fué consejero de D. Cárlos. ¿Quién recibe largos millones del presupuesto liberal y parlamentario? El que capitaneaba las huestes carlistas en 1836. ¿Qué convento ha merecido que fueran los ministros en corporacion á agasajarlo y distinguirlo? El mismo convento, cuya priora fraguaba milagros contra el partido liberal. ¿Quién es gobernador de Zaragoza, la ciudad de la libertad? Un carlista. ¿Quién es capitán general de Zaragoza, la ciudad del 5 de Marzo? Un carlista. ¿Quién ocupa alta posicion oficial en Granada? El mismo que pidió la pena de muerte contra Doña Mariana Pineda, por haber bordado una enseña liberal. ¿Quién ha merecido consideraciones y cargos que jamás merecieron los liberales? Los Hierros. ¿Qué ex-rey ha tenido un embajador español con escándalo universal, cuando ya no tenia ni córte ni corona? El ex-rey que representa la reaccion europea, el descendiente de aquel que atizó la guerra civil en España, y amparó el absolutismo, y envió dinero para los carlistas, y naves para socorrerlos. ¿Quiénes son

los mimados, los protegidos? Los jesuitas. ¿Quiénes son los dueños de todas las situaciones que aquí se suceden? Los neo-católicos. ¿Por qué no se realiza la desamortización eclesiástica? Porque no hay valor en ningún ministro para exigir que los obispos manden la relación de los bienes vendibles. ¿Qué es, pues, nuestra política? Un neo-catolicismo venenoso que llega á emponzoñar el alma de este país, que lo abate, que lo envilece.

Es necesario que nos quitemos de encima tamaña lepra. Con ella no hay civilización, no hay moralidad, no hay libertad, no hay justicia posibles. Mientras dure, seremos un pueblo abyecto, extendido en un estercolero, devorado por los gusanos que producen los cadáveres putrefactos, en cuya compañía vivimos cadáveres, y que emponzoñan con sus miasmas la atmósfera. Nuestra política europea es nula é impotente, porque está tocada del virus neo-católico. Nuestra política americana es dañosa, porque el neo-catolicismo la envenena. Absolutista es la reivindicación de territorios independientes; absolutistas las empresas que amenazan la democracia en América. Absolutista esta intolerancia, que nos arroja más lejos de la civilización que Marruecos. Absolutista esta conjuración contra la ciencia, que quiere que los catedráticos de literatura enseñen el Abate Gaume, y los de filosofía el Guevara, y los de historia la reprobación de todos los progresos del espíritu humano, la rehabilitación de los

autos de fé y del absolutismo. Cincuenta años de revolucion, siete de guerra civil, y todavía postrados, todavía consumidos en el absolutismo. Cincuenta años de revolucion, siete de guerra civil, y todavía amarrados por una reaccion neo-católica. Esto es intolerable. El país, que tantos sacrificios ha hecho por la libertad, no lo tolerará. Por eso á cada instante se vé subir más y más el descontento público; por eso los partidos liberales se encierran airados en su abstencion imponente; por eso la desesperacion crece é irrita los ánimos; por eso, el olor de la tempestad llena la atmósfera; por eso tantos errores, tantas ruinas; que cuando un gobierno ó un pueblo se empeñan en navegar contra el viento, en retroceder á tiempos pasados, en perturbar las leyes de la sociedad, en producir reacciones como la reaccion apostólica, ó restaurar escándalos como el absolutismo, ó respirar veneno como el veneno neo-católico, caen confundidos y avergonzados, como reos que son de rebeldía contra la Providencia de Dios.

20 de Noviembre de 1864.

Los tres soberanos como su alma de héroes, los tres soberanos
 el Océano, ciertamente no tan grande, no tan tem-
 guero proscrito en Santa Helena, guardado por
 la revolución subió á su trono en la persona del
 Los tres soberanos **LA NUEVA SANTA ALIANZA.**

En 1815 parecía completamente cambiada Euro-
 pa. Al ver la revolución vencida, Bonaparte ma-
 niatado, los Borbones franceses restablecidos, la
 huella de los primeros días del siglo borrada; se
 hubiera dicho que el tiempo retrocedía, y que en
 manos de los hombres estaba el destruir las obras de
 la Providencia. Los soberanos en tantos campos de
 batalla vencidos, los que habían visto llegar hasta
 sus tronos el huracán, los que habían probado to-
 das las amarguras de la desgracia, se dieron en Vie-
 na á regocijos sin fin, como si por haber vencido á
 los hombres hubieran vencido á las ideas. En me-
 dio de aquellos regocijos, consumaron los atenta-
 dos internacionales más atroces, suprimieron pue-
 blos, borraron fronteras, convirtieron toda Europa
 en una inmensa Polonia, descuartizándola y repar-
 tiendo sus despojos. Bélgica fué entregada á Holan-
 da; Sicilia á los Borbones de Nápoles; Génova á
 los reyes de Saboya; Milan y Venecia á sus eter-

nos enemigos los austriacos; restablecidos los dominios del papa; violada la integridad de Suiza; reducida á condicion precaria la heroica España; y de nuevo consagrado en la sancion del derecho internacional ¡ay! el crimen cometido en Polonia. Los tres soberanos del Norte; los que habian visto la revolucion subir á sus tronos en la persona del guerrero proscrito en Santa Helena, guardado por el Occéano, ciertamente no tan grande, no tan tempestuoso como su alma de héroe; los tres soberanos se reunieron en conciliábulo, miraron á los cuatro puntos del horizonte, vieron todos sus enemigos vencidos; Italia destrozada; España decaida y esclava; Francia esclava y deshonorada; y gozosos se dieron las manos, juráronse eterna amistad, y decidieron ahogar la revolucion como si tuvieran poder sobre el alma de la revolucion, que es la idea, y sobre el asilo de la idea, que es la conciencia. Entonces el jefe de un pueblo bárbaro, de un pueblo donde todas las razas están confundidas, de un pueblo, mitad tártaro, mitad esclavo; el jefe de ese pueblo, especie de Genserico de nuestro tiempo, pudo creer realizado el sueño de Pedro el Grande, acampadas sus legiones en las orillas del Bósforo, huyendo las naciones europeas en su presencia y renovado sobre las ruinas de París, entregada al saqueo y al cuchillo, el triunfo de los bárbaros sobre Roma, la destruccion por las razas del Norte de otro mundo latino.

Porque á decir verdad, no obstante la emancipacion de los siervos, llevada á cima, antes por motivos militares que por motivos políticos, antes por odio á la aristocracia que por amor á la libertad, Rusia representa en la Europa moderna el principio esencialmente reaccionario. Apartada de la civilizacion donde ha aparecido tarde y con todos los vicios de una vejez prematura; acrecentada desmedidamente por los errores de la política occidental y por su propio impulso; agente primero de la caida de Polonia, sobre cuyo cadáver se asienta para estar en comunicacion con los pueblos de Europa; enriquecida hasta por cesiones del primer Bonaparte que le dió en Jilsit casi el dominio del Norte para que le dejara en paz el dominio del Mediodía; organizada como no lo está hoy ningun pueblo de Europa, pues en su czar se reunen dos poderes incondicionales y absolutos, el religioso y el político; Rusia alimenta esperanzas de dominacion y poderío en pueblos medio tártaros, medio greco-eslavos; hostiles á toda civilizacion europea; mal hallados como los antiguos godos del Danubio, en sus áridas estepas y en su fria y tenebrosa atmósfera; disciplinados como un inmenso ejército pronto siempre á marchar; llenos de esperanzas de un gran destino que cumplir en el Mediodía segun los ensueños de su poesía popular; y que esperan la señal del combate para esparcirse por el mundo como los hunos á la voz de Atila, y levantar su imperio paula-

rista sobre las ruinas de una civilización que se des-
haría como polvo al filo de sus espadas templadas
en el desierto, para ser instrumentos de los castigos
y de las venganzas de Dios.

Pero dejando aparte estos ambiciosos proyectos
que su poesía fantasea, y que su diplomacia acari-
cia, no hay que dudarlo, Rusia aspira al predomi-
nio en el Norte por una política de opresión sobre
los pueblos sacrificados en aras de las tres grandes
potencias. Les obliga á recordar todos los días que
están unidas por el crimen de Polonia. Y sin em-
bargo, estas tres grandes potencias, aunque se ha-
llen fuertemente unidas, son débiles. La causa pri-
mera de su debilidad es que llevan dentro de sí
mismos el germen democrático, cuyo poder quie-
ren estirpar en Europa. La causa segunda de su de-
bilidad es que, lejos de decaer las naciones occiden-
tales, cobran en la libertad mayor aliento, y con
los prodigios de la industria, mayor fuerza; y cuan-
do se levantan, contagian con sus ideas á los pue-
blos del Norte. La causa tercera de su debilidad, es
que ningún poder, por grande que parezca, tiene
fuerza contra el espíritu de un siglo, contra ese
agente invisible é impalpable que determina la vida
de las instituciones, impulsa la corriente de los he-
chos y desarma á los soberbios. Todas estas causas
se resuelven ciertamente en una sola, que es la pri-
mera, en la debilidad crónica del elemento reaccio-
nario en toda Europa, y la fuerza del elemento de-

mocrático. Esta fuerza proviene de que se ha disminuido la confianza de los pueblos en los gobiernos, y se ha acrecentado la confianza en sus derechos. Y además, los diversos pueblos han reconocido que su espíritu es uno, que es uno su derecho, que es una su conciencia, y que el enemigo común es en todas partes el que les niega su libertad, el que forceja en vano para cerrarles con fuerza las puertas de la vida pública.

¿Por qué, pues, las potencias del Norte siendo débiles se presentan hoy altivas y fuertes? Por una razón muy sencilla; porque saben que los gobiernos del Mediodía no están unidos con sus pueblos; porque saben que todos son anti-revolucionarios, todos conservadores. Las potencias del Norte serían desarmadas el día que viesen claramente en los gobiernos de Occidente el propósito de favorecer la revolución, de emancipar á los pueblos, de proclamar la política favorable á las nacionalidades, de formar una legion sagrada con todos los oprimidos, para lanzarla sobre todos los opresores. Un ejemplo de lo que puede un gobierno, aunque no sea democrático, cuando favorece á la democracia, está en Italia. Desavenido su gobierno de Napoleon III, con la enemistad del Austria en frente, y la libre amistad de Inglaterra al lado, reunió bajo una bandera la Italia del centro, libertó la mayor parte de los Estados Pontificios, y vió llegar al insigne capitán Garibaldi á las playas de Sicilia, y emancipar con su pre-

sencia dos pueblos esclavos, realizando el sueño de quince siglos, la unidad de Italia. Pero ¿qué han de poder hoy los gobiernos del Mediodía, cuando siguen la política del Norte? El gobierno español no reconoce á Italia, y no consiente que se coticie empréstito polaco en la Bolsa de España, de la única nacion occidental que protestó contra la desmembracion de Polonia. El gobierno francés deja degollar en silencio á Polonia. El gobierno inglés abandona á su estrella la triste Dinamarca. El gobierno italiano hiere infame y traidoramente á su redentor, á Garibaldi; y tiende la mano al déspota del Norte que consuma en Varsovia el crimen de Austria en Venecia. Hé ahí la impotencia de estos gobiernos. Sólomente, pues, los pueblos del Mediodía libres pueden desarmar á los gobiernos del Norte.

Los gobiernos occidentales no tienen, no, entrañas. Ven impasibles las desgracias de Polonia. No registra la historia un crimen semejante al crimen cometido en esta nacion heroica. Los tiranos antiguos exterminaban una ciudad, pero nunca como ahora una nacion que renace todos los dias para caer de nuevo en el martirio. Mirad el pueblo mártir, y no tendreis corazon si no llorais sus penas innarrables. Una nube de lágrimas eternas cubre su cielo; montones de huesos blanquean en sus caminos; las ciudades más populares son como cementerios; los campos exhalan vapor de sangre; los hogares, gemidos de desesperacion; los templos, cánticos

de muerte; las madres educan á sus hijos para la pelea, y desde niños, cuando sorprenden una sonrisa de amor en sus labios, ó una mirada de alegría en sus ojos, les anuncian con palabras entrecortadas por sollozos, y expiadas por los esbirros, que están condenados á eterna desgracia que les reserva el hado ó la esclavitud ó la muerte, porque no tienen lo que tienen las fieras, porque no tienen patria. ¿Y qué diremos de Venecia? La ciudad que fué como el anillo de Oriente y Occidente; que trajo en sus naves los penates de la civilizacion antigua, los eternos modales del arte á la civilizacion moderna; la que despertó en la Edad media el amor á la naturaleza, á la navegacion y al comercio, y trajo en sus velas el soplo del cielo que vió la cuna de la humanidad; la que peleó en Lepanto para salvar al cristianismo; la ciudad maravillosa, como el casco de nave abandonada despues del naufragio, se pudre bajo las plantas del croata en las lagunas del Adriático, testigos de su grandeza y de su gloria, que ahora sólo publican su esclavitud y su ruina. Gobiernos de Occidente, ¿y lo consentís? ¿y lo tolerais? Pues bien; como todos los gobiernos impotentes, perdereis la direccion de vuestros pueblos. Y la alianza de los déspotas, si se consuma, será contrastada y rota por la alianza superior de los pueblos libres.

25 Noviembre de 1864.

EPISCOPADO COLONIAL.

Santo Domingo está en guerra, y el arzobispo de Santo Domingo está en Toledo. Después de esta sencilla noticia, repetida varias veces por todos los periódicos, debíamos evitar reflexiones, dejando el ánimo de nuestros lectores libre para pensar en toda la enseñanza que la noticia encierra. Sin embargo, hablemos, porque la prensa, este supremo tribunal de nuestro siglo, no puede callar sobre ninguno de los asuntos, sobre ninguno de los hechos que la opinión le ofrece, para que los dilucide y los resuelva. De seguro al oírnos hablar de un arzobispo, y en son de censura, todos los diarios neo-católicos nos llamarán á una descreídos é impíos. Y en bien del sacerdocio hablamos; en bien de la iglesia de Cristo. Nada hay más injusto, nada más impío que amortizar el espíritu religioso, grande como el alma de que procede, infinito como Dios á quien se dirige, en una egoísta secta política. El sentimiento religioso, es el eterno amor, la eterna poesía, la eterna idea,

el alma inmortal de la humanidad, que sintiéndose inquieta y mal hallada en los estrechos límites de la realidad, busca más allá del espacio, más allá del tiempo, á Dios, en cuyo seno se dilatará, despues de la noche que se llama muerte, nuestra pobre vida. El sentimiento religioso no es el patrimonio de ninguna secta, de ninguna familia, de ningun partido; es el anhelo de toda la humanidad; es el himno de todas las artes; es la luz de todas las ciencias; es la esperanza que se levanta de todos los sepulcros; es el incienso que exhalan todos los planetas; es el cielo infinito en que vuelan todas las almas.

Pero si entre los hombres hay algunos que deben personificar principalmente la idea religiosa, son los sacerdotes; si entre los sacerdotes, algunos que deben á esta sublime idea sacrificarlo todo, son los sacerdotes católicos. Les han sido vedados los santos goces de la familia, el amor de la mujeres, las caricias de los hijos, la posteridad en que se dilata la vida terrena, para que no tengan más esposa que la Iglesia, ni más hijos que los fieles; ni más posteridad que sus buenas obras. Aislados en medio de la sociedad, santifican todos los placeres lícitos sin participar de ninguno, y sienten y comparten todos los dolores. Ellos ven llegar á sus piés desde los llorosos niños que el amor envia á la vida, hasta los mudos cadáveres que recoge en su frio seno la muerte. Ellos han de bendecir, desde los jóvenes esposos que de rodillas al pié de los altares santifican todas sus

ilusiones, todas sus esperanzas, y confunden en un sí sus dos almas y sus dos vidas, hasta los criminales que se retuercen bajo las manos del verdugo en afrentoso suplicio. Sobre la cuna, al lado del tálamo nupcial, han de pesar como un relámpago del cielo que ilumina los albores de amor y de la vida: junto al lecho del moribundo, sobre el ataúd, han de permanecer como eternos compañeros del dolor, como eternos intérpretes de la muerte. Por eso en el festín donde se ríe y se bebe, en el saráo donde se baila y se canta, no se echará de ménos ciertamente al sacerdote católico; pero se le echará siempre de ménos por si acaso llegase á faltar, en el hogar que ha visitado el dolor, junto al lecho que ha visitado la muerte. Nada más sublime, nada más santo, que el ministerio sacerdotal, porque es el ministerio del dolor, porque es el ministerio de la muerte. Cuando el hombre ha muerto, cuando le abandonan los que le han amado en vida, el sacerdote le recoge, y dá tierra á todo lo que es de la tierra, al cuerpo; y endereza al cielo, todo lo que es del cielo, el alma. Por eso no puede ser sacerdote, no debe ser sacerdote, sino aquel que sea bastante dueño de sus pasiones para domarlas, bastante señor de su cuerpo para vencerlo; aquel que está decidido á pasar su vida entre dolores y lágrimas, como esas aves que gustan de volar entre las tempestades; aquel que esté decidido á llamar hermanos, á sus enemigos, á devorar todas las injurias por Cristo, á levantar la cabaña que el

terremoto ha destruido, á consolar la miseria y el hambre, á curar las enfermedades así del organismo como del espíritu, á visitar las poblaciones donde la peste reina y los campos donde reina la guerra, á luchar con todas las fuerzas de devastacion que encierra la naturaleza y con todas esas otras fuerzas de dolor que encierra la sociedad, á esparcir sobre la tierra, sobre la humanidad, con efusion, como bienhechor rocío, santas y consoladoras esperanzas.

Indudablemente, cuando D. Bienvenido Monzon, discípulo, segun nuestras noticias, del padre Claret, cuando D. Bienvenido Monzon ha conseguido nada ménos en la gerarquía del sacerdocio, que el arzobispado, tendrá en sí encerradas todas las claras virtudes que el sacerdocio exige. Porque nosotros no creemos que baste para ser arzobispo visitar los conventos, leer *La llave de oro*, ó el *Ferro-carril para llegar al cielo*, ó *El Tren ha descarrilado*, obras piadosísimas que han sustituido en nuestro siglo á la *Guia de pecadores* y á la *Perfecta casada*; antes creemos que así el Estado como la Iglesia estiman de necesidad mayores títulos, mayores fuerzas para sostener la mole de un arzobispado, grande siempre, enormemente grande en nuestro siglo. Y cuando este arzobispado es Santo Domingo, antigua colonia francesa, antigua colonia española, república recién convertida en provincia de la monarquía, vecina de un Estado turbulento, asilo de hombres de varios climas, de varias religiones; cuando el arzobispado

es Santo Domingo, los derechos de la Iglesia y del Estado son más fuertes, los deberes del arzobispo más severos y más rígidos. Sobre todo, en el Nuevo Mundo, en aquella tierra de las milagrosas conversiones y de los heroicos misioneros, iba á encontrarse entre las sombras de las selvas vírgenes, por las inmensas llanuras de las desiertas pampas, á orillas de los rios que aun continúan en sus islas flotantes los trabajos de los primeros dias de la creacion, iba á encontrar el arzobispo las huellas sagradas de los apóstoles, que menospreciando las inelemeancias de la naturaleza y las asechanzas de los hombres, vertieron el agua del bautismo sobre la frente del indio, arrancaron á la supersticion el alma del Caraiba inmóvil sobre su roca como un ave nocturna, y entregaron á la caridad y al amor del cristianismo el continente que renovaba ante los cansados ojos de la vieja Europa los dias del Paraíso.

¿Qué ha hecho el señor arzobispo de Santo Domingo, qué ha hecho? Debemos ser severos, muy severos, pues á medida que es mayor la dignidad, mayor el ministerio, es tambien mayor la responsabilidad, mayor la culpa. El señor arzobispo de Santo Domingo llevó allá las viejas preocupaciones de nuestra política; se encontró con templos protestantes, y quiso cerrarlos; se encontró con familias protestantes, y quiso expulsarlas; se encontró con matrimonios legítimos entre protestantes ingleses y católicas americanas, y quiso disolverlos; alzó en la

tierra de América, en aquellas bahías abiertas para que entren todas las naves del mundo, en aquellas playas inmensas cortadas para la fusión de todas las razas de la humanidad, abrió el intolerante espíritu de nuestro siglo décimo-sexto, las últimas sombras de nuestra maldecida inquisición.

Pintar los daños que esta grande imprudencia ha hecho, es imposible. Los pueblos americanos que creyeron hallarse con la España del siglo décimo-nono, liberal, tolerante, abierta á todas las ideas y á todas las razas, limpia de conventos, desceñida del fuego de la inquisición que le abrasaba las sienes y le consumía la conciencia, se encontraron con la España fanática, monástica, intolerante, inmóvil en sus antiguos errores, impenitente de sus tradicionales faltas; dispuesta á tratar como extranjeros, cual pudiera hacerlo la corte de los Felipes, á los que no compartían sus creencias. Esto dió un tétrico colorido al combate que los periódicos ministeriales describen tan negramente; un tétrico colorido á la insurrección, que los periódicos ministeriales desean ya dejar abandonada á sí misma, despues de tantos y tan inútiles sacrificios. Al espíritu de América que se rebela contra toda reacción; á los mal apagados recuerdos republicanos; al amor de la independencia que América heredará de esta orgullosa nacion española; al odio infinito inspirado por el régimen colonial, vinieron á juntarse los agravios de hombres que defendían lo más

sagrado, lo más invulnerable, el Dios de sus padres, el derecho de su conciencia; y las guerras de religion, cuyos ecos se han apagado desde la paz de Westphalia en el Viejo Mundo, renacian en el Nuevo con todo su sangriento cortejo de calamidades y de crímenes. De suerte que el eterno error de la intolerancia, este error sobre el cual pesa la muerte de Sócrates y la muerte de Cristo; este error que nos llevó en el siglo décimo-quinto á privarnos de nuestros primeros industriales, y en el siglo décimo-sétimo á privarnos de nuestros primeros agricultores; este error que hizo del país más bello de Europa, el tenebroso hogar de ocho millones de mendigos hambrientos; este error que convirtió nuestras numerosas colonias, un mundo como no lo habia soñado Alejandro, como no lo habia tenido Roma, en una especie de China americana, mientras merced á la libertad por do quier florecian las colonias de Holanda; este error ha vuelto en el siglo décimo-nonno, en el siglo de la libertad, á costarnos una parte del territorio, una provincia feraz, una guerra desastrosa, el sacrificio de nuestros mejores soldados, pedazos de nuestro pabellon, pedazos de nuestra honra.

Y por fin, hecho el mal, debia el señor Arzobispo curar del remedio. Mas, ¿qué hace en Toledo? ¿Es ahí donde le llama su deber? ¿Es ahí donde debe ejercer su ministerio evangélico? N6. Su deber está donde está la guerra; su ministerio apostólico está

en Santo Domingo. Allí sobre la tierra cargada de fétidos miasmas, al ponzoñoso aliento de selvas no visitadas aun por el trabajo, dos razas hermanas, dos razas católicas, se despedazan y mueren. Entre el fragor de la guerra, en los momentos más angustiosos y más solemnes del combate, predicando la paz cuando todos se entregan al ódio, recogiendo los enfermos y los heridos de uno y otro ejército, auxiliando á los moribundos, enterrando á los muertos, debia hallarse el sacerdote que ha jurado imitar á Cristo, cuya grandeza moral es la eterna norma, el eterno norte de la humanidad, porque dió su vida por los hombres. A esto obliga lo sagrado del ministerio episcopal; á esto los estrechísimos deberes del sacerdocio. Esto han hecho siempre los hombres que han restaurado con grandes sacrificios el sentido moral en el mundo. Ahora recordamos dos sacrificios de este linaje: San Leon, papa, saliendo de Roma á detener á Atila que, herido en los campos cataláunicos, iba, con sus hordas de pueblos feroces, á lanzarse sobre la ciudad eterna; y el arzobispo de París, que en nuestro mismo tiempo, á nuestra misma vista, en la batalla más sangrienta que se ha dado dentro de los muros de una ciudad, corria al combate, pronunciaba palabras de salud y de paz á los combatientes, y moria por los suyos, herido sobre una barricada, con la paz de Dios en el alma, con la oracion en los labios, vencedor de todos, porque á

todos los habia superado en santidad y en amor.

El ministerio es duro, pero es necesario, es indispensable. Ser arzobispo no es solamente venir á la corte, asistir á los besamanos, sentarse en el Senado, lucir sobre la veste morada la cruz azul y blanca de la Concepcion, rezar la novena del Amor Hermoso, officiar, con el lujoso traje pontifical, entre torrentes de luz y de armonía, entre flores y nubes azuladas de incienso; ser arzobispo es predicar, enseñar, sostener al que vacila, consolar al que llora, cerrar las llagas del que padece, fortalecer al soldado, visitar al enfermo, socorrer al moribundo, enterrar al muerto, desafiar la peste en Santo Domingo, la guerra en Santo Domingo, sostener la fé con el ejemplo de todos los sacrificios, y llevar la idea de Dios á todas las almas, ceñida con los resplandores de la caridad. ¿Qué hace aquí el arzobispo de Santo Domingo, léjos de la guerra que acaso ha provocado con sus reaccionarias ideas? ¡Cuánto nos cuesta el maléfico génio que preside á nuestra política! La verdad es, que há mucho tiempo que las mitras españolas se proveen tan sólo en gentes adictas á la escuela absolutista. La verdad es que nuestros gobiernos han desconocido las virtudes y la fé de muchos ilustres sacerdotes que no han pertenecido á ninguno de los bandos militantes, pero que han trabajado por la independecia de la Iglesia española y por la pureza del dogma: que no hubieron necesidad los Leandros y los Isidoros en otros apartados

siglos, y los Torres Amats y los Tarancones en nuestro mismo siglo de ser siervos de la curia romana y maniqués del Nuncio para ser grandemente católicos, fieles al espíritu de la Iglesia, y modelos de ciencia y de virtudes. Pero hoy vale más que otro título las recomendaciones de *La Esperanza* y de *El Pensamiento*. Así vemos prelados que se empeñan en llevar la intolerancia donde la tolerancia es una costumbre; y que desatada una guerra, tal vez por sus errores absolutistas y por sus preocupaciones cortesanas, recrudecida la peste, agonizando nuestro ejército, vienen á la corte donde para nada son necesarios, en vez de ir á padecer con los que padecen, á llorar con los que lloran, á ejercer su divino ministerio, nunca más grande que entre las grandes calamidades, porque es el ministerio del dolor, el ministerio de la muerte, la sublime y santa milicia cuya fuerza empieza donde acaba la fuerza de los hombres.

Entregamos á la conciencia pública al arzobispo de Santo Domingo, que está en Toledo, mientras su diócesis está azotada por la peste, la guerra y el hambre; lo entregamos á la conciencia pública, cuyo juicio no será en verdad tan severo como el juicio del que todo lo pesa y todo lo mide en su inapelable justicia, como el juicio de Dios.

6 de Diciembre de 1864.

ULTIMOS DIAS

DEL ABSOLUTISMO ANTIGUO Y DEL MODERNO.

La corte se ha ido á Aranjuez á pasar la primavera. Como la política ministerial quiere dormir profundamente, despues de haberse procurado el voto de los presupuestos, y la colocacion usuraria de las célebres cédulas, y la emision de los seiscientos millones, el ánimo del ministerio descansa en la seguridad de una paz perpétua. El ministerio cree que Aranjuez asegura su tranquilidad. Y, sin embargo, Aranjuez no suele ser sólomente templo de paz, no suele ser sólomente un lugar de delicias. Al mirar cómo sonríe por este tiempo su cielo, cómo platea el Tajo los campos al deslizarse entre las verdes y apacibles riberas; cómo se cimbrean aquellos bosques, donde los plátanos orientales se enlazan con los árboles de América; cómo por todas partes se extienden las sombras del follaje, se abren las corolas de las flores y se columpian los

nidos de los pajarillos, cualquiera diría que no era posible que mano alguna turbara el reposo de la naturaleza, ni oscureciera la alegría de la primavera.

Y, sin embargo, en ese Aranjuez ha ido á levantar palacios el poder y la fortuna; y al levantarlos, ha llevado allí su riqueza, pero también su inmenso malestar y sus desgracias; esas desgracias, que crecen más, que se agrandan más en las alturas sociales. Y Aranjuez no es tan grande por sus bellezas naturales y artísticas; no es tan grande por sus bosques, por sus fuentes, como por los recuerdos de su historia, y de su historia reciente.

Algun viajero irá á buscar allí sus hileras de álamos y de plátanos; algun otro el célebre convento donde, segun es fama, todavía se conservan sombras dignas de los tiempos de Carlos II; y pocos, acaso muy pocos recuerden el timbre principal de este sitio de recreo, donde la naturaleza brilla mucho, y sin embargo brilla tristemente, como el sol de Otoño, cual si quisiera mostrar que hay más poesía, más espíritu, más vida en los trabajos agrícolas del pobre que en los ociosos jardines del rico. El timbre principal de este sitio de recreo lo ha historiado uno de los ministros que hoy nos gobiernan. Como los moderados suelen tener unas ideas en el poder, y otras muy distintas en la oposicion, el ministro de que hablamos describía con negros colores en la desgracia, los sucesos de Aranjuez, al

comenzar el siglo presente, sucesos que han dejado huellas de ruina y de muerte en el suelo; pero huellas que la Providencia ha convertido en surcos de donde han brotado las nuevas ideas.

En la antigua sociedad un rey absoluto era un pueblo; un sitio real era una nación. España entera se encerraba con Felipe II en el Escorial, ó con Felipe V en la Granja. Si quereis buscar la Francia de Luis XIV, con su asombrosa regularidad, con su clásica monotonía, con su artificial vida, pero con su inmensa grandeza, acudid á Versailles. La monarquía de los Borbones de Nápoles, está en Caserta. Aranjuez fué siempre el lugar predilecto de María Luisa. Aquella pródiga naturaleza convidaba á la disipacion y al goce á la corte sensual de Carlos IV. Allí los reyes absolutos iban á buscar esa libertad que tenían encadenada, y que les faltaba á ellos mismos; esa igualdad de la naturaleza que en vano se quiere negar con artificiosas gerarquías sociales. Felipe III se encerraba en Aranjuez durante meses enteros, y prohibía á sus vasallos que se acercaran en cinco leguas al rededor, para que no turbasen sus fiestas y sus placeres.

Y allí la monarquía absoluta fué castigada. Parece que la Providencia pone la expiacion en el lugar mismo del crimen. Baltasar y Sardanápalo fueron sorprendidos por las venganzas divinas en sus orgías. El último de los Césares, el último dueño del mundo, llevaba el nombre del fundador de Roma y

del fundador del imperio; como si Dios hubiera querido mostrar que castigaba en un sólo día todos los crímenes de la Ciudad Eterna. Aranjuez, ese Aranjuez tan delicioso; ese Aranjuez donde la monarquía absoluta hizo una especie de nido para su refugio y para su recreo; ese Aranjuez fué destinado por Dios para tumba de la monarquía absoluta. Allí pereció la institucion que se creia imagen del poder de Dios sobre la tierra; allí pereció la institucion que llevaba tres siglos de existencia; allí pereció la monarquía absoluta, á cuya sombra habian dormido en paz tantas generaciones.

La teoría del derecho divino quedó borrada, para siempre borrada, desde el momento en que se alzó un pueblo á exigir cuenta á un rey de la gobernacion del Estado. El espíritu de libertad que fué herido en los campos de Villalar y en el patíbulo de Lanuza, palpitaba de nuevo en el cerebro de los hombres que exigian cuentas á Carlos IV de su debilidad, á María Luisa de sus liviandades, y á Godoy de su privanza. Cayó allí la irresponsabilidad del poder. Aquellos hombres que promovian un motin oscuro, y obligaban á un rey á escribir contra su voluntad la abdicacion de una corona que recibiera de Dios, y de que sólo á Dios podia responder; aquellos hombres eran sin saberlo, sin conocerlo, los que cerraban para siempre el dominio del absolutismo. Podria el mónstruo levantarse, eruirse, herir de nuevo en su agonía alguna de las

instituciones modernas, devorar toda la generacion que por las ideas nuevas trabajaba; pero no podria seguramente reponerse de aquella herida, por la cual se escapaba toda su sangre.

Pocas páginas, muy pocas páginas tiene la historia, más tristes que las páginas de la caída de Carlos IV en Aranjuez. Si no temiéramos el que don Antonio Benavides hubiese de perder su cartera, por una imprudencia nuestra, le copiaríamos los retratos que trazó un día del rey Carlos y de la reina, del hijo del rey y de la reina, y del favorito de la reina y del rey. Y decimos que pudiera perder su cartera, porque aun no hemos olvidado que uno de los primeros empleados del país, un alto funcionario de Palacio, perdió sus honores y sus sueldos, toda su pitanza, por haber escrito un animadísimo retrato de la milagrosa beata Clara.

Creemos que nadie será osado, nadie, á castigar la voz de Dios en la vida, la voz de Dios en el mundo, la historia que enseña, la historia que corrige, y sobre todo cuando se lee á poderes que tanto tienen que aprender, que tanto tienen que corregir, como el vergonzoso gobierno que sostiene la espada de Narvaez y la lengua de Gonzalez Brabo.

Y ya que estos ministros se creen tan seguros, tan firmes, porque han logrado tener pretesto para distraerse en Aranjuez, aviven la memoria y recuerden cómo puede la Providencia convertir esos lugares de delicias en lugares de desolacion y de duelo. En

ese mismo Aranjuez, descansaba por el mes de Marzo de 1808 uno de los hombres que por más tiempo han gozado de los favores del poder. Graves errores habia abrazado, graves faltas habia cometido, pero acaso ni tantos errores, ni tantas faltas, como los ministros que hoy nos gobiernan. El tenia en aquellos tiempos de silencio de la opinion, de ausencia de las Córtes, de puro absolutismo, el único título á la sazon legítimo para ejercer el mando; la confianza de los monarcas. ¿Podia dormir en paz? Y sin embargo, la noche del 17 de Marzo de 1808 vió su casa asaltada, su vida amenazada, su poder herido, por un pueblo á quien habia empobrecido y degradado.

En vano Cárlos IV y María Luisa quisieron salvarlo; en vano apelaron del heredero de la corona, en nombre de su autoridad de padres, y de su autoridad de reyes; Godoy fué depuesto por la voluntad del pueblo. A los dos dias, aquel hombre que se habia ceñido la corona de España, cuyo peso aplastaba las sienes de su verdadero poseedor, del anciano débil y vacilante Cárlos IV; aquel hombre iba pálido, herido, desde su palacio á una prision; golpeado por unos, escupido por otros, injuriado y maldecido por todos. En su desgracia, envolvió á los mismos reyes que le habian nombrado, á los mismos reyes que lo habian sostenido. Cárlos IV y María Luisa abdicaron su corona, impulsados por el vértigo que les habia producido el oleaje de la in-

dignacion popular; y desde el trono fueron á morir en el destierro.

Hé ahí, señores ministros, las enseñanzas que guarda Aranjuez, y que podiais recordar en vuestras escursiones de hoy. Descartad de aquel drama si quereis, las pasiones de la reina, las serviles complacencias de su esposo, la deslealtad de Fernando VII á sus padres, el maquiavelismo de Escoiquiz, las intrigas del embajador francés, las ocultas maniobras de Napoleon; descartad de este drama todo lo que hay en él de propio de aquellas circunstancias, de exclusivo de aquellos personajes, y decid si no hay una enseñanza que no debe olvidarse nunca; la enseñanza provechosísima de que no se puede mandar contra el imperio de la opinion pública. En tiempos de Godóy no habia prensa, no habia tribuna; la opinion se desahogaba en el gran mentidero, en las gradas de San Felipe el Real, y allí formaba la nube que estalló en Aranjuez sobre el favorito y los cómplices del favorito. La opinion fué creciendo, creciendo como una grande tromba, y levantándose amenazadora hasta romper y estallar sobre la frente misma que se creía resguardada con un rayo de la corona de Dios, con aquel derecho divino que aun se reflejaba, aunque pálido y amortiguado, sobre la superficie de la revolucion. La opinion no respetó nada.

Pues bien, señores ministros, ¿creeis que no estais desafiando de igual manera á la opinion vosotros

mismos hoy con vuestra audacia? Pues qué, señores ministros ¿creeis que no sois tan odiosos como era Godoy? Vosotros, los perseguidores de la prensa porque protesta contra vuestro mando; vosotros, los que habeis visto caer sobre vuestras cabezas el fuego de la elocuencia parlamentaria; vosotros, los que habeis sido silbados por la opinion pública; vosotros, los hombres de la terrible noche del 10 de Abril; vosotros, los que habeis disuelto ayuntamientos como el de Madrid, é insultado diputaciones como la de Barcelona; vosotros no haceis más que concitar en contra vuestra la opinion pública, y es hora de que os retireis, y de que os retireis sin vacilar, porque todos los poderes que se burlan de la opinion, son poderes ciegos, poderes desatentados, que tarde ó temprano traen sobre su frente la tempestad de las revoluciones.

8 de Mayo de 1865.

CARACTER DE LAS REVOLUCIONES

MODERNAS.

Una grande, una inmensa revolucion agita la conciencia de la Europa moderna, y llega en su ímpetu á quebrantar los cimientos sobre que Europa descansa. Para las almas apocadas y tímidas esta revolucion no sigue ley alguna, ni obedece á ningun principio; es la tromba que va arrancando árboles seculares en su carrera, diseminándolos á los cuatro puntos del horizonte, sin dejar en pos de sí más que desastres y ruinas. Pero los que levantamos la vista á más altas esferas; los que vemos una idea que ilumina y vivifica; los que confiamos en esta ley del progreso, nunca desmentida; sabemos que de los profundos surcos abiertos por la revolucion, ha de brotar necesariamente una nueva vida.

Hace largo tiempo que nos consumimos en esta fiebre devoradora de la revolucion; largo tiempo que vivimos en un campo de batalla. Nos falta

espacio para coordinar nuestras ideas; nos falta paz y sosiego para madurarlas; y sin embargo, cegados por el polvo del combate, hemos penetrado los secretos de los cielos; hemos tendido en la tierra el raíl y en el aire el alambre eléctrico; hemos arrancado sus cadenas al esclavo; hemos puesto en fuga todas las tiranías, y hemos escrito como Dios sobre el fulgurante Sinaí el decálogo de nuestro derecho, y creado, en un día de la vida total humana, en un siglo, naciones como los Estados-Unidos. ¿Maldeciremos la revolucion?

Nosotros sólo tenemos motivos para bendecirla, porque éramos siervos y nos ha redimido; porque llevábamos una mordaza en los labios, y nos la ha arrancado; porque arrastrábamos una cadena al pié, y la ha roto; porque teníamos una marca de ignominia en la frente, y la ha lavado; porque párras, esclavos, ilotas, herederos de todas las ignominias humanas, conjunto de todos los dolores, nos ha creado por segunda vez, y ha difundido por nuestras venas su vivificador espíritu.

Pero ¿cómo esta revolucion ha llegado hasta nosotros? Difícil estudiarlo, difícil comprenderlo. Más fácil sería averiguar la historia de las olas del mar en su continuo movimiento; más fácil averiguar el rastro de la electricidad en el límpido cielo, que averiguar el curso misterioso de esas ideas que han agrandado la conciencia humana. La verdad es, que á todas las agitaciones materiales, á toda esa

conmoción de la sociedad que se denomina con el nombre genérico de revoluciones, ha precedido una grande agitación en los espíritus; á toda revolucion material, ha precedido una revolucion moral. Y las revoluciones morales han tenido por objeto alcanzar estas dos ideas, que son los polos del derecho humano; la libertad y la igualdad. Y las revoluciones materiales han tenido por objeto destruir los viejos poderes que al triunfo de estas dos ideas temerariamente se oponen. Bien puede decirse que el principal trabajo de la revolucion, el que más sangre le ha costado, ha sido el trabajo negativo, el empeño de minar y destruir los antiguos poderes, las viejas y gastadas personificaciones del derecho divino, que parecian unidas á la sociedad indisolublemente. Si quisiéramos con una sola fórmula calificar toda la revolucion moderna, bien podríamos decir que todas esas repúblicas, todas esas monarquías constitucionales, todas esas nuevas formas sociales que aparecen sobre las ruinas de las antiguas formas sociales, todo este inmenso movimiento, puede reducirse á esta tésis: guerra á los poderes y á las personificaciones de derecho divino, afirmacion de la responsabilidad del poder.

Esta lucha comienza en el seno mismo del siglo décimo-sexto. El espíritu humano siente que tiene conciencia, la conciencia siente que tiene libertad. Desde el instante en que este sentimiento pugna por salir á luz, engendra una resistencia en los po-

deres que le son opuestos. ¿Quién representa la libertad de conciencia en el siglo décimo-sexto? Holanda, las provincias Unidas. ¿Quién representa la resistencia á este principio? La casa de Austria. Pocos poderes se han visto en el mundo tan inmensos. Ocupa el trono de Viena y el trono de Madrid. Toca por un lado casi con el polo, y por otro con un continente recién nacido que duplicaba la tierra. Se ha ceñido á toda Europa. Posee más de la mitad de Alemania; posee todos los Países Bajos; posee en algunos momentos Inglaterra; posee Nápoles, Sicilia y Milan en Italia: posee el Rosellon y la Cerdeña en Francia; posee islas y continentes en Asia; posee magníficas ciudades en Africa; posee toda la América, un continente desconocido que parece perderse como un misterio en el seno del Creador; gigantescos dominios á que no habia llegado ninguno de los conquistadores del mundo, y bajo los cuales se hallaba próxima á humillarse la tierra y á callar la conciencia. Pues bien; Holanda luchó desesperadamente con la dinastía que representaba la supresion de la conciencia humana. Holanda aislada, sin tierra casi, circuida de los primeros ejércitos del mundo, auxiliada por débiles amigos, logró vencer al formidable imperio. Primera transformacion revolucionaria del poder.

Pero viene el siglo décimo-sétimo, y es necesario que la idea del siglo décimo-sexto se eleve á derecho internacional. Europa está fatigada de las guer-

ras religiosas. Pero las guerras religiosas no pueden concluir sin proclamar como derecho internacional el respeto á la conciencia humana y á la inviolabilidad de su pensamiento. A esta declaracion, que cambia toda la faz de la diplomacia europea, se opone Fernando II, el emperador de Austria. ¿Quién es el héroe de la libertad de conciencia? Gustavo de Suecia. ¿Quién es su auxiliar? ¿Quién es á la sazón la casa reinante más revolucionaria de Europa? La casa de Francia, que habia heredado el pensamiento de Enrique IV, y que iba guiada por la vastísima mente del cardenal Richelieu. Pues bien, las dinastías que se opusieron á la idea del siglo, las dinastías que se entregaron á la reaccion religiosa, fueron vencidas. Dígalo la casa de Austria, que firmó la completa derrota de su política en Westphalia, y que murió de impotencia y de inanición sobre el trono de España. La dinastía que habia auxiliado á los nuevos principios, la dinastía francesa quedó como dueña de Europa. Y á la sombra de los nuevos principios, de las nuevas ideas, comenzaron á crecer las dos naciones que debían humillar á la vieja Austria, Suecia y Prusia.

Pero desde el momento en que la casa de Francia ha recogido el cetro de Europa, que España, debilitada por el absolutismo, ha dejado caer en Roccroy, desde este momento ocupa el lugar que antes ocupaba la casa de Austria. A servicio de Francia y á servicio de la reaccion europea se alistan los re-

yes de Inglaterra, los reyes de la casa de los Estuardos. Esta dinastía engendrará dos revoluciones. En la primera, Carlos I perderá la cabeza; en la segunda, Jacobo II la corona: el resultado definitivo es la caída de los Estuardos. Holanda, que proporcionó en un Guillermo de Orange, el héroe contra la dinastía de los Austrias, proporcionará en otro Guillermo de Orange el héroe contra la dinastía de los Estuardos. Dos ideas tuvo este revolucionario, y las dos prevalecieron; imposibilitar el reinado universal de Francia, y fundar la libertad de Inglaterra. Este hombre salvó la república de Holanda amenazada por Luis XIV; armó la Liga de Ausburgo contra el monarca francés; organizó la Iglesia de Inglaterra; y venció al absolutismo europeo, ofreciendo á los pueblos el ideal de la Constitución inglesa, y el grandioso espectáculo de un nuevo trono levantado sobre las ruinas de viejas y reaccionarias dinastías.

¡Y cuán caros han pagado algunos sucesores de Guillermo infidelidades cometidas contra los principios que habían servido de fundamento á su dinastía! Jorge III, débil é inepto, se dejó dominar por la reacción. Las supersticiones religiosas comenzaron de nuevo á penetrar en su palacio. Los carlistas ó jacobistas se reunieron en torno de su trono. A la sinceridad constitucional sustituyó un absolutismo hipócrita. Quiso oprimir á las colonias ya que no alcanzaba á oprimir el indomable espíritu de Inglaterra. Y entonces comenzó á perder los preciosos

fragmentos de su corona en América. Y acaso de esta grande imprudencia nació aquella revolucion que ya no reconoció ni rey, ni aristocracia, ni Iglesia oficial y asalariada; que dió la palabra libre al pensamiento; la fé libre á la conciencia; que instituyó el sufragio para todos los ciudadanos; que creó el gobierno como una grande imágen de la sociedad; que demostró la ineficacia de las tradiciones, y que deslumbró al viejo y al nuevo mundo con los resplandores de la democracia. Desde este instante los viejos poderes se encuentran frente á frente de la democracia armada.

La Francia no será nunca la mente política de Europa, pero será la Sibila. No tendrá el juicio necesario para madurar una idea; pero tendrá el génio para propagarla. Francia respirará la nueva idea, y llegará con ella á una embriaguez sublime. Los privilegios feudales le eran insufribles; la centralizacion política la ahogaba; la tutela administrativa la habia reducido á la imbecilidad de una perpétua niñez; la separacion en castas dañaba su sublime instinto de igualdad; la condicion del campesino oprimido por la corvea era semejante á la condicion del esclavo antiguo, y en aquella inmensa desgracia oyó Francia la risa de Voltaire, la apasionada elocuencia de Rousseau, la voz sublime de la revolucion americana que llamaba á la libertad, y consagró su inteligencia, su vida, su honra, todas las ideas de su alma, toda la sangre de sus venas, con

ese entusiasmo que los romanos llamaron furor galo, á la santa causa de la revolucion. Una dinastía le hacia sombra con su antigua legitimidad, y convirtió su trono en cadalso. Otra dinastía quiso bastardear la revolucion y cegarla con la gloria, y pasó como el sueño del génio épico de Francia. Otra dinastía, resurreccion imposible de la legitimidad, quiso volverla á las antiguas aras, y cayó. Otra dinastía intentó reducir la revolucion al reinado de la clase media, y cayó. Ha resucitado la dinastía de la gloria, y la dinastía de la gloria pasará tambien, porque en Francia, en la Francia democrática, han pasado los poderes permanentes.

Las revoluciones, desde que apareció en el mundo la América libre, y desde que se promulgaron en 1789 los derechos del hombre, han pasado del período instintivo que tuvieron durante los dos primeros siglos, al período reflexivo. Todo su trabajo ha consistido en sustituir á los poderes emanados del derecho divino, con los poderes emanados del derecho popular.

Son infinitas las viejas dinastías que han caído á su impulso. Los señores de Grecia la abandonaron; los tiranos de Nápoles huyeron dos veces de su deshonrado trono; la nueva dinastía que se ciñó la corona de Grecia, tuvo que renunciarla; el rey de Prusia, pietista y romántico, se volvió loco cuando encontró los cadáveres de las víctimas del despotismo en su lecho; el emperador de Austria huyó de Vie-

na al rojizo resplandor que lanzaban las barricadas, para no volver á su palacio manchado de sangre; el czar de todas las Rusias, Nicolás, que tocaba ya el sueño de Pedro el Grande, retrocedió herido en el corazon por el arma invisible de la revolucion europea; se desplomó la teocracia, tres veces herida y tres veces restaurada, se desplomó para siempre en las Marcas y en la Romanía; el duque de Parma fué destronado; destronado el duque de Toscana, destronado el soberbio duque de Módena; Francisco II vió en tres dias perdida una corona que habia costado á sus predecesores seis siglos de lucha; viejos poderes, viejas dinastías que la revolucion ahuyenta como el sol ahuyenta las aves nocturnas, como la ciencia ahuyenta las viejas preocupaciones.

Reaccionarios, si no veis tras estos ejemplos más que los efectos de la casualidad, los triunfos de las maquinaciones de los revolucionarios; si no veis la idea que deslustra tantos antiguos derechos, que corroe tantas antiguas coronas, que dispersa tantas poderosas familias; si no veis, sobre todo, el inmenso y terrible y ejemplar castigo que cae sobre todos los que son tiranos, bien puede decirse que estais ciegos, que no veis el resplandor de la justicia de Dios en la vida y en la historia.

16 de Mayo de 1865.

na al rojizo resplandor que lanzaban las patricias
para no volver á su palacio manchado de sangre; el
cuar de todas las Rusas, Nicolás, que tocaba ya el
sueño de Pedro el Grande, retrocedió herido en el
corazon por el arma invisible de la revolucion euro-
pea; se desplomó la corona; tres veces herida y
tres veces restaurada, se desplomó para siempre en
las Matas y en la Romanía; el duque de Par-
ma fue destronado; destronado el duque de Tos-
cana; destronado el soberbio duque de Módena;
Francisco II vivió en tres dias perdida una corona que
habia costado á sus predecesores seis siglos de lu-
cha; viejos poderes, viejas dinastías que la revolucion
abuyó como el sol abuyó las aves nocturnas,
como la ciencia abuyó las viejas supersticiones,
Reaccionaron, si no ves tras estos ejemplos, mas
que los efectos de la casualidad, los trunfos de las
imaginaciones de los revolucionarios; si no ves la
idea que destruyó tantos antiguos derechos, que
cortó tantas antiguas coronas, que dió tantas
poderosas familias; si no ves, sobre todo, el inmen-
so y terrible y eterno castigo que cae sobre todos
los que son tiranos, bien puede decirse que talis
cicgos, que no ves el resplandor de la justicia de
Dios en la vida y en la muerte.

— 150 —

LOS VENCEDORES Y LOS VENCIDOS.

¿Quién ha sido el vencedor en la guerra civil? El partido liberal. ¿Quién ha apurado todas las desgracias del vencido despues de la guerra civil? El partido liberal. Estas dos verdades son tristes, son consoladoras. Pero no las decimos ciertamente hoy, en este instante angustioso, para infundir el desaliento en el ánimo de los que se han sacrificado tantas veces por la causa de la libertad. Despues de todo, vista la inmundicia que ha salido á la superficie del gobierno, vista la depravacion que se ha apoderado del régimen de nuestra patria, al partido liberal conviene no manchar el brillo de su alma con tantas impurezas. Si recordamos que somos los vencidos, no lo recordamos por nosotros, generacion á quien todavia toca la envidiable dicha de pelear, y acaso el privilegio de ser contada en la historia entre las generaciones mártires; lo decimos por la justicia, por el derecho hollados; lo decimos, sobre todo, por esta cara patria esclavizada y maldecida, y

que sólo puede levantarse y ser grande al soplo de la libertad.

Quizá ningún país recuerda sacrificios más austeros que nuestros sacrificios. Sesenta años llevamos los liberales, sesenta años de tormentos: que nosotros aunque jóvenes, hemos padecido en la ignominia de nuestros ahuelos, y en las heridas y las expatriaciones y los cadalsos de nuestros padres. Sesenta años de luchas, primero con una corte sensual y un favorito; despues con Napoleon, en una guerra que empapó de sangre desde las montañas vascas hasta los mares de Cádiz; despues con un tirano que cebó su rabia en los que le habian redimido de ignominioso cautiverio; despues con aquella condensacion informe de odios, de supersticiones, de fanatismo, que se llamó faccion, y que estuvo por espacio de siete años talando campos, destruyendo pueblos, acuchillando ciudadanos, hasta que fué á espirar en Vergara.

¡Cuántos, cuán inmensos, cuán dolorosos no han sido nuestros sacrificios! ¿Qué se exigió del partido liberal que el partido liberal no hiciera? Le pedísteis olvido, y olvidó sus diez años de martirio. Le pedísteis tesoros, y entregó para la guerra todo el patrimonio nacional. Le pedísteis sangre, y si pudiera reunirse la que ha derramado, formaria un mar. Díganlo, díganlo por nosotros Bilbao sitiada; Zaragoza despertándose en la mañana del *Cinco de Marzo* como si durmiera sobre sus armas; Lucena,

Ceniceros y Gandesa, arrollando con su Milicia nacional todas las fuerzas de la facción; Madrid espantando al pretendiente con su heroísmo; la terrible noche de Morella; el puente de Luchana; las frías cenizas de Aliaga; tantas sangrientas victorias conseguidas; tantas poblaciones arruinadas; tantos mártires inmolados; tantos testimonios inmortales de la entereza y del arrojo de nuestra raza.

Al fin triunfamos. Sobre las cumbres de las montañas vascas y navarras, donde por una mala inteligencia nunca bastante sentida y deplorada, se peleó en nombre de la libertad contra la libertad, grabó este generoso partido liberal su victoria. Pero desde el momento mismo en que el partido que dió con sus legisladores la idea á la revolucion, con sus hacendistas los recursos, y con sus generales la victoria; desde el momento mismo en que el partido guerrero y apóstol á un tiempo, descendió de la montaña á la corte, pasó de la lucha á la victoria, se encontró vencido por los mismos enemigos que habia desarmado; se encontró con que retoñaba á sus piés la planta venenosa que creia haber desarraigado para siempre con su espada.

Registrad los anales de nuestras reacciones; ved los ayuntamientos inmolados en mil ochocientos treinta y nueve; las milicias desarmadas en mil ochocientos cuarenta y tres; los patriotas conducidos á Filipinas en mil ochocientos cuarenta y ocho; los mártires sacrificados en ese largo catálogo de hecatom-

bes que se llaman el Carral, Alicante, Villafranca, Huesca, Madrid; buscad el rastro de esa sangre generosa, buscad las huellas de tantas lágrimas, y encontrareis con horror que los perseguidos, los inmolados, los que no encontraban ni ley, ni justicia, ni hogar, ni á veces sepultura en su patria, eran los mismos que habian peleado durante la guerra civil á favor de instituciones en cuyo seno despues de la victoria solo encontraron asilo sus enemigos.

Si pudiéramos disipar la niebla del olvido que cubre todos estos acontecimientos; si pudiéramos interrogar á todos los que fueron deportados á Filipinas ó fusilados en los dias aciagos para la libertad, encontraríamos sin duda los nombres de infinitos vencedores. Pero no pudiendo alcanzar esto, los hechos culminantes de la historia y los nombres que se han salvado del olvido, prueban cuán triste, cuán dolorosa ha sido nuestra suerte. Decidnos; despues de 1843, ¿cuál de los hombres del verdadero partido liberal ha sido llamado pacíficamente al poder? Ninguno, ninguno. Han vivido todos en la desgracia. Sus servicios han sido para todos un título de proscripción.

Quintana que habia enardecido con su canto los corazones liberales; Calatrava y Becerra que habian desafiado los rayos de Roma asestados sobre la cuna de la reina niña; Mendizabal que habia salvado dos tronos constitucionales en la Península con sus enérgicas reformas; Lopez y tantos otros que en

los Estamentos , en las Constituyentes de 1837 habian llevado demasiado lejos su adhesion á la bandera de la guerra civil; innumerables eminentes patricios, que si de algo habian pecado , habian pecado de débiles, que si con alguien habian sido complacientes, no lo habian sido en verdad con la revolucion, se vieron ó perseguidos ó desdeñados, sin acceso alguno al nuevo régimen levantado á costa de su sudor y de su sangre.

Argüelles, el venerable anciano, en cuyos labios resucitó la elocuencia española; aquel cuya mano trazó tantos artículos del código fundamental de nuestras libertades, fué á morir olvidado de los que sólo tenían motivo para llamarle su bienhechor y amigo. Su cadáver salió menospreciado por los poderosos á su eterno descanso de gloria y de respeto. Y al poco tiempo entraba en Madrid, se acercaba á la corte, era recibido en todas partes con grande acatamiento, veia sus sienes coronadas con una mitra el siniestro consejero de D. Cárlos, el P. Cirilo Alameda.

Al verdadero vencedor de la guerra civil, el que la concluyó con la paz de Vergara, ¿no lo mandásteis fusilar así que se identificara su persona? Y despues, ¿no lo habeis tenido en perpétuo destierro? Y lo mismo decimos de aquellos generales que obraron tantas y tantas maravillas. El vencedor de Pitarque, Zurbano, fué bárbaramente asesinado. Y mientras tanto, el generalísimo de D. Cárlos, el que

se acercó á nuestras puertas en un caballo blanco, por más señas, y juraba entrar en Madrid con la rabia de Alarico en Roma, y ahorcar á los diputados de la nacion á las puertas mismas del Congreso, se ha visto festejado, aplaudido, largamente recompensado con palacios y coches que el presupuesto constitucional le procura, pidiendo millones y más millones al pueblo liberal, que sólomente le conoce por los sangrientos recuerdos de su siniestra historia.

Pero ¿qué más? Buscad por Madrid la virtuosa señora que fué aya de la reina, que lleva el nombre del primer soldado de la independencia, y que en 1841 puso su pecho entre las balas de los rebeldes y la vida de las tiernas niñas confiadas á su custodia. Buscad por Madrid, donde debia hallarse rodeada de honores y de respetos á la viuda de Mina, y no la encontrareis. Allá en su destierro de Galicia vive, guardando con fidelidad religiosa los recuerdos de su esposo, y ejerciendo la más sublime de todas las virtudes, la caridad cristiana. Si le faltan las adulaciones cortesanas, le sobra en cambio la adhesion del pueblo, que no puede olvidar su entereza en la lucha, su resignacion en el destierro, su austeridad en la viudez, sus virtudes, y el culto fervoroso por su corazon prestado á las proscriptas ideas liberales que forman la preciada corona de su gloria. Pero en cambio de la ausencia de esta mujer ¿qué otra mujer encontrareis agasajada, rica, en grande privan-

za? Aquella monja que presidia una conjuracion carlista; aquella monja que injuriaba á la madre de la reina; aquella monja que profetizaba el triunfo de los facciosos; aquella monja cuyos éxtasis la llevaban por los aleros de los tejados; aquella monja que mereció de la intercesion y las oraciones de la *ojalatería* facciosa la impresion milagrosa de unas llagas, y de la rectitud de los tribunales españoles la sentencia que debe caer sobre los falsarios y los embaucadores.

Y ¿quién es el responsable de todo esto, liberales, quién? Tengamos la entereza de decirlo; los liberales, los liberales, los liberales. Nuestra revolucion ha pecado siempre de débil; nuestros revolucionarios de complacientes. Si mañana somos tan cándidos como fuimos ayer, si persistimos en la debilidad de 1814; en la torpeza de 1823; en la inexperiencia de 1840; en la confianza de 1843; en la estúpida generosidad de 1854; la historia no nos compadecerá, y dirá que hemos merecido nuestra suerte.

24 de Mayo de 1865.

LA TEOCRACIA MODERNA.

La clave del edificio social que llamamos Edad media, fué la teocracia, la confusion del poder temporal y el poder espiritual. La teocracia contradijo el principio primero de la sociedad cristiana, á saber: la separacion entre el poder espiritual y el poder político. Venidos despues de aquellos primeros dias de puro espiritualismo cristiano, de grandes verdades evangélicas; venidos los dias feudales, los tiempos oscurísimos de la Edad media, el César que personificaba la unidad material del mundo moderno, necesitó de un poder religioso; y el papa que personificaba la unidad moral del mundo moderno, necesitó á su vez de un poder político. De esta doble necesidad, nacia aquella pugna del imperio por someter á la Iglesia, y de la Iglesia por someter el imperio. Los Césares creian que su poder era nulo si no llevaba el sello de una sancion religiosa. Los papas creian que su voz era vana, si no se alzaba prepotente y temida sobre las gradas de un trono.

Los dos poderes vinieron á un acuerdo comun, y el emperador tuvo sobre la Iglesia facultades que nunca le hubieran reconocido los primitivos obispos cristianos; y el papa fué rey, dignidad que nunca hubieran querido los primeros héroes y los primeros mártires del cristianismo.

Durante toda la Edad media, esta fué la base de la política. Pero cambia el eterno astro que ilumina la historia, cambia el espíritu; escribe en el siglo décimo-sexto la protesta religiosa; en el siglo décimo-sétimo la protesta científica; en el siglo décimo-ocavo la protesta política; y comienzan los días de la revolucion. Mientras la revolucion política estuvo encerrada en los pueblos anglo-sajones, no luchó con el papa ni con el imperio. Estos pueblos habian desechado por la gravitacion natural de su conciencia, la forma religiosa de la Edad media. Pero un dia, la revolucion entró en los pueblos latinos, y estos quisieron resolver el problema siguiente: conservacion del espíritu religioso de la Edad media, y guerra á su forma, á su organismo, en todo aquello que inmediatamente se enlazara con las nuevas instituciones. El pensamiento de la revolucion puede resumirse en una frase capital; guerra al poder político del clero. ¿Qué es necesario para esto? ¿Emancipar la conciencia y el pensamiento? Todas las Constituciones consagrarán entre sus primeros artículos la libertad de escribir. ¿Reformar la organizacion disciplinaria de la Iglesia? Todas las revo-

luciones suprimirán los conventos. ¿Arrancarle su fuerza material? Todas las naciones se negarán á pagar el diezmo, y pondrán la mano del Estado sobre los bienes sagrados, sobre los bienes de la Iglesia.

En estas grandes reformas, la revolucion debia encontrarse con Roma, y se encontró. El papa maldijo á los clérigos juramentados en Francia, condenó la venta de los bienes eclesiásticos en España, y anatematizó los derechos y los principios de su Constitucion en Bélgica. Y para afianzarse más y más en estas ideas antirevolucionarias, juntó, apretó con fuerte lazo en sus Estados la autoridad temporal con la autoridad espiritual, sosteniendo así un gobierno absoluto de que sólo hay ejemplo allá en los primitivos imperios del Asia. Por no remontarnos á más léjos, bastará con recordar la política de Gregorio XVI, para persuadirse de que la reaccion tenía su trono sobre las piedras del Vaticano. Este papa llamaba á los austriacos á Bolonia, los franceses á Ancona; maldecia los principios escritos en las Constituciones belga y española; mantenía el fanatismo de todos los reaccionarios en todos los campos de batalla; oprimía contra su corazon á los príncipes rebeldes D. Cárlos y D. Miguel, que ensangrentaban con su fanatismo la península ibérica; y consentía que sus autoridades y sus procónsules arrojárán sobre los míseros Estados romanos aquellas turbas de sicarios sanfedistas que, invocando el

nombre de Dios ¡malvados! asestaban sus traidores puñales á todos los corazones que latian al sentimiento de la libertad.

Parecia que la revolucion debia detenerse en presencia del trono Pontificio; parecia que la revolucion no tendria fuerza bastante para cubrir con sus olas este escollo eminente, sobre el cual se levanta una luz religiosa que es el ideal de cien pueblos. Y sin embargo, los poderes reaccionarios; los poderes ciegos; los que sueñan con matar el pensamiento bajo la prévia censura; con suprimir la libertad de asociacion á su capricho; con llevar la revolucion atada á sus antojos, debian pensar cuán fuerte será su empuje; cuán incontrastable su poder cuando no se ha detenido esa revolucion que persiguen ante un trono defendido por la invisible pero omnipotente espada de una idea religiosa, y por el valladar material que, en torno suyo, han levantado todas las potencias católicas de Europa; trono doblementesagrado para la imaginacion popular, porque sus raices prenden allá en las tumbas de los mártires, y su dosel es el cielo.

Despues de los tristes dias de Gregorio XVI, parecia que iban á cambiar para siempre los destinos de Roma. El cónclave estaba reunido, y el *Veni-Creator* subia con severa majestad á los cielos. El cardenal escrutador de los votos depositados en el caliz, era Mastai Ferreti, antiguo soldado, oscuro obispo de Imola, sencillo protector de un hospicio

de huérfanos, y cuyo nombre era casi ignorado de Roma, é ignorado completamente del mundo. Cada vez que el cardenal Mastai leía su propio nombre, un sudor frío cubría su frente, y un grito de terror se escapaba involuntariamente de su pecho. En algunos momentos su turbación era tal y tanta, que quiso suspender el escrutinio. Los cardenales le sostenían, le animaban. Sólomente le miraba con ojos airados Lambruschini, el candidato de los reaccionarios, el candidato del Austria. Cuando el escrutinio se acabó, cuando resonaron los cánticos de alabanza y de gracias, los cardenales ignoraban que al votar á Mastai habían votado la revolución. El pueblo romano le ignoraba también. Nadie podía prever que en el nombramiento del nuevo papa reservaba la Providencia una lección al mundo, una lección inolvidable; la de que todo poder temporal, ora se encamine á conservar la sociedad antigua, y favorecer la reacción; ora se encamine á defender la sociedad moderna y á servir la revolución, todo poder temporal, tome la forma que quiera, es incompatible, de todo punto incompatible, con el poder moral, con el poder religioso de la Iglesia.

A los pocos días de nombrado Pío IX aparece en las esquinas de Roma una proclama suya, una orden suya que decretaba la amnistía. Los pobres emigrados, fugitivos y errantes por el mundo, tenían ya patria; los presos en aquellos calabozos de Saint Angelo, mansion de tantos crímenes, los presos que

eran vivos enterrados en las tinieblas, podían ver la luz del sol, podían respirar el aire de la vida; todos los romanos que sentían en sus venas el fuego inextinguible escapado de las cenizas de la Roma republicana, podían contemplar desde las ruinas del coliseo el cielo por donde vagan aun las almas de los héroes, y dormir el eterno sueño en los sepulcros donde la humanidad adora eternamente los despojos de la Iglesia. Los verdaderos ciudadanos de Roma volvían á Roma, la cual dejaba de ser un convento para convertirse en una ciudad. Inmenso júbilo llenaba sus calles y sus plazas; los ciudadanos corrían en tropel al Quirinal á verle y saludarle; las músicas henchían de armonías los aires; y bóvedas de palmas y de laureles se levantaban por donde quiera que iba el Sumo Sacerdote destinado á reconciliar la Iglesia con la revolución.

El papa no se detenía en este punto, no; meditaba, ideaba, quería nuevas reformas. Pensaba en dar los destinos civiles á los laicos; en nombrar municipios independientes; en tener un consejo administrativo; en sustituir á la arbitraria censura una ley de libertad de imprenta; en dar su Constitución. Cada una de estas promesas, por más indecisas que fueran, y por más lejanas de realización que pareciesen, levantaban un clamor universal de alegría que llenaba el aire de electricidad revolucionaria. El mundo entero volvía los ojos á Roma; el celo religioso se reanimaba, y hasta en el ánimo de los

filósofos renacia el espíritu católico; la América española saludaba en la política de Pio IX la paz de su propia conciencia, y la América inglesa le ofrecía una eterna amistad; Gioberti encontraba el partido y el papa güelfo, que habia trazado en su *Primato* para dar la supremacía política á Italia entre todas las naciones; Varsovia y Venecia sentian caer sobre sus sarcófagos las bendiciones del cielo y la voz de Dios que las llamaba á la vida; el *Te-Deum* sonaba en los oídos de los pueblos como un cántico de libertad; las ciudades italianas se unian y se reconciliaban en un sólo pensamiento; Milan maldecía sus victorias; Pisa y Florencia sus antiguos ódios; Garibaldi abandonaba las selvas de América, donde habia batallado por la libertad, y volvía en alas de los vientos y de las olas á ofrecer su espada á la revolucion, su conciencia á la Iglesia; Rossini, tanto tiempo silencioso, cantaba de nuevo himnos inmortales como si hubiera recobrado su voz al calor de la libertad, cual la recobra el ruiseñor al tibio soplo de la primavera; y la Italia entera se erguía sobre sus ruinas, sintiendo doblarse la vida en su seno, unirse el espíritu clásico de Rafael y el espíritu asceta de Savonarola en su conciencia; provocarla á un tiempo mismo al combate los héroes que se levantaban de sus sepulcros y los ángeles que descendian de sus altares; doble revolucion democrática y cristiana en que se interesaba todo su espíritu y se juntaba toda su historia.

Pero bien pronto demostró el poder temporal toda su incapacidad política, toda su radicalísima impotencia. El Austria sentía que el espíritu de Italia se escapaba á la servidumbre moral, y la tierra de Italia á la servidumbre política. La guerra debía empeñarse entre Italia y Austria. ¿Quién llevaba la voz y la bandera en esta guerra? Debía llevarla él mismo, que se colocaba por sus medidas políticas á la cabeza de Italia; debía llevarla él mismo, que era el pensamiento y el alma de la revolucion italiana; debía llevarla Pio IX. Pero si concitaba la guerra entre los pueblos, ¿era Pio IX digno jefe del catolicismo? No, porque el jefe del catolicismo debe predicar y sostener siempre la paz. Y si no sostenia la guerra, ¿era digno jefe de una nacion italiana? No, porque los jefes de las naciones se hallan obligados siempre á sostener y amparar la independendencia de los pueblos, cuya custodia tienen. Por consiguiente, aquí nacia ya el problema, el eterno problema, el problema del radicalísimo antagonismo, de la incompatibilidad absoluta entre el poder espiritual y el poder temporal de la Iglesia. El profundo pensamiento de Maquiavelo en el príncipe se cumplia. Los poderes teocráticos no pueden durar en un período de civilizacion adelantado, porque todo poder debe gobernar á los pueblos, y los poderes teocráticos no los gobiernan; todo poder debe defender á los pueblos, y los poderes teocráticos no los defienden. Sólo viven mientras los sostienen artificial-

mente el prestigio de lo sobrenatural. Si Pio IX llega á comprender lo que de él pedia su destino, en aquel mismo punto renuncia un poder temporal que le incapacitaba á un tiempo para ser cabeza de la Iglesia y ciudadano de Italia. Se empeñó entonces en la reaccion, se empeñó en seguir las inspiraciones de los jesuitas; se empeñó en detener el torrente de ideas que habia soltado de sus manos sobre la tierra sedienta. Ya era tarde. La revolucion lo derribó. El que no quiso enviar sus ejércitos contra Austria en una guerra santa y de independencia, tuvo que enviarlos contra Roma en una guerra cruel, en una guerra de servidumbre. Volvió sobre cadáveres; volvió sobre ruinas, pero volvió para perder sus Estados; para encontrarse prisionero en el Vaticano, resguardado por una guarnicion extranjera; para tratar, por fin, con el rey ex-comulgado, y borrar y extinguir el terrible *Non possumus*, que acababa de levantar como una barrera infranqueable entre la Santa Sede é Italia; y renunciar más tarde ó más temprano á un poder temporal que es su corona de espinas y el *Inri* de su martirio.

Todos los reaccionarios pintan la suerte de Pio IX para probar que la revolucion es un mónstruo de ingratitud. Y no comprenden que la libertad no es un poder, sino un derecho, y que es más exigente con aquellos que le han servido por conveniencia sin comprender su justicia. Así la revolucion es eminentemente justa al ser eminentemente severa

con aquellas familias de media legitimidad, con aquellos poderes semi-populares, con aquellos revolucionarios indecisos que la han exacerbado inútilmente, que han querido explotar sus intereses y no comprender sus ideas, que le han debido poder y popularidad, y la han deservido y la han abandonado, olvidando que en ella se contiene el espíritu inmortal de nuestro siglo.

2 de Junio de 1865.

HORÓSCOPO AL GENERAL O'DONNELL.

El general O'Donnell en el poder; nosotros en la oposicion, y en una oposicion formidable. Esto no podia ser para nadie materia de duda. Así es que, habiendo contribuido con tenaz empeño á derribar el ministerio del general Narvaez, habiendo merecido por esta causa persecuciones y vejámenes que acaso nosotros sólomente hemos olvidado; en el punto mismo en que apareció el general O'Donnell, desatamos contra él toda la indignacion de nuestra alma. Muchos amigos, que sólo miran el tiempo presente, almas buenas, si bien poco previsoras ó poco memoriosas, dispuestas á regocijarse de la caída de Narvaez, á quien creían como nosotros el mayor mal de los males, nos reconvinieron por nuestras duras palabras. Olvidaban que nosotros teníamos tres capitales razones para declarar esta guerra. Primera, que el mal permanente subsiste; segunda, que el general O'Donnell es el inaugurador de la reaccion en que hace once años nos envilecemos;

tercera, que la union liberal, compendio de todos los errores doctrinarios, merece que contra ella condensemos todas nuestras fuerzas. Además, somos supersticiosamente adictos á las primeras palabras con que inauguramos un trabajo, un compromiso público de honores y de conciencias; y nosotros, al comenzar nuestro periódico, habíamos dicho de la union liberal las siguientes palabras:

«¿Qué ideas, que instituciones no han recibido de la union liberal grandes ofensas? El principio de autoridad le debe una conjuracion sin ejemplo, y dos sublevaciones militares. El principio de libertad le debe una traicion negrísima y dos reacciones insensatas. El principio católico le debe las grandes ofensas hechas á la Iglesia, las grandes bofetadas impresas en las mejillas del clero con el terrible *memorandum* del bienio. El principio de libertad de pensar le debe la organizacion de recelosa censura, la quema de libros, el entierro de toda idea independiente, el desentierro de los cadáveres, el fomento de una mogigatocracia, en su forma piadosísima, y en su fondo volteriana. La monarquía recuerda que le ha hablado de deshonorosas camarillas; la milicia recuerda que la ha escupido y desarmado; el ejército recuerda que ha roto la disciplina militar en Vicalvaro; la Iglesia recuerda que ha puesto atrevida mano sobre sus bienes; el partido moderado recuerda que le ha vuelto las espaldas; el partido progresista recuerda que lo ha desorganizado; el partido democrá-

tico recuerda que le ha llamado ilegal y ha querido aplicarle horribles leyes de proscripcion rechazadas por el espíritu del siglo; las instituciones recuerdan que ha pisoteado la Constitución del 45, y la ha vuelto á levantar y le ha añadido un acta, y ha olvidado el acta, y ha puesto sobre la reforma neo-católica la sancion del tiempo, y ha cañoneado las Cortes; los ciudadanos todos recuerdan que, para la union liberal, la historia ha sido nombre vano, la fé respetable ruina, la política un mercado, la constancia anticuada manía, la moralidad pública vana aprension y los partidos bandas de aventureros, sin más enseña que el interés, y sin más fin que el presupuesto.»

Al verla renacer, al verla entrar de nuevo en el gobierno, cuando nosotros creíamos cercano el día de la desaparicion de todos esos partidos que en último resultado con más ó menos empeño han sido cortesanos de la reaccion, no podemos ahogar, no debemos ahogar el grito que se escapaba á un tiempo de nuestro corazon y de nuestra conciencia. Pero ¡ay! hemos retrocedido tanto, nos hemos despeñado por senderos tan oscuros, en abismos tan insondables, que todavía la union liberal, contada en nuestra conciencia entre los partidos protervos é inapelablemente condenados, podia ofrecernos algun ideal de justicia, alguna esperanza de mejoramiento, alguna luz. Y seamos francos, seamos justos, digamos en público lo que decimos en secreto, tras-

lademos al papel la conciencia con todos sus reflejos; la union liberal ha escrito un programa, que nosotros no hubiéramos creído escribiera nunca; ha empeñado luchas, que nosotros no hubiéramos creído empeñara nunca; y ha dicho palabras, que nosotros no hubiéramos creído dijera nunca; cuando sobre todos se levanta una influencia ciega, como el destino antiguo, implacablemente reaccionaria, consagrada á sostener para nuestra conciencia los misterios de la muerte, y para nuestros labios las mordazas de la inquisicion, y que de antemano ha proscrito con igual crueldad, y ha anatematizado con igual anatema todos los principios liberales, abortos para ella de la revolucion y de la heregía. Y sin embargo, veamos las cuestiones que se han planteado, y la solucion que nosotros esperábamos.

PRIMERA CUESTION. Lo oíamos y lo imaginábamos mentira. El reconocimiento inmediato, decia el jefe del gobierno, el reconocimiento inmediato del reino de Italia. ¡El reconocimiento del reino de Italia! Esto fué fácil para Francia, aunque Italia rompió el tratado de Zurich; para Inglaterra, aunque Italia aparecia en el continente como la aliada de Francia; para la Prusia de Bismarck, aunque Italia venia á desmentir la virtud de los principios conservadores y la fuerza de la reaccion europea; para Turquía, aunque Italia llevaba el calor de su alma á las hermosas provincias griegas todavía esclavizadas; para Rusia, aunque Italia llamaba á la vida y á la liber-

tad á Polonia; mas para nosotros, para esta España todavía atada á la ruina de lo pasado; para esta España arrodillada sobre las cenizas de las hogueras; para esta España agonizante que lleva el cirio amarillo en las manos y la oracion de la supersticion y del terror en los labios; para esta España donde una oligarquía episcopal mata la ciencia, pasando sobre los derechos de la razon, y admite la última encíclica pontificia, pasando sobre las prerogativas de la corona; para esta España, especie de Cárlos II hechizado é impotente, no ya en la soledad y en el desierto del siglo décimo-sétimo, sino entre el silbar de las locomotoras y el rechinar de las prensas del siglo décimo-nonno; para esta España contrahecha y menguada, donde todavía el poder consulta como un oráculo con el convento, reconocer el reino de Italia, la obra de Cavour, el pensamiento de Mazzini, el milagro de Garibaldi, la derrota de Roma, la caida de los Borbones de Nápoles, el rompimiento de los últimos pactos de familia, los funerales del derecho antiguo, la nueva consagracion del sufragio universal; reconocer el reino de Italia es tanto como resucitar á nueva vida, penetrar de un salto en la atmósfera del siglo, y por una conversion semejante á la de Saulo en Damasco, proclamar el poder y las escelencias de la perseguida y anatematizada revolucion. Nos parece bien el reconocimiento del reino de Italia. Pero tenemos dos razones para dudar. Primera, que prometen el reconocimiento de Italia

los mismos que la esquivaron por espacio de cinco años; segunda, que desbaratará el reconocimiento del reino de Italia el poder oscuro y oculto que aquí desbarata todos los planes liberales. Señores ministros: ó mucho nos equivocamos, ó en el reconocimiento del reino de Italia sereis vencidos.

SEGUNDA CUESTION. Hay más. La reaccion habia llegado á tocar la cuestion magna entre todas las cuestiones; el principio capital entre todos sus principios; habia llegado á conseguir para preservarse de la guerra mortal con la libertad, su arma única de defensa, la prévia censura. Nosotros creíamos, que, como Cárlos X en Francia, la reaccion libraria mortal batalla por esta grande conquista. En su virtud podia preservarse del exámen público de esta prensa diaria, que á todas partes lleva las dudas y las zozobras de la opinion, que todo lo interroga, y que engañándose muchas veces, deja, sin embargo, en el fondo de todas sus luchas la justicia. Perseguir el pensamiento, sorprenderlo en el instante mismo de nacer, arrancarlo á la luz, al aire, hundirlo en el silencio, es el grande intento de la reaccion, su único amparo contra la difusion de la luz que mata todas las supersticiones. ¿Podia creerse, podia imaginarse que llegára hasta el terror de renunciar á su única defensa? Pero ha llegado. El nuevo gobierno retira y condena la prévia censura. El jurado, la institucion que los reaccionarios han llamado siempre bárbara, y que los demócratas proclamaremos

siempre como la forma más liberal y más sencilla de la administracion de justicia; el jurado se organizará y vendrá á ser una garantía de la prensa. Pero tenemos tambien dos dudas respecto á este punto. Primera, que vosotros sois aquellos que por espacio de cinco años sostuvisteis la ley noce dalina, esa ley que mata la libertad de pensamiento; y segunda, que el mismo poder impenitente, el mismo influjo neo-católico que aquí todo lo envenena, llegará á destrozar la prensa. Señores ministros, sereis vencidos, ó por vuestra misma debilidad, ó por las influencias neo-católicas.

TERCERA CUESTION. La desamortizacion de los bienes del clero. Hace pocos dias se hablaba de una carta enérgica escrita por el señor ministro de Hacienda á los obispos, reclamándoles que en el término preciso de un mes entregaran los bienes eclesiásticos para proceder á su venta. Esta última secularizacion de un territorio dominado de antiguo en su mayor parte por la amortizacion que todo lo esteriliza, es una necesidad política para quitar influencia, perniciosa siempre, al clero, y una gran necesidad económica para subvenir á los gastos de nuestro menguado Erario. El ministro de Hacienda que se empeñe en realizar esta reforma, ha de tener una infinita fuerza de voluntad si quiere ahuyentar la aristocracia teocrática, á cuyo influjo se debe el estancamiento de la riqueza pública. ¿La tendrá? Ayer se decia que sí. Hoy se desmiente de oficio que

exista la carta circular á los obispos. Señores ministros, ¿lo estais viendo? Sereis vencidos por el neocatolicismo.

CUARTA CUESTION. Independencia de la enseñanza pública, libertad del profesorado. Hace ocho años que la reaccion no descansa en este punto. De las cofradías á las sacristías, de las sacristías á los palacios episcopales, de los palacios episcopales á las redacciones de los diarios neo-católicos, nueva manera de concilios ecuménicos, se organiza una vastísima, una inmensa conjuracion contra la libertad de la cátedra, contra la independencia del profesorado. Se quiere trazar un límite artificial, convencionalísimo, al pensamiento humano; petrificarlo en la escolástica, apartarlo de esta grande investigacion de la ciencia moderna que ha bajado hasta las entrañas de la tierra á sorprender los secretos de los primeros dias de la creacion, y ha subido á los cielos á medir los astros y á estudiar sus parábolas en la inmensidad de las esferas; ciencia que despues de haber sondeado la naturaleza y el espíritu, haber seguido á través de la fisiología y de la psicología, así los secretos de la dinámica material como los secretos de la dinámica espiritual; cuando parecia que bastaban á su investigacion estos dos mundos, y el estudio de su desarrollo en la geología, esa historia de la materia, y en la filosofía de la historia, esa geología del alma; cuando parecia que esta inmensidad de ideas debia bastarle, de in-

vestigacion en investigacion, poniendo como los Titanes un monte sobre otro monte, de todas las teogonías históricas ha deducido el dogma de la religion universal, y desde todos los dioses dejados por la inquieta conciencia humana en su camino, se ha elevado á la contemplacion del Dios que lo ilumina eternamente y lo vivifica todo, y que contiene en sí como el espacio de los espacios, y como la idea de las ideas, todas las cosas materiales y todas las espirituales, todo el universo. Esta ciencia, santa por su objeto, santa por su pureza; esta ciencia ha sido anatematizada, y se la ha llamado enemiga de toda idea noble, de toda aspiracion infinita. La conjuracion estalló, y llegó á tocar, siquier ligeramente, la cabeza de uno de los que con menor competencia, pero con más fé la profesaban. Prescindamos de la cuestion personal que es lo menor, para acordarnos de la cuestion de derecho que es el todo. El Sr. Posada Herrera ha dicho que sostendrá los derechos de la ciencia. Pues os aseguramos que sereis vencidos, ó por vuestra misma debilidad, ó por las influencias neo-católicas.

QUINTA CUESTION. Las influencias ilegales. Quisiéramos hacer leve nuestra pluma por no herir. Pero no somos nosotros, apartados de las altas regiones, no somos nosotros los que hemos hablado de ciertos impenetrables misterios; vosotros sois los que habeis dicho que de la estampacion milagrosa de unas llagas se ha hecho asunto de una granjería

política; que un libro de confesion, un libro de conciencia llamado *La Llave de oro*, se ha trocado en manual de rebeliones facciosas; que un mitrado y purpurado excelso preside no sabemos cuántas conjuraciones; que un ex-infante, faccioso, cuya espada mil veces se dirigió al pecho de los liberales, goza perniciosas influencias; que hay favoritos cuya fortuna no se comprende; esposas del Señor que rompen su clausura; influjos letales capaces de resucitar los tiempos de la beata Clara y de las monjas de San Plácido, y de los embrujamientos y de las hechicerías, de los que podríamos reirnos grandemente como de un histerismo entre místico y erótico, si no cediesen por nuestro mal en deshonra de la patria y en menosprecio de nuestro claro nombre. ¿Quereis combatir esas influencias? O no las combatiréis, ó sereis vencidos.

SEXTA CUESTION. La reforma electoral. A esto nada podeis oponer, nos dicen los ministeriales. Hemos aumentado las circunscripciones electorales y hemos rebajado el censo. Es verdad. No hemos estudiado aun la ley. Sabemos de ella estos dos grandes puntos salientes. Presumimos que allá en sus resortes se habrá reservado el grande elector algun secreto para falsear las elecciones; y si presumimos esto, creemos firmemente que la centralizacion administrativa basta para imposibilitar toda lucha igual.

Pero ¿habeis visto ya realizada la reforma

electoral? Preguntadle á vuestro amigo, á vuestro compañero, al ministro de Hacienda, cómo se evitan por ciertas influencias, sin propio riesgo, las reformas electorales. Ya vereis cómo os preparan en las secciones del Congreso, ó en el retraimiento de la mayoría, una celada que sea la celada del Senado, con la cual cayó el ministerio Miraflores cuando quiso abolir la reforma constitucional, ó la cuestión de los marinos con la que cayó O'Donnell cuando tuvo este mismo intento, cuando pretendió esta misma medida política, sólo alcanzada, con ser mezquina, después de seis años de reñidísimas batallas.

Os lo fiamos; sereis vencidos.

Nuestra actitud ha sido tan clara como es siempre la actitud de los hombres decididos á no variar ni una línea ni un ápice la política que han escogido y el lugar en que se han colocado. Nosotros combatimos al general O'Donnell por ser el general O'Donnell.

Nosotros aceptamos luego con benevolencia sus ideas y sus propósitos, porque no pertenecemos al número de los que se dejan arrastrar de sus pasiones.

Así como aplaudimos al ministerio Narvaez por haber renunciado á la anexión de Santo Domingo, aplaudimos al ministerio O'Donnell por algunos de sus intentos políticos. Antes que todo, somos justos. Pero ¡ay! que os conocemos de antiguo;

hemos crecido estudiando vuestra política, midiendo vuestras intenciones, y devorando vuestras injusticias; llevais en la mente hoy el polvo, el humo y el ruido del último combate; se os ha inflamado algo el corazón con las chispas que despedían las armas de aquellos que por una fatalidad invencible militaban á vuestro lado, aunque en más abierto campo y con más clara bandera; quereis huir del abismo en que habeis visto precipitarse el Faraon del partido moderado con todas sus legiones, y acercaros á nosotros, pueblo escogido de la libertad, que seguimos con la esperanza en Dios y los ojos en la tierra prometida, el desierto, el árido desierto donde sólo nos mantiene nuestra fé; pero bien pronto una sonrisa cortesana, esta ó la otra palabra del poderoso, esta ó la otra amenaza, esta ó la otra intriga; un obispo que os habla del respeto debido á Dios cuando quiere que respeteis su amortización retenida contra ley; este gentil-hombre que os habla de la inviolabilidad y de la irresponsabilidad de la monarquía, á quien todo lo debeis, cuando trata de salvar su legítima influencia; esta cofradía que murmura de las universidades, ó esos periódicos neocatólicos, tan dinásticos, tan borbónicos y tan piadosos como estais viendo, os inciten contra nosotros; y nos sacrificareis y sacrificareis la libertad, y olvidareis vuestras promesas, é ireis á confundiros entre los cortesanos de un baile, ó entre los acólitos de un convento, olvidados de Italia, de la desamor-

tizacion, de la prensa esclava, de la cátedra nuevamente amenazada, y entonces, despues de deshonorados, sereis vencidos. Pero hay algo que no puede ser vencido; la libertad y la democracia. Adelante.

24 de Junio de 1865.

FIN DEL TOMO II.



